URSULA LE GUIN

El ojo de la garza

Clásicos Nebulae
EDHASA

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

“El ojo de la garza” es la historia de dos comunidades de proscritos que, expulsados de la Tierra, viven en un remoto planeta. Una de estas comunidades, los violentos y ambiciosos habitantes de la Ciudad, trata de oprimir a la otra, heredera del movimiento pacifista que comenzara tiempo atrás en la Tierra. La heroína de la novela, Luz, abandona los privilegios y la seguridad doméstica de la Ciudad e intenta buscar su identidad personal, la libertad y el amor, entre esas gentes pacíficas que viven en los límites del mundo. Por último, decide encabezar una expedición a las tierras salvajes (enfrentada a la indiferencia de la naturaleza y a sus propios miedos) para fundar una nueva colonia y empezar una nueva vida en tierras desconocidas.

- Ursula K. Le Guin
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  -

Ursula K. Le Guin
El ojo de la garza

1

Con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada sobre las manos, Lev estaba sentado bajo el sol, en el centro de un círculo de árboles.

Un ser menudo permanecía agazapado en las tibias y poco profundas palmas ahuecadas de sus manos. Lev no lo sujetaba: el ser había decidido o consentido estar ahí. Semejaba un sapo diminuto y alado. Las alas, plegadas hasta formar un pico por encima de su lomo, eran pardas con rayas oscuras y su cuerpo tenía el color de las sombras. Tres ojos dorados como grandes cabezas de alfileres adornaban su testa, uno a cada lado y el tercero en mitad del cráneo. Este ojo central que miraba hacia arriba vigilaba a Lev, que parpadeó. El ser se demudó. Por debajo de sus alas plegadas surgieron frondas rosáceas y cenicientas. Durante unos segundos pareció convertirse en una bola plumosa, difícil de distinguir con claridad, pues las frondas o plumas temblaban constantemente y desdibujaban sus contornos. El manchón se esfumó gradualmente. El sapo con alas seguía aposentado en el mismo sitio, pero ahora era de color azul claro. Se frotó el ojo izquierdo con la más trasera de sus patas siniestras. Lev esbozó una sonrisa. Sapo, alas, ojos y patas se desvanecieron. En la palma de la mano de Lev se agazapaba una figura plana semejante a una mariposa nocturna, casi invisible porque, salvo algunos puntos oscuros, tenía el mismo color y textura que su piel. Lev continuó inmóvil. El sapo azul y alado reapareció lentamente, vigilándolo con un ojo dorado. Atravesó la palma de su mano y subió por la curvatura de sus dedos. Delicadas y precisas, las seis patas diminutas y tibias apretaban y aflojaban. El ser hizo un paréntesis en las yemas de los dedos de Lev y ladeó la cabeza para observarlo con el ojo derecho, mientras con el izquierdo y el central escudriñaba el cielo. Adquirió forma de flecha, extendió un par de alas posteriores translúcidas que medían dos veces el largo de su cuerpo y emprendió un vuelo amplio y relajado hacia una ladera soleada que se extendía más allá del círculo de árboles.

—Lev, ¿me oyes?

—Estaba entretenido con un no-sé-qué. —Se incorporó y se reunió con Andre al otro lado del círculo de árboles.

—Martin cree que esta noche podríamos llegar a casa.

—Ojalá esté en lo cierto —replicó Lev.

Recogió su mochila y se puso al final de la hilera de siete hombres. Partieron en fila india y no hablaron, salvo cuando alguien situado más abajo gritaba para señalar al guía un camino que podía resultar menos difícil o cuando el segundo de la fila, que portaba la brújula, decía al guía que torciera a derecha o a izquierda. Se dirigían hacia el sudoeste. Aunque la marcha era apacible, no había senderos

ni indicaciones. Los árboles del bosque crecían en círculo: de veinte a sesenta ejemplares formaban un anillo alrededor de un espacio central despejado. En los valles que surcaban las colinas, la vegetación de los círculos era tan densa, con los árboles a menudo entrelazados, que para avanzar los viajeros se veían obligados a abrirse paso en la maleza, entre troncos oscuros y tupidos, a atravesar sin dificultad la hierba mullida del círculo iluminado por el sol y una vez más las sombras, el follaje, las ramas y los troncos apretados. En las laderas los círculos aparecían más espaciados y por momentos surgía una extensa panorámica de valles sinuosos, interminablemente salpicados de los apacibles e irregulares círculos rojos de los árboles.

A medida que caía la tarde, la neblina empañaba el sol. Hacia el oeste las nubes se espesaron. Caía una lluvia fina y ligera. El tiempo era benigno, sin viento. Los torsos desnudos de los viajeros brillaban como si estuvieran aceitados. Las gotas de lluvia pendían de sus cabellos. Siguieron avanzando, dirigiéndose tenazmente hacia el sudoeste. La luz se tornó más gris. El aire pendía, brumoso y oscuro, en los valles y en los círculos arbóreos.

El guía Martin coronó una elevación prolongada y pedregosa, se volvió y los llamó. Ascendieron uno tras otro y se reunieron con él en la cresta de la loma. A los pies del cerro un río ancho brillaba incoloro entre las oscuras orillas.

Grapa, el mayor, fue el último en llegar a la cima y se detuvo a contemplar el río con cara de profunda satisfacción.

—Hola —murmuró como si se dirigiera a un amigo.

—¿Qué dirección deberíamos tomar para llegar a las canoas? —preguntó el muchacho de la brújula.

—Aguas arriba —respondió Martin, titubeante.

—Aguas abajo —propuso Lev—. ¿Aquello que se ve al oeste no es el punto más elevado de la loma?

Parlamentaron unos instantes y decidieron dirigirse río abajo. Antes de reanudar la marcha, permanecieron un rato silenciosos en la cresta de la loma, desde la que disfrutaban de una panorámica del mundo más amplia que la que habían visto en muchas jornadas. Al otro lado del río la arboleda se extendía hacia el sur en interminables vericuetos formados por los anillos entrelazados bajo las nubes estáticas. Hacia el este, río arriba, el terreno se elevaba abruptamente; hacia el oeste, las aguas caracoleaban en superficies grises entre las colinas más bajas. En los tramos en que no se divisaba, un brillo tenue cubría el río, un atisbo de sol en alta mar. Hacia el norte, a espaldas de los viajeros, las estribaciones arboladas, los días y los kilómetros de su travesía se ensombrecían en medio de la lluvia y la noche. En ese inconmensurable y sereno paisaje de colinas, bosque y río, no se percibía el menor hilillo de humo, ni casas ni caminos.

Torcieron hacia el oeste siguiendo la cresta de la loma. Aproximadamente un kilómetro más adelante Bienvenido, el chico que ahora iba a la vanguardia, lanzó un grito y señaló dos astillas negras en la curva de una playa de guijarros: los botes que habían varado muchas semanas atrás.

Descendieron hasta la cala deslizándose y gateando por la pronunciada loma. Aunque la lluvia había cesado, junto al río todo parecía más oscuro y frío.

—Pronto caerá la noche. ¿Acampamos? —preguntó Grapa con tono vacilante.

Contemplaron la masa gris del río serpenteante, cubierta por el cielo plomizo.

—Habrá más luz en el agua —dijo Andre y sacó los zaguales de debajo de una de las canoas varadas boca abajo.

Una familia de murciélagos con saco abdominal había anidado entre los zaguales. Las crías apenas desarrolladas daban saltitos, correteaban por la playa y chillaban taciturnas, mientras los exasperados padres se lanzaban tras ellas en picado. Los hombres rieron y cargaron a hombros las canoas ligeras.

Las botaron y partieron en las embarcaciones con capacidad para cuatro personas. Cada vez que se elevaban, los zaguales reflejaban la luz fuerte y clara de poniente. En medio del río el cielo parecía más claro y más alto, y ambas márgenes daban la impresión de ser bajas y negras.

Oh, cuando arribemos,
oh, cuando arribemos a Lisboa,
las blancas naves estarán esperando,
oh, cuando arribemos…

Uno de los tripulantes de la primera canoa entonó la canción y dos o tres voces de la segunda hicieron el coro. En torno al cántico suave y breve se extendía el silencio de la inmensidad, lo mismo que por debajo y por encima, por delante y por detrás.

Las orillas se tornaron más bajas, más distantes, más inciertas. Ahora navegaban por un mudo torrente gris de ochocientos metros de ancho. El cielo ennegrecía cada vez que lo miraban. A lo lejos, al sur, brilló un punto de luz remoto pero claro, rompiendo la añosa oscuridad.

En las aldeas nadie estaba despierto. Se acercaron a través de los arrozales, guiados por los faroles oscilantes. En el aire se percibía el denso aroma del humo de turba. Silenciosos como la lluvia, avanzaron calle arriba, entre las pequeñas casas dormidas, hasta que Bienvenido

gritó:

—¡Por fin! Estamos de vuelta —abrió de par en par la puerta de la casa de su familia—. ¡Despierta, mamá, soy yo!

En cinco minutos la mitad del pueblo estaba en la calle. Las luces se encendieron, se abrieron las puertas, la chiquillería bailaba y cien voces hablaban, gritaban, hacían preguntas, daban la bienvenida, alababan.

Lev fue al encuentro de Vientosur mientras la joven salía a la calle corriendo, adormilada y sonriente, cubierta con un chal la enmarañada cabellera. Lev estiró los brazos y tomó las manos de la muchacha, deteniéndola. Vientosur lo miró a la cara y rió:

—¡Has vuelto, has vuelto! —La muchacha se demudó; echó un rápido vistazo a su alrededor, a la algarabía que reinaba en medio de la calle, y volvió a mirar a Lev—. Ay, lo sabía —dijo—. Lo sabía.

—Fue durante la travesía al norte, unos diez días después de la partida. Bajábamos por el desfiladero de un torrente. Sus manos resbalaron entre las piedras. Había un nido de escorpiones de roca. Al principio estaba bien, pero tenía infinidad de picaduras. Se le hincharon las manos… —Lev apretó las manos de Vientosur, que seguía mirándolo a los ojos—. Murió por la noche.

—¿Sufrió mucho?

—No —mintió Lev y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ha quedado allí —añadió—. Acumulamos un montón de cantos rodados blancos, cerca de una cascada. De modo que…, allá quedó.

Tras ellos, en medio de la conmoción y el vocerío, una voz de mujer preguntó claramente:

—¿Dónde está Timmo?

Vientosur relajó las manos aprisionadas en las de Lev y pareció reducirse, encogerse, desaparecer.

—Ven conmigo —propuso Lev, le rodeó los hombros y se alejaron en silencio hacia la casa de la madre de la muchacha.

Lev la dejó en compañía de su madre y de la de Timmo. Abandonó la casa, titubeó unos segundos y regresó lentamente hacia el gentío. Su padre salió a recibirlo. Lev vio la cabellera canosa y rizada y los ojos que escudriñaban a través de la luz de las antorchas. Sasha era un hombre delgado y bajo; cuando se abrazaron, Lev notó los huesos duros pero frágiles bajo la piel.

—¿Has visto a Vientosur?

—Sí. No puedo…

Se aferró un minuto a su padre y la mano firme y delgada le acarició el brazo. La luz de la antorcha se difuminó y le escocieron los ojos. Cuando se soltó, Sasha, sin pronunciar palabra, retrocedió para observarlo con sus ojos oscuros y profundos y la boca oculta tras un bigote cano e hirsuto.

—Papá, ¿cómo estás? ¿Lo has pasado bien?

Sasha asintió.

—Estás cansado, vamos a casa. —Mientras caminaban calle abajo, Sasha preguntó—: ¿Encontraron la tierra prometida?

—Sí. Es un valle, el valle de un río. Está a cinco kilómetros del mar. Tiene todo lo que necesitamos. Y es bellísimo…, las montañas que lo coronan…, cordillera tras cordillera, cada vez más altas, más altas que las nubes, más blancas que… Es increíble cuán alto hay que mirar para ver las cumbres más elevadas. —Había dejado de caminar.

—¿Hay montañas en el medio? ¿Y ríos? —preguntó Sasha. Lev dejó de contemplar las cumbres altas y quiméricas para mirar a su padre a los ojos—. ¿Hay obstáculos suficientes que nos protejan de la persecución de los Jefes?

Segundos después, Lev sonrió y replicó:

—Tal vez.

Como la recolección del arroz de los pantanos estaba en pleno apogeo, la mayoría de los campesinos no pudo asistir, si bien todas las aldeas enviaron un hombre o una mujer al Arrabal para que oyeran el relato de los exploradores y los comentarios de la gente. Era de tarde y aún llovía; la gran plaza abierta de delante del Templo estaba atestada de paraguas confeccionados con las hojas anchas, rojas y semejantes al papel del árbol de la paja. Bajo los paraguas, la gente permanecía de pie o se arrodillaba en las esteras de hojas puestas sobre el barro, cascaba frutos secos y charlaba hasta que por fin la pequeña campana de bronce del Templo hizo *talán-talán*; en ese momento todos miraron hacia el atrio, desde el cual Vera estaba a punto de dirigirles la palabra.

Era una mujer esbelta, de pelo gris acerado, nariz delgada y ojos ovalados y oscuros. Su voz sonó fuerte y clara y mientras pronunció su discurso no hubo más sonido que el calmo repiqueteo de la lluvia y, de vez en cuando, el gorjeo de un chiquillo rápidamente acallado.

Vera celebró el regreso de los exploradores. Se refirió a la muerte de Timmo y, fugaz y serenamente, al propio Timmo, tal como lo había visto el día de la partida. Mencionó los cien días de la expedición a través de la inmensidad. Dijo que habían levantado el mapa de una gran zona al este y al norte de Bahía Songe y que habían encontrado lo que buscaban: el lugar para un nuevo asentamiento y el modo de llegar hasta él.

—A muchos de los presentes nos desagrada la idea de un nuevo asentamiento tan alejado del Arrabal —afirmó—. Entre nosotros se encuentran algunos vecinos de la Ciudad que quizá deseen participar de nuestros proyectos y discusiones. Tenemos que evaluar la cuestión en su totalidad y analizarla libremente. Dejemos que Andre y Lev

hablen en nombre de los exploradores y que nos cuenten lo que vieron y encontraron.

Andre, un treintón fornido y tímido, describió la travesía hacia el norte. Su voz era suave y, a pesar que no tenía facilidad de palabra, la muchedumbre escuchó con profundo interés su descripción del mundo allende los campos perfectamente conocidos. Algunos de los que se encontraban en las últimas filas estiraron el cuello para divisar a los hombres de la Ciudad, de cuya presencia Vera había avisado amablemente. Estaban cerca del atrio y formaban un sexteto vestido con jubones y botas altas: guardaespaldas de los Jefes, cada uno con su larga espada enfundada en el muslo y un látigo metido en el cinto, primorosamente enroscada la tira de cuero.

La exposición de Andre llegó a su fin y cedió el turno a Lev, un joven delgado y huesudo, de pelo negro grueso y brillante. Lev también empezó titubeante, buscando las palabras que le permitieran describir el valle que habían descubierto y las razones por las que lo consideraban el más apto para un asentamiento. A medida que hablaba, su voz ganaba confianza y se olvidaba de sí mismo, como si tuviera delante el motivo de su narración: el ancho valle y el río al que habían llamado Sereno, el lago que más arriba se extendía, las tierras pantanosas en las que el arroz crecía espontáneamente, los bosques de buena madera, las laderas donde podrían crear huertos y cultivar tubérculos y donde las casas estarían libres de barro y humedad. Les habló de la desembocadura del río, una bahía generosa en crustáceos y en algas marinas comestibles; mencionó las montañas que rodeaban el valle hacia el norte y el este, protegiéndolo de los vientos que en invierno convertían a Songe en un hastío de lodo y frío.

—Las cumbres trepan mucho más allá de las nubes, hacia el silencio y el sol —explicó—. Protegen el valle como una madre que abraza a su hijo. Las llamamos las Montañas del Mahatma. Permanecimos quince días, mucho tiempo, para cerciorarnos del hecho que las montañas cortaban el paso a las tormentas. Allá el principio del otoño es como pleno verano aquí, aunque las noches son más frías; los días eran soleados y no llovía. Grapa calculó que podrían hacerse tres cosechas anuales de arroz. En los bosques la fruta abunda y la pesca en el río y en las orillas de la bahía bastará para alimentar a los colonos del primer año, hasta que se recoja la primera cosecha. ¡Las mañanas son realmente luminosas! No sólo nos quedamos para comprobar las bondades del clima. Fue difícil abandonar aquel sitio, incluso para volver a casa.

El gentío escuchaba fascinado y guardó silencio cuando Lev dejó de hablar.

—¿A cuántas jornadas de viaje se encuentra? —preguntó alguien a voz en cuello.

—Martin calcula que a unos veinte días, viajando con familias y grandes cargas.

—¿Hay que cruzar ríos o atravesar lugares peligrosos?

—Lo mejor sería organizar una avanzadilla que llevara un par de días de ventaja para indicar el camino más accesible. Durante el regreso evitamos el terreno fragoso que tuvimos que atravesar en nuestro avance hacia el norte. El único río difícil de cruzar está aquí mismo, me refiero al Songe, y habrá que franquearlo en botes. Los demás pueden vadearse hasta llegar al Sereno.

Hicieron más preguntas a gritos; los reunidos pusieron fin a su fascinado silencio y bajo los paraguas de hojas rojas se desencadenaron cien discusiones acaloradas; Vera recuperó la palabra y pidió calma.

—A uno de nuestros vecinos le gustaría hacer algunos comentarios —informó y se hizo a un lado para dar paso al hombre que se encontraba detrás.

El hombre vestía de negro y llevaba un ancho cinturón de plata repujada. Los seis individuos que habían permanecido en las proximidades del atrio subieron y se desplegaron en semicírculo, aislando al hombre del resto de las personas que estaban en el atrio.

—Se les saluda —dijo el hombre de negro con voz tajante y no muy alta.

—Es Falco —murmuró la gente—. Es el Jefe Falco.

—Estoy encantado de transmitir a los intrépidos exploradores las felicitaciones del gobierno de Victoria. Sus mapas e informes serán un añadido de gran valor a los Archivos del Estado en Ciudad Victoria. La Junta está estudiando planes para la migración limitada de campesinos y trabajadores manuales. La planificación y el control son necesarios para garantizar la seguridad y el bienestar del conjunto de la comunidad. Como esta expedición ha puesto de relieve, habitamos en un rincón, en un puerto seguro, de un mundo inmenso y desconocido. Los que hemos vivido más tiempo aquí, los que conservamos los archivos de los primeros años del Asentamiento, sabemos que los temerarios proyectos de dispersión pueden amenazar nuestra supervivencia y que la sensatez reposa en el orden y la cooperación estricta. Estoy encantado de decirles que la Junta recibirá a los intrépidos exploradores con el beneplácito de la Ciudad y les ofrecerá una recompensa digna de sus esfuerzos.

Se produjo un silencio muy distinto al anterior.

Vera tomó la palabra; aunque se la veía frágil junto al grupo de hombres corpulentos, su voz sonó clara y suave:

—Agradecemos al representante de la Junta su atenta invitación.

—La Junta espera recibir a los exploradores y estudiar sus mapas e informes dentro de tres días —añadió Falco.

Otra vez reinó un silencio contenido.

—Damos las gracias al concejal Falco y declinamos la invitación —replicó Lev.

Un hombre mayor tironeó del brazo de Lev y habló enérgicamente en voz baja; aunque hubo muchos comentarios rápidos y cuchicheados entre los que estaban en el atrio, la multitud reunida ante el Templo permaneció silenciosa e inmóvil.

—Antes de responder a la invitación de la Junta, debemos tomar decisiones sobre varias cuestiones —explicó Vera a Falco en tono lo bastante alto para que todos oyeran.

—Las decisiones ya se han tomado, *senhora* Adelson. La Junta ya las ha tomado. Sólo esperamos vuestra obediencia. —Falco dedicó una reverencia a Vera, alzó la mano para saludar a la multitud y abandonó el atrio rodeado por los guardias.

La gente hizo espacio más que suficiente para que pasaran.

En el atrio se formaron dos grupos: los exploradores y otros hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, en torno a Vera, y un grupo más numeroso alrededor de Elia, un rubio de ojos azules. La situación se reprodujo entre los congregados, hasta que acabaron por parecerse a un bosque de anillos arbóreos: círculos pequeños, en su mayoría de gente joven, y círculos más grandes, formados por personas mayores. Todos discutían apasionadamente pero sin violencia. Una mujer alta y vieja esgrimió su paraguas de hojas rojas ante una muchacha vehemente y se puso a gritar:

—¡Desertores! ¡Lo que ustedes quieren es huir y dejar que nosotros hagamos frente a los Jefes! ¡Les hace falta una azotaina! — Para ratificar sus palabras, la anciana dio un paraguazo al aire.

Los que rodeaban a la vieja parecieron esfumarse rápidamente, llevándose a la chica que la había enfadado. La mujer quedó sola, roja como el paraguas, esgrimiéndolo hoscamente contra la nada. Poco después, con el ceño fruncido y los labios apretados, se integró en otro círculo.

Los dos grupos del atrio se unieron. Elia habló con serena intensidad:

—Lev, el desafío directo es tan violento como un puñetazo o una cuchillada.

—Puesto que rechazo la violencia, me niego a seguirle la corriente a los violentos —replicó el joven.

—Desencadenarás la violencia si rechazas la petición de la Junta.

—Encarcelamientos, quizá palizas. Está bien. Elia, ¿qué queremos? ¿La libertad o la simple seguridad?

—Provocas la represión desafiando a Falco en nombre de la libertad o de cualquier otra cosa. Así les haces el juego.

—Ya somos juguetes en sus manos, ¿no? —terció Vera—. Lo que

nos interesa es salir de este juego.

—Estamos de acuerdo en que ha llegado el momento, en que ha llegado la hora de hablar con la Junta…, de hablar firme y sensatamente. Pero si comenzamos con un desafío, si empezamos por la violencia moral, no lograremos nada y ellos recurrirán a la fuerza.

—No tenemos la pretensión de desafiarlos, nos limitaremos a mantenernos firmes en la verdad —insistió Vera—. Elia, sabes de sobra que si ellos apelan a la fuerza, hasta nuestro intento de razonar se convierte en una forma de resistencia.

—¡La resistencia es inútil, tenemos que negociar! Si se incorpora la violencia de hecho o de palabra, la verdad se pierde…, nuestra vida en el Arrabal, nuestra libertad quedarán arrasadas. ¡Imperará la fuerza, como ocurrió en la Tierra!

—Elia, en la Tierra no imperó para todos, sino para aquellos que consintieron en servirla.

—La Tierra arrojó a nuestros padres, los expulsó —intervino Lev. Su rostro estaba encendido y su voz adquirió el tono brusco y anhelante de las cuerdas graves de un arpa tañida con excesiva presión—. Somos extraterrados, hijos de proscritos. ¿No dijo el Fundador que el proscrito es el alma libre, el hijo de Dios? Nuestra vida en el Arrabal no es una vida libre. En el nuevo asentamiento del norte seremos libres.

—¿Qué es la libertad? —preguntó Joya, una mujer bella y morena que estaba junto a Elia—. No creo que se acceda a la libertad por el camino del desafío, la resistencia, las negativas. La libertad te acompaña si recorres la senda del amor. Si aceptas todo, todo te será dado.

—Nos han dado un mundo entero —dijo Andre con su voz suave —. ¿Lo hemos aceptado?

—El desafío es una trampa, la violencia es una trampa, debemos rechazarlas…, y eso es exactamente lo que hacemos —aseguró Lev—. Obtendremos la libertad. Los Jefes intentarán detenernos. Apelarán a la fuerza moral y quizá recurran a la fuerza física. Ya sabemos que la fuerza es el arma de los débiles. Si confiamos en nosotros mismos, en nuestros propósitos, en nuestra fortaleza… ¡Si nos mantenemos firmes, todo el poder que ejercen sobre nosotros se desvanecerá como las sombras cuando el sol apunta!

—Lev —dijo en voz baja la mujer morena—, Lev, vivimos en el mundo de las sombras.

2

Los nubarrones se desplazaban en hileras largas y difusas por encima de Bahía Songe. La lluvia tamborileaba sin cesar sobre el techo de tejas de Casa Falco. En el extremo de la casa, en las cocinas, se percibía el sonido distante de la vida que bullía, de las voces de los criados. Ningún otro sonido ni otra voz: sólo la lluvia.

Luz Marina Falco Cooper permanecía sentada junto a la ventana, con el mentón apoyado en las rodillas. De vez en cuando contemplaba el mar, la lluvia y las nubes a través del grueso cristal verdoso. En ocasiones miraba el libro que tenía abierto a su lado y leía unos párrafos. Luego suspiraba y volvía a mirar por la ventana. El libro no le resultaba interesante.

Era una verdadera pena. Se había hecho muchas ilusiones. Hasta entonces nunca había leído un libro.

Siendo hija de un Jefe, obviamente había aprendido a leer y a escribir. Además de memorizar lecciones en voz alta, había copiado preceptos morales y, con una estrafalaria estructura de volutas y el encabezamiento y la firma con trazos muy grandes y rígidos, era capaz de escribir una carta aceptando o rechazando una invitación. En la escuela utilizaban pizarras y los cuadernos de ejercicios que las maestras preparaban a mano. Luz nunca había tocado un libro. Eran demasiado preciosos para usarlos en la escuela y en el mundo sólo existían contados ejemplares. Se guardaban en los Archivos. Esa tarde, al entrar en el vestíbulo, vio una cajita marrón sobre la mesa baja; levantó la tapa para ver qué contenía y descubrió que estaba llena de palabras. Palabras ordenadas y diminutas, con las letras del mismo tamaño…, ¡qué paciencia había que tener para hacer todas las letras iguales! Un libro, un libro de verdad, procedente de la Tierra. Su padre debió dejarlo allí. Luz lo tomó, lo llevó al asiento de la ventana, volvió a abrir la tapa con cuidado y, con gran lentitud, leyó los diversos tipos de palabras de la primera hoja de papel.

PRIMEROS AUXILIOS

MANUAL DE ASISTENCIA DE URGENCIA

PARA HERIDAS Y ENFERMEDADES

M. E. Roy, Dr.

La Imprenta de Ginebra

Ginebra, Suiza

2027

Licencia N.° 83 A 38014

Gin.

No parecía tener mucho sentido. «Primeros auxilios» sonaba bien, pero la línea siguiente era un verdadero acertijo. Comenzaba por el nombre de alguien, un tal Manuel, y luego hablaba de heridas. Después aparecían varias mayúsculas con puntos. ¿Qué eran una ginebra, una imprenta y una suiza? Igualmente desconcertantes resultaban las letras rojas inclinadas sobre la página como si las hubieran escrito encima de las demás: donado por la cruz roja mundial para uso de la colonia penal de victoria.

Volvió la hoja de papel y la admiró. Era más suave al tacto que el paño más fino, crujiente pero flexible como la hoja fresca del árbol de la paja y de un blanco purísimo.

Luz se debatió con cada palabra hasta llegar al final de la primera página y luego volvió varias a la vez, ya que más de la mitad de las palabras no tenían el menor significado. Aparecieron imágenes horribles: la sorpresa reavivó su curiosidad. Gente que sostenía la cabeza de un ser humano y respiraba en su boca; fotos de los huesos del interior de una pierna y de las venas del interior de un brazo; fotos en colores, en un maravilloso papel brillante parecido al cristal, de gente con manchitas rojas en los hombros, con pústulas en las mejillas, gente cubierta de la cabeza a los pies por horrorosos forúnculos, y palabras misteriosas bajo las imágenes: *Erupción alérgica*. *Sarampión*. *Baricela*. *Biruela*. No, era con *v*, no con *b*. Estudió todas las fotos y en ocasiones hizo una incursión en las palabras de la página del frente. Se dio cuenta que era un libro de medicina y que no fue su padre, sino el médico quien la noche anterior lo dejó encima de la mesa. El médico era un hombre bueno pero quisquilloso. ¿Se

enfadaría si se enteraba que ella había estado hojeando su libro? Al fin y al cabo, albergaba sus secretos. El médico nunca respondía a las preguntas, prefería guardarse los secretos para sí.

Luz suspiró una vez más mientras observaba las nubes irregulares y la lluvia que caía incesantemente. Había visto todas las fotos del libro y las palabras no le decían nada.

Se levantó y estaba a punto de dejar el libro sobre la mesa, tal como lo había encontrado, cuando su padre entró en la estancia.

Su paso era enérgico, recta la espalda y los ojos claros y severos. Sonrió al ver a su hija. Algo sobresaltada y sintiéndose culpable, Luz le dedicó una elegante reverencia y ocultó la mesa y el libro tras sus faldas.

—¡Se te saluda, *senhor*!

—Aquí está mi bella pequeña. ¡Michael, trae agua caliente y una toalla! Me siento sucio de la cabeza a los pies.

Tomó asiento en uno de los sillones de madera tallada y estiró las piernas, aunque su espalda permaneció tan recta como de costumbre.

—Papá, ¿dónde te has ensuciado?

—En medio de la chusma.

—¿En el Arrabal?

—Tres tipos de seres se trasladaron de la Tierra a Victoria: humanos, piojos y arrabaleros. Si sólo pudiera librarme de una especie, escogería la última. —Volvió a sonreír, celebrando su propia gracia. Miró a su hija y añadió—: Uno de ellos tuvo la osadía de responderme. Creo que lo conoces.

—¿Lo conozco?

—Sí, de la escuela. Debería estar prohibido que la gentuza asista a la escuela. No recuerdo su nombre. Sus nombres carecen de sentido: Resistente, Grapa, Comoestás, lo que se te ocurra… Me refiero a un chico de pelo negro, flaco como un palo.

—¿Lev?

—Exactamente, ese alborotador.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que no.

El hombre al que Falco había llamado se acercó deprisa con una palangana de cerámica y una jarra de agua humeante; lo seguía una criada cargada de toallas. Falco se frotó la cara y las manos, bufó y resopló y siguió hablando mientras se aseaba.

—Ese chico y otros acaban de regresar de una expedición al norte, a la inmensidad. Asegura que han encontrado un emplazamiento perfecto y pretenden que se traslade todo el grupo.

—¿Quieren abandonar el Arrabal? ¿Todos?

Falco bufó a modo de asentimiento y estiró los pies para que Michael le quitara las botas.

—¡Serían incapaces de sobrevivir un invierno sin la ayuda de la Ciudad! Tierra los envió hace cincuenta años por imbéciles incapaces de aprender y así son. Ha llegado la hora de recordarles cómo son las cosas.

—No pueden irse a la inmensidad —opinó Luz que, además de oír las palabras de su padre, había hecho caso de sus propios pensamientos—. ¿Quién cultivará nuestros campos?

Su padre ignoró la pregunta repitiéndola, convirtiendo una expresión de emociones femenina en una masculina evaluación de los hechos.

—Es obvio que no podemos permitir que se dispersen. Proporcionan la mano de obra necesaria.

—¿Por qué los arrabaleros se ocupan de casi todas las tareas del campo?

—Porque no sirven para otra cosa. Michael, aparta esa agua sucia.

—Casi ninguno de los nuestros sabe cultivar un campo —observó Luz.

La muchacha estaba concentrada. Tenía cejas oscuras y muy arqueadas, como las de su padre, y cuando se ponía pensativa formaban una recta por encima de sus ojos. Esa línea recta contrariaba a su progenitor. No quedaba bien en el rostro de una linda joven de veinte años. Le confería un aspecto rígido, impropio de una mujer. Aunque Falco se lo había recriminado a menudo, Luz nunca había superado esa mala costumbre.

—Querida mía, no somos campesinos, sino gente de la Ciudad.

—¿Quién estaba a cargo de los cultivos antes de la llegada de los arrabaleros? La colonia ya tenía sesenta años cuando los enviaron.

—Como es lógico, los obreros se ocupaban del trabajo manual. Pero nuestros obreros jamás fueron campesinos. Somos gente de la Ciudad.

—Y nos morimos de hambre, ¿no? Se desencadenaron las Hambrunas. —Luz habló como en sueños, como si recordara un antiguo relato histórico, pero sus cejas seguían formando una recta negra—. En la primera década de la colonia y en otros momentos…, mucha gente murió de hambre. No sabían cultivar el arroz de los pantanos ni raíz de azúcar hasta la llegada de los arrabaleros.

Las cejas negras de su padre ahora también formaban una recta. Con un solo ademán despidió a Michael, a la criada y el tema de conversación.

—Es un error permitir que los campesinos y las mujeres vayan a la escuela —declaró con su voz seca—. Los campesinos se vuelven insolentes y las mujeres, aburridas.

Dos o tres años atrás, ese comentario habría arrancado lágrimas a Luz. Se habría desanimado, habría ido a llorar a su habitación y

continuado triste hasta que su padre le dijera una lindeza. Pero actualmente él no podía provocarle el llanto. Luz ignoraba los motivos por los que las cosas eran como eran y le parecía muy extraño. A decir verdad, temía y admiraba a su padre, como toda la vida, pero siempre sabía qué estaba a punto de decir. Nunca decía nada nuevo. Nunca había ninguna novedad.

Se volvió y, una vez más, miró Bahía Songe a través del cristal grueso y verticilado; la curva más distante quedaba oculta por la lluvia incesante. Se irguió y se convirtió en una figura destacada bajo la pálida luz, con su larga falda roja tejida en casa y su blusa con guarnición de encaje. Se la veía indiferente y solitaria en medio de la estancia alta y larga, tal como se sentía. También percibió fija en ella la mirada de su padre. Y supo lo que iba a decir.

—Luz Marina, ya es hora que contraigas matrimonio. —La joven aguardó la siguiente frase—. Desde la muerte de tu madre… —y el suspiro.

¡Ya está bien! ¡Basta, basta!

Luz giró para mirarlo y dijo:

—He leído el libro.

—¿Qué libro?

—Debió olvidarlo el doctor Martin. ¿Qué significa «colonia penal»?

—¡No tenías por qué tocarlo!

Falco estaba azorado. Esa actitud prestaba interés a la charla.

—Creí que era una caja de frutos secos —prosiguió Luz y rió—. De todos modos, ¿qué significa «colonia penal»? ¿Una colonia formada por delincuentes, una cárcel?

—No tienes por qué saberlo.

—Enviaron a nuestros antepasados aquí como prisioneros, ¿no es verdad? Eso es lo que decían los arrabaleros de la escuela. —Falco palideció, pero el peligro levantó el ánimo de Luz; su mente funcionaba a toda velocidad y expresó lo que pensaba—. Decían que la primera generación estaba formada por delincuentes. El gobierno de la Tierra utilizó Victoria como cárcel. Los arrabaleros decían que *ellos* fueron enviados porque creían en la paz o algo por el estilo y que a *nosotros* nos enviaron porque éramos ladrones y asesinos. La mayoría de los miembros de la primera generación eran hombres; las mujeres no quisieron venir, salvo las que estaban casadas con ellos. Por eso al principio hubo tan pocas mujeres. Siempre me pareció disparatado que no enviaran mujeres suficientes para establecer una colonia. Eso también explica por qué sólo se fabricaron naves de ida, naves que no podían regresar. Y es el motivo por el que los terráqueos nunca vienen. Estamos encerrados en el exterior. Es verdad, ¿no? Nos llamamos Colonia Victoria, pero somos una cárcel. —Falco se había

puesto en pie y avanzó; Luz permaneció inmóvil, manteniendo el equilibrio—. No —dijo con tono ligero, como si todo le fuera indiferente—. No, papá, no lo hagas.

Su voz detuvo al hombre colérico, que también permaneció inmóvil y la miró. Durante unos instantes Falco la vio. Luz vio en sus ojos que la estaba viendo y que sentía temor. Durante unos instantes, sólo durante unos instantes.

Falco se apartó. Caminó hasta la mesa y tomó el libro que el doctor Martin había olvidado.

—Luz Marina, ¿qué importancia tiene? —preguntó.

—Me gustaría saberlo.

—Ocurrió hace un siglo. Hemos perdido la Tierra. Somos lo que somos. —La muchacha asintió. Cuando su padre adoptaba ese tono seco y mortecino, Luz veía la fuerza que tanto admiraba y amaba en él —. Lo que me enfurece es que hicieras caso de las tonterías que decía esa gentuza —añadió sin ira—. Lo han puesto todo del revés. ¿Qué es lo que saben? Permitiste que te dijeran que Luis Firmin Falco, mi bisabuelo, el fundador de nuestra Casa, era un ladrón, un convicto. ¡No saben nada! Yo sí sé y puedo decirte quiénes fueron nuestros antepasados. Eran hombres, hombres demasiado fuertes para la Tierra. El gobierno de Tierra los envió aquí porque les temía. Los mejores, los más valientes, los más fuertes…, los miles de personas débiles de Tierra les temían, les tendieron una trampa y los enviaron aquí en naves de dirección única para poder hacer lo que se les antojara con la Tierra. Verás, cuando lo lograron, cuando ya no quedaron hombres de verdad, los terráqueos que quedaban eran tan débiles y afeminados que hasta sentían miedo de la chusma como los arrabaleros. Así que nos los endilgaron para que los mantuviéramos a raya. Y es lo que hemos hecho. ¿Lo has comprendido? Así fue.

Luz asintió. Aceptó los notorios esfuerzos de su padre por aplacarla aunque no entendió por qué, por primera vez, le había hablado apaciguadoramente, dándole una explicación como si fuera su igual. Cualesquiera que fueran los motivos, su exposición parecía convincente; Luz estaba acostumbrada a oír exposiciones convincentes y a desentrañar más tarde cuál era su significado real. Por cierto, hasta que trató a Lev en la escuela, no se le había ocurrido pensar que alguien podía preferir una verdad sencilla a decir una mentira que sonara convincente. Si era seria, la gente expresaba lo que se ajustaba a sus propósitos; si no lo era, tampoco decía nada significativo. Las chicas rara vez hablaban en serio. Había que proteger a las niñas de las verdades desagradables para que sus almas impolutas no se volvieran rústicas y mancilladas. Además, había preguntado a su padre por la colonia penal para eludir el tema de su matrimonio…, y el truco había funcionado.

En cuanto estuvo a solas en su habitación, pensó que el problema de esas estratagemas consistía en que el truco también se volvía contra ella. Había caído en la trampa de discutir con su padre y de ganar la discusión. Él no se lo perdonaría.

Todas las chicas de la Ciudad de su clase y de su edad ya llevaban dos o tres años de matrimonio. Luz lo había evitado sólo porque Falco, lo supiera o no, era reacio a que dejara su casa. Estaba acostumbrado a su presencia. Eran parecidos, demasiado parecidos; probablemente disfrutaban de la mutua compañía más que de la de cualquier otra persona. Pero esta noche la había mirado como si viera a otra persona, a alguien a quien no estaba acostumbrado. Si Falco empezaba a considerarla una persona distinta de sí mismo, si ella empezaba a ganar las discusiones, si dejaba de ser su chiquilla favorita, quizá se pusiera a pensar en qué más era ella…, y para qué servía.

¿Para qué servía, para qué era apta? Para la perpetuación de Casa Falco, desde luego. Y después, ¿qué? Podía elegir entre Herman Marquez y Herman Macmilan. No podía hacer nada más. Se convertiría en una esposa. Se convertiría en una nuera. Se recogería el pelo en un moño, regañaría a los criados, oiría a los hombres divirtiéndose en el salón después de la cena y tendría hijos. Uno por año. Pequeños Marquez Falco. Pequeños Macmilan Falco. Su vieja amiga Eva, casada a los dieciséis, tenía tres hijos y esperaba el cuarto. Aldo Di Giulio Hertz, marido de Eva e hijo del concejal, le pegaba y ella estaba orgullosa. Eva mostraba los moretones y decía: «Aldito tiene tanto temperamento, es tan salvaje, parece un chiquillo que hace un berrinche».

Luz arrugó el ceño y escupió. Escupió en el suelo embaldosado de su habitación y dejó estar el salivazo. Clavó la mirada en la pequeña mancha grisácea y deseó poder ahogar en ella a Herman Marquez y, acto seguido, a Herman Macmilan. Se sintió sucia. Su habitación le resultaba asfixiante, sucia: la celda de una cárcel. Abandonó la idea y huyó de la habitación. Salió al pasillo, se recogió las faldas y subió por la escala hasta el espacio que se extendía bajo el tejado, en el que nunca aparecía nadie. Se sentó en el suelo cubierto de polvo —el techo, cargado de lluvia, era demasiado bajo para permanecer de pie — y dejó volar la imaginación.

Su imaginación escapó en línea recta, alejándose de la casa y del tiempo, rumbo a una época más pródiga.

Una tarde de primavera, en el campo de deportes contiguo a la escuela, dos chicos jugaban a la pelota, los arrabaleros Lev y su amigo Timmo. Luz estaba en el porche de la escuela y se asombraba de lo que veía: el estiramiento y la extensión de la espalda y el brazo, el ágil balanceo del cuerpo, el salto de la pelota en medio de la luz. Era como si jugaran al son de una música muda, la música del movimiento.

Uniforme y dorada, la luz asomaba por debajo de las nubes tormentosas, desde el oeste, por encima de Bahía Songe; la tierra aparecía más brillante que el cielo. El terraplén de tierra de detrás del campo de deportes era dorado y los hierbajos que lo cubrían ardían. La tierra ardía. Lev se detuvo expectante para atrapar un tiro largo, con la cabeza echada hacia atrás y las manos prestas, y Luz se quedó mirando, asombrada ante tanta belleza.

Un grupo de chicos de la Ciudad rodeó la escuela y se dirigió al campo para jugar al fútbol. Gritaron a Lev que les pasara la pelota en el preciso instante en que el arrabalero saltaba, con el brazo totalmente extendido, para atrapar el tiro de Timmo. Lo consiguió, rió y lanzó la pelota a los chicos.

Cuando la pareja pasó junto al porche, Luz bajó corriendo los escalones y gritó:

—Lev. —El oeste se incendió a espaldas del chico, que se tornó negro entre ella y el sol—. ¿Por qué les has dado la pelota y te has quedado tan tranquilo?

Luz no podía ver su rostro a causa del contraluz. Timmo, un chico alto y apuesto, quedó ligeramente rezagado y no la miró a los ojos.

—¿Por qué dejas que te presionen?

Finalmente Lev respondió:

—Si no los dejo.

A medida que se acercaba a Lev, Luz notó que él la miraba a la cara.

—Te han dicho que les pasaras la pelota y lo has hecho…

—Quieren jugar un partido. Nosotros sólo estábamos pasando el rato. Ya hemos tenido nuestro turno.

—Pero es que no te la piden, te ordenan que les des la pelota. ¿No tienes orgullo?

Los ojos de Lev eran oscuros, su rostro era oscuro y áspero, inacabado; esbozó una sonrisa tierna y sorprendida.

—¿Orgullo? Claro que sí. Si no lo tuviera, me quedaría la pelota cuando les toca el turno a ellos.

—¿Por qué tienes siempre tantas respuestas?

—Porque la vida siempre tiene preguntas.

Lev rió y siguió mirándola como si la propia Luz fuera una pregunta, una pregunta repentina y sin respuesta. Lev tenía razón, ya que ella no tenía ni la más remota idea de los motivos por los que lo desafiaba.

Timmo seguía a su lado, algo incómodo. Algunos de los chicos del campo de deportes los observaban: dos arrabaleros hablando con una *senhorita*.

Sin pronunciar palabra, los tres se alejaron de la escuela y descendieron por la calle de abajo, para que desde el campo no

pudieran verlos.

—Si cualquiera de ellos se dirigiera a los demás con ese tono, tal como te gritaron, habría habido una pelea —dijo Luz—. ¿Por qué no peleas?

—¿Pelear por una pelota de fútbol?

—¡Por lo que sea!

—Ya lo hacemos.

—¿Cuándo? ¿Cómo? Lo único que haces es largarte.

—Todos los días entramos en la Ciudad para asistir a clase —respondió Lev.

Ahora que caminaban uno al lado del otro, Lev no la miraba y su rostro tenía la expresión de costumbre, era el rostro de un chico corriente, hosco y testarudo. Al principio Luz no comprendió a qué se refería Lev y cuando lo entendió, no supo qué decir.

—Puños y navajas son lo menos importante —añadió. Tal vez percibió pomposidad en su tono, cierta jactancia, ya que se volvió hacia Luz, rió y se encogió de hombros—. ¡Las palabras tampoco sirven de mucho!

Abandonaron las sombras de una casa y se zambulleron en la luz dorada y uniforme. Convertido en un manchón derretido, el sol yacía entre el oscuro mar y las nubes oscuras y los tejados de la Ciudad ardían con un fuego extraterrenal. Los tres jóvenes hicieron un alto y contemplaron el brillo y la oscuridad tremebundos de poniente. El viento marino —que olía a sal, a espacio y a humo de madera— les heló el rostro.

—No te das cuenta —dijo Lev—, salta a la vista…, podrías ver cómo debería ser, cómo es.

Luz lo vio con los ojos de Lev, vio la gloria, la Ciudad como debería ser y como era.

El instante se quebró. La bruma de gloria aún ardía entre el sol y la tormenta, la Ciudad aún se alzaba dorada y en peligro en la orilla eterna; algunas muchachas descendieron por la calle tras ellos, charlando y llamándose. Eran arrabaleras que se habían quedado en la escuela después de clase para ayudar a las maestras a limpiar las aulas. Se reunieron con Timmo y Lev y saludaron a Luz amable aunque precavidamente, tal como había hecho Timmo. El camino a la casa de Luz torcía a la izquierda, internándose en la Ciudad; el de ellos ascendía a la derecha, atravesaba los acantilados y desembocaba en Carretera del Arrabal.

Mientras descendía por la empinada calle, Luz miró hacia atrás para verlos subir. Las chicas llevaban ropa de trabajo de colores vivos y pastel. Las chicas de la Ciudad se burlaban de las del Arrabal por usar pantalones; sin embargo, confeccionaban sus faldas con paños arrabaleros siempre que podían, ya que eran más finos y estaban

mejor teñidos que los que se fabricaban en la Ciudad. Los pantalones y las chaquetas de manga larga y cuello alto de los chicos tenían el color blanco cremoso de la fibra natural de hierba de seda. La maraña de pelo grueso y sedoso de Lev aparecía muy negra por encima de tanta blancura. Caminaba detrás de todos, junto a Vientosur, una muchacha hermosa y de voz pausada. Tal como tenía girada la cabeza, Luz supo que Lev estaba escuchando esa voz sosegada y que sonreía.

—¡Joder! —masculló Luz y siguió calle abajo, mientras las largas faldas le azotaban los tobillos.

Había recibido una educación demasiado esmerada para saber juramentos. Conocía la palabra «¡Mierda!» porque su padre la pronunciaba, incluso en presencia de mujeres, cuando se enfadaba. Luz jamás decía «¡Mierda!» porque era patrimonio de su progenitor. Años atrás Eva le había confesado que «joder» era una palabra muy soez y por eso la empleaba cuando estaba a solas.

Allí, materializándose como un no-sé-qué salido de la nada y gibosa, vagamente plumosa y con sus ojos pequeños, redondos y brillantes, estaba su dueña, Prima Lores, de la que suponía que media hora antes se había dado por vencida y regresado a casa.

—¡Luz Marina! ¡Luz Marina! ¿Dónde te habías metido? He esperado y esperado… He ido corriendo a Casa Falco y he regresado a la escuela a la carrera…, ¿dónde te habías metido? ¿Desde cuándo hablas sola? Afloja el paso, Luz Marina, estoy con la lengua afuera, estoy con la lengua afuera.

Luz no estaba dispuesta a aflojar el paso para darle el gusto a la pobre mujer protestona. Siguió avanzando, intentando contener las lágrimas que afloraban muy a su pesar: lágrimas de rabia porque nunca podía andar sola, nunca podía hacer algo por sí misma, nunca. Porque los hombres lo dirigían todo. Siempre se salían con la suya. Y todas las mujeres mayores estaban con ellos. Por eso una chica no podía andar sola por las calles de la Ciudad, ya que algún obrero borracho podía insultarla y, ¿qué ocurriría si después lo metían preso o le cortaban las orejas por lo que había hecho? No sería nada bueno. La reputación de la chica se iría al garete. Porque su reputación era lo que los hombres pensaban de ella. Los hombres pensaban todo, hacían todo, dirigían todo, creaban todo, hacían las leyes, transgredían las leyes, castigaban a los infractores; no quedaba espacio para las mujeres, no había Ciudad para las mujeres. Ningún sitio, ningún lugar salvo sus aposentos, a solas.

Hasta una arrabalera era más libre que ella. Hasta Lev, que no luchaba por una pelota de fútbol, pero que desafiaba a la noche cuando ésta ascendía por encima del límite del mundo y que se reía de las leyes. Hasta Vientosur, que era tan serena y apacible… Vientosur podía volver andando a casa con quien le diera la gana, tomada de la

mano a través de los campos abiertos bajo el viento vespertino, corriendo para librarse de la lluvia.

La lluvia tamborileaba en el techo de tejas del desván en el que, cuando por fin llegó a casa, se había refugiado aquel día de hacía tres años, acompañada hasta la puerta por una Prima Lores que no dejó de resoplar y parlotear.

La lluvia tamborileaba en el techo de tejas del desván en el que hoy se había refugiado.

Habían pasado tres años desde aquella tarde bajo la luz dorada. Y no había nada que diera cuenta del paso del tiempo. Ahora incluso había menos que lo que hubo. Hacía tres años aún iba a la escuela; había creído que cuando terminara la escuela sería mágicamente libre.

Una cárcel. Toda Victoria era una cárcel, una prisión. Y no había escapatoria. No había adónde ir.

Sólo Lev se había largado y encontrado un nuevo lugar en el lejano norte, en la inmensidad, un sitio al que ir… Y Lev había regresado, había dado la cara y le había dicho «no» al Jefe Falco.

Pero Lev era libre, siempre lo había sido. Por eso no había otro tiempo en su vida, anterior o posterior, semejante al rato que había compartido con él en las alturas de su Ciudad, bajo la luz dorada anterior a la tormenta, y en el que había visto con él qué era la libertad. Durante un instante. Una ráfaga de viento marino, el encuentro de unas miradas.

Había transcurrido más de un año desde la última vez que lo vio. Lev se había ido, regresado al Arrabal, partido hacia el nuevo asentamiento, se había largado libre, olvidándola. ¿Por qué tenía que recordarla? ¿Por qué tenía que recordarlo? Luz tenía otros asuntos en los que pensar. Era una mujer adulta. Tenía que afrontar la vida. Incluso aunque todo lo que la vida le deparara fuera una puerta con el cerrojo echado y, detrás de la puerta cerrada con llave, ninguna habitación.

3

Seis kilómetros separaban los dos asentamientos humanos del planeta Victoria. Por lo que sabían los habitantes del Arrabal y de Ciudad Victoria, no existía ningún otro asentamiento.

Mucha gente trabajaba acarreando productos o secando pescado, lo que con frecuencia la obligaba a desplazarse de un asentamiento a otro, pero eran muchos más los que vivían en la Ciudad y jamás acudían al Arrabal o los que vivían en una de las aldeas agrícolas próximas a ésta y nunca, año tras año, visitaban la Ciudad.

Cuando el grupúsculo —formado por cuatro hombres y una mujer — bajó por la Carretera del Arrabal hasta el borde de los acantilados, algunos miraron con animada curiosidad y profundo respeto la Ciudad que se extendía a sus pies, en la accidentada orilla de Bahía Songe; hicieron un alto bajo la Torre del Monumento —el caparazón de cerámica de una de las naves que había llevado a Victoria a los primeros pobladores—, pero no dedicaron muchos minutos a mirarla: era una estructura familiar, impresionante por su tamaño pero esquelética y bastante lamentable, encajada en lo alto del acantilado, una estructura que apuntaba audazmente a las estrellas pero sólo servía como guía de los barcos pesqueros que se hacían a la mar. Estaba muerta y la Ciudad estaba viva.

—Miren eso —dijo Hari, el mayor del grupo—. ¡Sería imposible contar todas las casas aunque pasáramos una hora aquí! ¡Hay varios centenares!

—Como una ciudad de la Tierra —comentó con orgullo de propietario un visitante más asiduo.

—Mi madre nació en Moskva, en Rusia la Negra —intervino un tercero—. Decía que allá, en la Tierra, la Ciudad no sería más que una pequeña población.

Era una idea bastante inverosímil para personas que habían pasado sus vidas entre los campos húmedos y las aldeas agrupadas, en un cerrado y constante compromiso a base de esfuerzos y de solidaridad humana, más allá del cual se abría la enorme e indiferente inmensidad.

—Seguramente se refería a una gran población —comentó uno de los miembros del grupo con cierta incredulidad.

Permanecieron bajo el hueco caparazón de la astronave y miraron el brillante color óxido de los techos de tejas y de paja, las chimeneas humeantes, las líneas geométricas de paredes y calles, sin ver el extenso paisaje de playas, bahía y mar, valles vacíos, colinas vacías, cielo vacío que rodeaba la Ciudad con su terrible desolación.

En cuanto pasaran por la escuela y se internaran por las calles,

podrían olvidar totalmente la presencia de la inmensidad. Estaban rodeados por los cuatros costados por las obras de la humanidad. Las casas, construidas en su mayoría en hileras, ocupaban ambos lados de la calle con sus altos muros y sus pequeñas ventanas. Las calles eran estrechas y se hundían treinta centímetros en el barro. En algunos sitios habían colocado entablados para cruzar por encima del barro, pero estaban en mal estado y la lluvia los volvía resbaladizos. Aunque muy pocas personas deambulaban por las calles, una puerta abierta permitía atisbar el ajetreado patio interior de una casa, lleno de mujeres, ropa tendida, niños, humo y voces. Y, una vez más, el silencio pavoroso y asfixiante de la calle.

—¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! —suspiró Hari.

Pasaron delante de la fábrica donde el hierro de las minas y de la fundición gubernamentales se convertía en herramientas, baterías de cocina, picaportes y otros utensilios. La puerta estaba abierta de par en par. Se detuvieron y miraron la sulfurosa oscuridad de fuegos chispeantes y poblada de golpes y martillazos, pero un trabajador les gritó que siguieran su camino. Bajaron hasta la Calle de la Bahía y, al ver el largo, el ancho y la rectitud de esa arteria, Hari repitió:

—¡Maravilloso!

Siguieron a Vera, que conocía al dedillo la Ciudad, Calle de la Bahía arriba hasta el Capitolio. Ante el enorme edificio, Hari se quedó boquiabierto y se limitó a mirarlo.

Era el edificio más grande del mundo —tenía cuatro veces la altura de una casa corriente— y estaba construido con piedra sólida. Su elevado porche se sustentaba en cuatro columnas, cada una de las cuales era un único y enorme tronco de un árbol anillado, acanalado y encalado, con las gruesas mayúsculas talladas y doradas. Los visitantes se sentían pequeños bajo esas columnas, pequeños al atravesar los anchos y altos portales. La entrada, estrecha pero muy elevada, tenía las paredes enyesadas y años atrás habían sido decoradas con frescos que iban del suelo al techo. Al verlos, la gente del Arrabal volvió a detenerse y los contempló en silencio: eran imágenes de la Tierra.

En el Arrabal aún quedaba gente que recordaba la Tierra y que hablaba de ella, pero sus evocaciones —de hacía cincuenta y cinco años— se remontaban a experiencias de la infancia. Quedaban muy pocos que hubieran sido adultos en el momento del exilio. Algunos habían consagrado varios años de su vida a escribir la historia del Pueblo de la Paz, los pensamientos de sus dirigentes y héroes, descripciones de la Tierra y esbozos de su historia remota y espantosa. Otros apenas habían mencionado la Tierra; a lo sumo, habían cantado a sus hijos nacidos en el exilio, o a los hijos de sus hijos, una vieja canción infantil en la que desgranaban palabras y nombres extraños, o les habían narrado historias sobre los niños y las brujas, los tres ositos,

el monarca que montó un tigre. Los niños escuchaban con ojos desorbitados.

—¿Qué es un oso? ¿El monarca también tiene rayas?

Por otro lado, la primera generación de la Ciudad, enviada a Victoria cincuenta años antes que el Pueblo de la Paz, procedía mayoritariamente de las ciudades: Buenos Aires, Río, Brasilia y los demás grandes centros de Brasilamérica; algunos habían sido personas influyentes, conocedoras de cosas aún más extrañas que las brujas y los osos. El pintor de los frescos había reproducido escenas que impresionaban profundamente a los que ahora las contemplaban: torres llenas de ventanas, calles llenas de máquinas con ruedas, cielos llenos de máquinas aladas; mujeres con vestidos tornasolados y enjoyados y los labios de color rojo sangre; hombres, altas figuras heroicas, realizando increíbles hazañas: sentados en inmensas bestias cuadrúpedas o detrás de bloques de madera grandes y brillantes, gritando con los brazos levantados en dirección a una multitud, avanzando entre cadáveres y charcos de sangre al frente de hileras de hombres vestidos de la misma manera, bajo un cielo cargado de humo y llamaradas centelleantes… Los visitantes del Arrabal necesitaban quedarse una semana para verlo todo o seguir rápidamente su camino pues no debían llegar tarde a la reunión de la Junta. Todos hicieron un alto ante la última tabla, que se diferenciaba de las demás. Era negra y no estaba cubierta de rostros, fuego, sangre y máquinas. En el ángulo inferior izquierdo aparecía un pequeño disco verde azulado y otro en el ángulo superior derecho; entre los discos y alrededor de ellos no había nada: la negrura. Sólo si observabas atentamente la negrura descubrías que estaba salpicada por un minúsculo e inconmensurable brillo estelar; por último, veías la plateada astronave finamente dibujada, apenas más grande que el filo de una uña, posada en el vacío de los mundos.

Junto a la puerta que se alzaba tras el fresco negro había dos guardias, imponentes figuras, vestidos con pantalones anchos, jubones, botas y cintos. No sólo portaban látigos enroscados en los cintos, sino armas: mosquetes largos, con la culata tallada a mano y pesado cañón. La mayoría de los arrabaleros había oído hablar de las armas, pero nunca las había visto, por lo que ahora las contemplaron con curiosidad.

—¡Alto! —exclamó uno de los guardias.

—¿Cómo? —preguntó Hari.

La población del Arrabal había adoptado muy pronto la lengua de Ciudad Victoria, pues eran gentes de idiomas muy distintos y necesitaban una lengua común para comunicarse entre sí y con la Ciudad; algunos de los más ancianos desconocían ciertas costumbres de la Ciudad. Hari nunca había oído la palabra «Alto».

—Deténganse aquí —añadió el guardia.

—Muy bien —aceptó Hari—. Tenemos que esperar aquí —explicó a sus compañeros.

Desde el otro lado de las puertas cerradas de la Sala de la Junta llegó el rumor de voces pronunciando discursos. Poco después los arrabaleros bajaron por el pasillo para mirar los frescos mientras esperaban; los guardias ordenaron que permanecieran juntos y volvieron a reunirse. Por fin las puertas se abrieron y los guardias escoltaron a la delegación del Arrabal hasta el Salón de la Junta del Gobierno de Victoria: una amplia estancia, dominada por la luz cenicienta que se colaba por las ventanas empotradas en lo alto de la pared. En el extremo aparecía una plataforma elevada sobre la que diez sillas formaban un semicírculo; en la pared posterior pendía una lámina de tela roja, con un disco azul en el medio y diez estrellas amarillas a su alrededor. Unos veinticinco hombres se repartían irregularmente en las hileras de bancos, frente a la tarima. De las diez sillas del estrado, sólo tres estaban ocupadas.

Un hombre de cabellos rizados, sentado en una mesilla situada debajo de la tarima, se puso en pie y anunció que una delegación del Arrabal había solicitado autorización para dirigirse al Pleno Supremo del Congreso y la Junta de Victoria.

—Autorización concedida —informó uno de los hombres de la tarima.

—Avancen… No, por ahí no, por el pasillo… —El hombre de cabellos ensortijados susurró y se desvivió hasta colocar a la delegación donde quería, cerca de la tarima—. ¿Quién es el portavoz?

—Ella —respondió Hari y señaló a Vera con la cabeza.

—Diga su nombre tal como figura en el Registro Nacional. Debe dirigirse a los congresistas como «Caballeros» y a los concejales como «Sus Excelencias» —susurró el empleado, con el ceño fruncido. Hari lo miró con bondadoso regocijo, como si se tratara de un murciélago con saco abdominal—. ¡Vamos, vamos! —murmuró el afanoso empleado.

Vera avanzó un paso.

—Me llamo Vera Adelson. Hemos venido a debatir con ustedes nuestros planes de enviar un grupo al norte para establecer un nuevo asentamiento. Días atrás no tuvimos tiempo de analizar la cuestión y por eso se produjeron algunos errores de entendimiento y desacuerdos. Ya está todo superado. Jan tiene el mapa que el concejal Falco pidió y entregamos gustosamente esta copia para los Archivos. Los exploradores insisten en que no es muy exacto, pero da una idea general del territorio situado al norte y al este de Bahía Songe, incluidos algunos caminos y vados transitables. Esperamos sinceramente que sea de utilidad para nuestra comunidad.

Uno de los arrabaleros extendió un rollo de papel de hoja y el

inquieto empleado lo tomó, mirando a los concejales en busca de su consentimiento.

Con su traje de pantalón de blanca seda de árbol, Vera permaneció inmóvil como una estatua bajo la luz gris. Su voz sonaba serena:

—Hace ciento once años el gobierno de Brasilamérica envió millares de personas a este mundo. Hace cincuenta y seis años el gobierno de Canamérica envió dos mil personas más. Estos grupos no se han fusionado, pero han cooperado. Ahora Ciudad y Arrabal, pese a ser distintas, son profundamente interdependientes. Las primeras décadas fueron muy duras para cada uno de los grupos y hubo que lamentar muchas muertes. Se han producido menos víctimas a medida que aprendíamos a vivir aquí. Aunque hace años que el Registro se ha suspendido, calculamos que la población de la Ciudad ronda las ocho mil personas y, según nuestro último cálculo, la población del Arrabal ascendía a cuatro mil trescientas veinte.

Un murmullo de sorpresa se elevó desde los bancos.

—Consideramos —prosiguió Vera— que doce mil personas es el máximo que puede alimentar la región de Bahía Songe sin apelar a una agricultura demasiado intensiva y al riesgo constante de la hambruna. Creemos que ha llegado la hora para que algunos partamos y establezcamos un nuevo asentamiento. Al fin y al cabo, hay espacio más que suficiente. —Falco sonrió ligeramente desde su asiento de concejal—. Como el Arrabal y la Ciudad no se han unido y siguen constituyendo dos grupos diferentes, creemos que un esfuerzo compartido para establecer un nuevo asentamiento sería poco aconsejable. Los pioneros tendrán que convivir, trabajar juntos, depender mutuamente y, como es obvio, casarse entre sí. Sería intolerable la tensión de mantener separadas las dos castas sociales en semejantes condiciones. Además, los que quieren crear un nuevo asentamiento son arrabaleros. Alrededor de doscientas cincuenta familias, cerca de mil personas, están pensando en trasladarse al norte. No se irán todos juntos, sino unas doscientas personas por vez. A medida que partan, ocuparán sus sitios en las granjas los jóvenes que elijan quedarse y, puesto que la Ciudad ya está muy poblada, queda la posibilidad que algunas familias deseen trasladarse al campo. Serán recibidas con los brazos abiertos. Aunque la quinta parte de nuestros campesinos se traslade al norte, no habrá una caída en la producción de alimentos y, por añadidura, habrá mil bocas menos que alimentar. Este es nuestro plan. Confiamos en que a través del debate, la crítica y la búsqueda mutua de la verdad podamos llegar a la plena coincidencia en una cuestión que a todos nos atañe.

Se produjo un breve silencio.

Un hombre que ocupaba uno de los bancos se levantó para

hablar, pero volvió a sentarse apresuradamente al ver que el concejal Falco se disponía a hacer uso de la palabra.

—Muchas gracias, *senhora* Adelson —dijo Falco—. Ya se le informará sobre la decisión de la Junta con respecto a esta propuesta. *Senhor* Brown, ¿cuál es el punto siguiente de la orden del día?

Con una mano, el empleado de cabellos rizados hizo gestos frenéticos a los arrabaleros mientras con la otra intentaba encontrar algo entre los papeles de su escritorio. Dos guardias se adelantaron deprisa y flanquearon a los cinco arrabaleros.

—¡Vamos! —ordenó uno de ellos.

—Esperen un momento —pidió Vera amablemente—. Concejal Falco, temo que volvemos a entendernos mal. Nosotros hemos tomado una decisión provisional. Y ahora nos gustaría, con vuestra cooperación, tomar una decisión definitiva. Ni nosotros ni ustedes podemos elegir en solitario con respecto a un asunto que nos compete a todos.

—Creo que me entiende mal —dijo Falco y miró el aire por encima de la cabeza de Vera—. Acaba de plantear una propuesta. La decisión corresponde al gobierno de Victoria.

Vera sonrió.

—Sé que ustedes no están acostumbrados a que las mujeres tomen la palabra en vuestras reuniones. Quizá sea mejor que Jan Serov se exprese en nuestro nombre.

Vera retrocedió y un hombre corpulento y de piel blanca ocupó su sitio.

—Verán —dijo, como si prosiguiera el discurso de Vera—, en primer lugar tenemos que acordar qué queremos y cómo queremos hacerlo y, una vez que estemos de acuerdo, lo haremos.

—El tema está cerrado —intervino el calvo concejal Helder, sentado a la izquierda de Falco en la tarima—. Si ustedes siguen obstruyendo las tareas del Pleno, habrá que retirarlos por la fuerza.

—No obstruimos ninguna tarea, sólo queremos hacer algo —declaró Jan. No sabía qué hacer con sus enormes manos, que mantenía torpemente pegadas a los lados del cuerpo, entrecerradas, buscando el mango de una azada ausente—. Tenemos que resolver este asunto.

—Guardias —dijo Falco en voz muy baja.

Cuando los guardias avanzaron por segunda vez, Jan miró perplejo a Vera y Hari apeló a Falco:

—Bueno, concejal, cálmese, es evidente que sólo tenemos la intención de hablar con sensatez.

—¡Su Excelencia, haga expulsar a esta gente! —gritó un hombre desde los bancos.

Otros asistentes se pusieron a vociferar, como si quisieran llamar

la atención de los concejales sentados en el estrado. Los arrabaleros no se movieron, si bien Jan Serov y el joven King miraron sorprendidos los rostros coléricos y gritones vueltos hacia ellos. Falco conferenció unos segundos con Helder e hizo señas a uno de los guardias, que abandonó el recinto a la carrera. Falco levantó la mano para pedir silencio.

—Deben ustedes comprender que no son miembros del gobierno, sino súbditos —declaró con suma cortesía—. «Decidir» sobre un «plan» opuesto a las decisiones del gobierno es un acto de rebelión. Para que quede bien claro para ustedes, y también para el resto, permanecerán detenidos aquí hasta que comprobemos que el orden vigente se ha restablecido.

—¿Qué significa «detenidos»? —preguntó Hari a Vera en voz baja.

—La cárcel —respondió la mujer.

Hari asintió. Había nacido en una cárcel de Canamérica; aunque no lo recordaba, estaba orgulloso de ello.

Aparecieron ocho guardias con actitud autoritaria y empujaron a los arrabaleros hacia la puerta.

—¡En fila india! ¡Dense prisa! ¡Si corren, dispararé! —ordenó el oficial.

Ninguno de los cinco arrabaleros mostró la menor intención de huir, resistirse o protestar. Empujado por un guardia impaciente, King se disculpó como si en medio de la prisa le hubiera cortado el paso a alguien.

Los guardias guiaron al grupo más allá de los frescos, más allá de las columnas, hasta la calle. Allí los obligaron a detenerse.

—¿Adónde vamos? —preguntó uno de los guardias al oficial.

—A la cárcel.

—¿Ella también?

Todos miraron a Vera, pulcra y delicada con su vestimenta de seda blanca. Impávida, les devolvió la mirada.

—El jefe ha dicho que a la cárcel —declaró el oficial y frunció el ceño.

—Hesumeria, señor, no podemos meterla en la cárcel —declaró un guardia menudo, de mirada penetrante y con la cara marcada.

—Eso ha dicho el jefe.

—Fíjese, señor, es una dama.

—Llévenla a casa del Jefe Falco y que decida él cuando regrese —propuso otro guardia, el gemelo de Caramarcada, aunque no tenía cicatrices.

—Les doy mi palabra que permaneceré donde me digan, pero preferiría estar con mis amigos —intervino Vera.

—¡Por favor, señora, cállese! —ordenó el oficial y se sujetó la

cabeza con las manos—. De acuerdo. Ustedes dos, llévenla a Casa Falco.

—Mis amigos también darán su palabra si… —intentó añadir Vera.

El oficial ya le había dado la espalda y gritó:

—¡De acuerdo! ¡Adelante! ¡En fila india!

—Por aquí, *senhora* —dijo Caramarcada.

Vera se detuvo en la bocacalle y alzó la mano para saludar a sus cuatro compañeros, que ahora iban calle abajo.

—¡Paz! ¡Paz! —gritó Hari con gran entusiasmo.

Caramarcada masculló algo y soltó un escupitajo. Los dos guardias eran hombres que habrían asustado a Vera si se hubiera cruzado con ellos por las calles de la Ciudad pero en este momento, mientras caminaban flanqueándola, su modo de protegerla era evidente hasta en la forma de andar. Vera tuvo la sensación que ellos se consideraban sus salvadores.

—¿La cárcel es muy desagradable? —inquirió.

—Borracheras, refriegas, hedores —replicó Caramarcada.

—No es sitio para una dama, *senhora* —añadió el gemelo con grave decoro.

—¿Es un sitio más apto para hombres? —insistió Vera, pero ninguno de los dos respondió.

Casa Falco sólo distaba tres calles del Capitolio: era un edificio grande, bajo, blanco y de techo de tejas rojas. La criada rolliza que abrió la puerta se perturbó en presencia de dos soldados y de una *senhora* desconocida; hizo una reverencia, hipó y murmuró:

—¡Oh, hesumeria! ¡Oh, hesumeria! —y huyó dejando al trío en el umbral.

Después de una pausa prolongada en la que Vera conversó con los guardias y se enteró que ellos eran hermanos gemelos, que se llamaban Emiliano y Aníbal y que les gustaba su profesión porque la paga era buena y no tenían que oír impertinencias de nadie, si bien a Aníbal —Caramarcada— no le agradaba permanecer erguido tantas horas porque le dolían los pies y se le hinchaban los tobillos… Después de la pausa, una joven apareció en la entrada, una muchacha de espalda recta y mejillas rojas que meneaba sus largas faldas.

—Soy la *senhorita* Falco —se presentó echando una rápida mirada a los guardias pero dirigiéndose a Vera. Su expresión se demudó—. Lo siento, *senhora* Adelson, no la había reconocido. ¡Pase, por favor!

—Verás, querida, es una situación embarazosa, no vengo como visitante, sino como presa. Estos caballeros han sido muy amables. Pensaron que la cárcel no es un sitio para mujeres y me trajeron aquí. Creo que si paso ellos también tendrán que entrar para vigilarme.

Las cejas de Luz Marina habían formado una delgada recta.

Permaneció muda unos segundos.

—Pueden esperar aquí, en la entrada —dijo—. Siéntense en los arcones —ofreció a Aníbal y a Emiliano—. La *senhora* Adelson se quedará conmigo.

Los gemelos cruzaron tiesos el umbral, detrás de Vera.

—Pase, por favor —ofreció Luz amablemente.

Vera entró en el vestíbulo de Casa Falco, con sus sillones y sus sofás de madera acolchados, sus mesas taraceadas y su suelo de piedra adornado con dibujos, sus ventanas de grueso cristal y las enormes y frías chimeneas: su cárcel.

—Por favor, tome asiento —ofreció su carcelera y se acercó a una puerta interior para ordenar que prepararan el fuego y lo encendieran y que les sirvieran café.

Vera no se sentó. Miró admirada a la joven a medida que regresaba a su lado.

—Querida, eres muy amable y atenta. Pero estoy realmente detenida…, por orden de tu padre.

—Esta es mi casa —declaró Luz con una voz tan seca como la de su padre—. En mi casa se acoge bien a las visitas.

Vera suspiró y se sentó dócilmente. El viento de las calles había alborotado su cabellera cana; la estiró y cruzó sus manos delgadas y morenas sobre el regazo.

—¿Por qué la ha detenido? —Luz había reprimido la pregunta y ahora salió disparada—. ¿Qué ha hecho?

—En fin, hemos venido para tratar de elaborar con la Junta los planes para el nuevo asentamiento.

—¿Sabían que los detendrían?

—Era una posibilidad.

—¿De qué está hablando?

—Del nuevo asentamiento…, diría que de la libertad. Querida, en realidad no debería hablar contigo de este asunto. Me he comprometido a ser una detenida y los presos no deben pregonar su delito.

—¿Por qué no? —preguntó Luz desdeñosamente—. ¿Acaso es contagioso, como la gripe?

Vera rió.

—¡Ya lo creo! Sé que nos hemos visto antes…, pero no recuerdo dónde nos conocimos.

La nerviosa criada entró rápidamente con una bandeja, la depositó sobre la mesa y salió espantada, sin aliento. Luz sirvió la bebida negra y caliente —llamada café y preparada con la raíz tostada de una planta nativa— en tazas de fino barro rojo.

—El año pasado asistí al festival del Arrabal —respondió. Su voz había perdido la sequedad autoritaria y ahora sonaba cohibida—. Fui

a ver las danzas. Usted vino un par de veces a la escuela para hablarnos.

—¡Es verdad! ¡Lev, tú y el famoso grupo estudiaron juntos! Entonces conociste a Timmo. ¿Te enteraste que él murió en la expedición al norte?

—No, no lo sabía. Entonces murió en la inmensidad —dijo la joven y acompañó la palabra inmensidad con un fugaz silencio—. ¿Lev estaba…, está Lev en la cárcel?

—No, no ha venido con nosotros. Sabrás que en la guerra las fuerzas nunca se concentran en un solo frente.

Vera bebió un sorbo de café con renovado entusiasmo y el sabor la llevó a hacer una ligera mueca.

—¿La guerra?

—Estoy hablando de una guerra sin combates. Probablemente hablo de una rebelión, como dice tu padre. Espero que sólo se trate de un desacuerdo. —Daba la sensación que Luz no entendía nada—. ¿Sabes qué es la guerra?

—Sí, claro que sí. Cientos de personas se matan entre sí. La historia de la Tierra, que estudiamos en la escuela, no hablaba de otra cosa. Pero suponía…, suponía que ustedes no luchaban.

—Y no estás equivocada —coincidió Vera—. No luchamos, al menos no lo hacemos con navajas y armas. Pero cuando nos ponemos de acuerdo en que hay que hacer algo o en que algo no debe hacerse, nos volvemos muy testarudos. Y cuando nuestra testarudez topa con otra testarudez, puede estallar una especie de guerra, un combate ideológico, el único tipo de guerra que es posible ganar. ¿Te das cuenta? —Evidentemente, Luz no entendía—. No te preocupes —prosiguió Vera afablemente—, ya llegará el día en que lo comprenderás.

4

El árbol anillado de Victoria llevaba una doble vida. Comenzaba por un único plantón de crecimiento rápido con hojas rojas dentadas. Una vez maduro, florecía pródigamente y daba grandes flores de color miel. Atraídos por los dulces pétalos, los no-sé-qué y otros pequeños seres voladores los comían y así fertilizaban el amargo corazón de la flor con polen adherido a su pelaje, sus escamas, sus alas o barbas. El resto fertilizado de la flor se enroscaba hasta formar una semilla dura. Aunque en el árbol podía haber cientos, se secaban y caían, una tras otra, dejando una única semilla en una elevada rama central. Esta semilla dura y de sabor desagradable crecía y crecía al tiempo que el árbol se debilitaba y marchitaba, hasta que las ramas peladas se hundían pesarosas bajo el peso de la bola grande y negra de la semilla. Después, alguna tarde en que el sol otoñal se abría paso entre los nubarrones, la semilla realizaba su extraordinaria hazaña: estallaba, madurada por el paso del tiempo y calentada por el sol. Soltaba un estampido que podía oírse en varios kilómetros a la redonda. Se levantaba una nube de polvo y fragmentos que se desplazaba lentamente por las colinas. Evidentemente, todo había terminado para el árbol anillado.

Pero en un círculo en torno al tronco central, cientos de semillitas expulsadas de la cáscara cavaban enérgicamente para entrar en el terreno húmedo y fértil. Un año después los vástagos competían por el espacio para las raíces y los más débiles morían. Diez años más tarde y a partir de entonces durante uno o dos siglos de veinte a sesenta árboles de hojas cobrizas formaban un anillo perfecto en torno al tronco central desaparecido tiempo atrás. Ramas y raíces estaban separadas pero tocándose: cuarenta árboles anillados, un anillo de árboles. Cada ocho o diez años florecían y daban un pequeño fruto comestible, cuyas semillas eran excretadas por los no-sé-qué, murciélagos con saco abdominal, farfalias, conejos de los árboles y otros entusiastas de las frutas. Depositada en el sitio adecuado, la semilla germinaba y producía el árbol único y éste la única semilla; el ciclo se repetía incesantemente de árbol anillado a anillo de árboles.

Si el terreno era propicio, los anillos crecían entrelazados; no salían plantas grandes en el círculo central de cada anillo, sólo hierbas, musgos y helechos. Los anillos muy viejos agotaban hasta tal punto el terreno central que éste podía hundirse y formar un hueco que se llenaba de filtraciones subterráneas y de lluvia; así, el círculo de viejos y altos árboles de color rojo oscuro se reflejaba en las aguas mansas de la charca central. El centro de un anillo de árboles siempre era un sitio sereno. Los antiguos anillos con una charca en el centro

eran los más apacibles, los más extraños.

El Templo del Arrabal se alzaba en las afueras de la población, en un valle que cobijaba uno de esos anillos: cuarenta y seis árboles que elevaban sus troncos en forma de columna y sus coronas de bronce en torno a un mudo círculo de agua impregnado de lluvia, gris nube o brillante por el sol que se abría paso entre el follaje rojo desde un cielo fugazmente despejado. Las raíces crecían nudosas al borde del agua, lo que creaba un sitio de reposo para el contemplador solitario. Un único par de garzas vivía en el Anillo del Templo. La garza victoriana no era una garza, ni siquiera era un ave. Los exiliados sólo tuvieron palabras del viejo mundo para nombrar el nuevo. Los seres que vivían en las charcas —una pareja por charca— eran zancudos, de color gris claro y comían peces: por eso los llamaron garzas. La primera generación sabía que no eran garzas, que no eran aves, reptiles ni mamíferos. Las generaciones siguientes no sabían lo que no eran aunque, en cierto sentido, sabían lo que eran. Eran garzas.

Parecían vivir tanto como los árboles. Nadie había visto una cría de garza ni un huevo. A veces danzaban y si el rito era una ceremonia nupcial, el apareamiento tenía lugar en el secreto de la noche de la inmensidad: nadie las había visto. Discretas, angulosas y elegantes, anidaban entre las raíces, en los montículos de hojas rojas, pescaban animales acuáticos en los bajos y, desde el otro lado de la charca, contemplaban a los seres humanos con ojos grandes y redondos tan incoloros como el agua. Aunque no mostraban temor ante el hombre, jamás permitían un estrecho acercamiento.

Hasta hoy los pobladores de Victoria no habían encontrado ningún animal terrestre de grandes dimensiones. El herbívoro de mayor tamaño era el conejo, una bestia conejil —gorda y lenta— recubierta de magníficas escamas impermeables; el mayor depredador era la larva, de ojos rojos, dientes de tiburón y medio metro de largo. En cautiverio, las larvas mordían y chillaban con mórbido frenesí hasta que morían; los conejos se negaban a comer, se tendían apaciblemente y morían. En el mar había bestias de gran tamaño; todos los veranos las «ballenas» llegaban a Bahía Songe y las pescaban por su carne; mar adentro se habían visto animales aún más grandes que las ballenas, enormes, parecidos a islas retorcidas. Las ballenas no eran ballenas y nadie sabía qué eran o dejaban de ser esos monstruos. Nunca se acercaban a los botes pesqueros. Las bestias de los llanos y de los bosques tampoco se aproximaban a los seres humanos. No huían. Simplemente, guardaban las distancias. Miraban un rato con ojos límpidos y seguían su camino, ignorando al desconocido.

Sólo las farfalias de ojos brillantes y los no-sé-qué consentían en acercarse. Enjaulada, la farfalia plegaba las alas y moría, pero si ponías miel para atraparla, era capaz de instalarse en tu tejado y

construir el pequeño recogelluvia semejante a un nido en el que, por ser semiacuática, dormía. Era evidente que los no-sé-qué confiaban en su notoria capacidad para parecerse a otra cosa de un minuto a otro. A veces manifestaban un claro deseo de volar alrededor de un ser humano e incluso de posarse sobre él. Su transmutación contenía un elemento de engaño visual, quizás de hipnosis, y en ocasiones Lev se había preguntado si a los no-sé-qué les gustaba practicar sus trucos con los seres humanos. Sea como fuere, si lo enjaulabas, el no-sé-qué se convertía en una mancha marrón e informe parecida a un terrón de tierra y, dos o tres horas más tarde, moría.

Ninguna de las criaturas zoológicas de Victoria era domesticable, ninguna podía convivir con el hombre, no se acercaban. Escapaban, huían hacia los bosques ensombrecidos por la lluvia y dulcemente perfumados, se internaban mar adentro o iban hacia la muerte. No tenían nada que ver con los seres humanos. El hombre era un extraño. No pertenecía a ese ámbito.

—Una vez tuve un gato —le había dicho la abuela a Lev muchos años atrás—. Un gato gris y panzón, con el pelo como la más suave, la más mullida seda de los árboles. Tenía listas negras en las patas y ojos verdes. Saltaba sobre mi regazo, me hundía el morro bajo la oreja para que pudiera oírlo y ronroneaba y ronroneaba…, ¡así! —La anciana dama emitía un runrún sordo, suave y bronco que deleitaba al chiquillo.

—Nana, ¿qué decía cuando tenía hambre? —Lev contenía el aliento.

—¡RRRRUUUNN, RRRRUUUNN!

La abuela reía. Lev la imitaba.

Sólo se tenían a sí mismos. Las voces, los rostros, las manos, los brazos entrelazados de los de la propia especie. La otra gente, los otros extraños.

Al otro lado de las puertas, más allá de los pequeños terrenos arados, se extendía la inmensidad, el infinito mundo de colinas, hojas rojas y bruma donde no se oían voces. Dijeras lo que dijeses, hablar allí era como decir: «Soy un extraño».

—Algún día saldré a explorar el mundo, todo el mundo —afirmó el niño.

La idea, que se le acababa de ocurrir, dominó su ánimo. Trazaría mapas y haría todo lo necesario. Pero Nana ya no le escuchaba. Tenía pena en la mirada. Lev sabía qué tenía que hacer. Se acercó silencioso a su abuela, le acarició el cuello por debajo de la oreja y dijo:

—Rrrrrr…

—¿Eres mi gato Mino? ¡Hola, Mino! ¡Pero si no es Mino, sino Levuchka! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

Lev se sentó en las rodillas de Nana. La abuela lo rodeó con sus

brazos grandes, gastados y morenos. En cada muñeca lucía un brazalete de hermosa esteatita roja. Los había tallado para ella su hijo, Alexander Sasha, el padre de Lev. Cuando se los regaló por su cumpleaños, le dijo: «Esposas. Mamá, son esposas de Victoria». A pesar que todos los adultos rieron, Nana tenía pena en la mirada cuando reía.

—Nana, ¿Mino se llamaba Mino?

—Claro, tontorrón.

—¿Y por qué?

—Porque le puse Mino de nombre.

—Pero los animales no tienen nombre.

—No, aquí no.

—¿Y por qué no?

—Porque no sabemos sus nombres —respondió la abuela y miró los pequeños campos arados.

—Nana.

—¿Sí? —preguntó la voz tierna en el acogedor pecho en el que Lev apoyaba la oreja.

—¿Por qué no trajiste a Mino?

—En la astronave no pudimos traer nada. Nada nuestro. No había espacio. De todos modos, Mino murió mucho antes del viaje. Yo era una niña cuando Mino era cachorro y seguía siendo una niña cuando envejeció y murió. Los gatos no viven mucho, apenas unos años.

—Pero la gente vive mucho tiempo.

—Sí, claro, muchísimo tiempo.

Lev permaneció quieto en el regazo de la abuela y fingió que era un gato de pelaje gris como la pelusa del algodón, pero tibia.

—Rrrr —ronroneó suavemente mientras la anciana sentada en el umbral lo abrazaba y, por encima de su cabeza, miraba la tierra del exilio.

Ahora, sentado en la dura y ancha raíz de un árbol anillado, en el borde de la Charca del Templo, Lev pensó en Nana, en el gato, en las aguas plateadas de Lago Sereno, en las montañas que lo rodeaban y que soñaba coronar, en los montes que escalaría para salir de la bruma y la lluvia e internarse en el hielo y el brillo de las cumbres; pensó en muchas cosas, en demasiadas cosas. Aunque estaba inmóvil, su mente no cesaba de discurrir. Había ido en busca de sosiego, pero su mente no dejaba de pensar, corría del pasado al futuro una y otra vez. Sólo encontró la calma unos instantes. Una de las garzas se acercó silenciosamente al agua desde el otro lado de la charca. Alzó su delgada cabeza y miró a Lev. El joven le devolvió la mirada y por un instante quedó atrapado en ese ojo redondo y transparente, tan insondable como el cielo límpido: fue un momento redondo, transparente y silencioso, un momento en el centro de todos los

momentos, el momento presente y eterno del animal silente.

La garza giró, inclinó la cabeza y buscó alimento en las aguas turbias.

Lev se incorporó, intentó moverse tan callada y diestramente como la garza y abandonó el círculo de árboles pasando entre dos impresionantes troncos rojos. Fue como atravesar una puerta para ir a un sitio totalmente distinto. El valle llano brillaba bajo el sol y el cielo aparecía ventoso y vivo. Sobre la ladera sur, el Templo con su techo de madera pintado de rojo reflejaba los destellos dorados del sol. Lev aceleró el paso al ver que muchas personas charlaban de pie en los escalones y el porche del Templo. Deseaba correr, gritar. No era el momento para estar quieto. Era la primera mañana de la batalla, los albores de la victoria.

—¡Corre! ¡Todos estamos esperando al Jefe Lev! —lo llamó Andre.

Rió y apretó el paso. Subió con dos zancadas los seis escalones del porche.

—Está bien, está bien, está bien —dijo—. ¿A eso le llamas disciplina? ¿Dónde están tus botas? Sam, ¿crees que es una posición respetuosa?

Sam, un hombre moreno y fornido que sólo llevaba pantalón blanco, estaba tranquilamente cabeza abajo, cerca de la barandilla del porche.

Elia coordinó la reunión. Como el sol resultaba muy agradable, en lugar de entrar se sentaron a charlar en el porche. Elia estaba serio, como de costumbre, pero la llegada de Lev animó a los demás y el debate fue acalorado aunque breve. El sentido de la reunión quedó de manifiesto casi de inmediato. Elia quería que otra delegación fuera a la Ciudad para hablar con los Jefes, pero nadie lo secundó; todos eran partidarios de una reunión general de la población del Arrabal. Acordaron que se celebraría antes del crepúsculo y que los más jóvenes se ocuparían de dar voces en las aldeas y los campos más lejanos. Lev estaba a punto de irse cuando Sam, que durante el debate había permanecido tranquilamente cabeza abajo, se enderezó con un solo y gracioso movimiento y le comentó sonriente:

—Arjuna, será una gran batalla.

Con la mente ocupada por cien ideas distintas, Lev sonrió a Sam y partió.

La campaña que la población del Arrabal estaba a punto de emprender era algo nuevo y, al mismo tiempo, familiar. Todos habían aprendido sus principios y tácticas en la escuela arrabalera y en el Templo; conocían las vidas de los héroes-filósofos Gandhi y King, la historia del Pueblo de la Paz y las ideas que habían inspirado esas vidas, esa historia. En el exilio, el Pueblo de la Paz había seguido

viviendo de acuerdo con esas ideas y, hasta el presente, con buenos resultados. Al menos siguieron siendo independientes al tiempo que se hacían cargo de toda la iniciativa agrícola de la comunidad y compartían plena y libremente los productos con la Ciudad. A cambio, la Ciudad les proporcionaba herramientas y maquinaria fabricadas en las fundiciones del gobierno, pescado capturado por su flota y otros productos que la colonia establecida con anterioridad podía proveer más fácilmente. Había sido un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Gradualmente los términos del acuerdo se tornaron más injustos. El Arrabal cultivaba las plantas de algodón y los árboles de la seda y trasladaba la materia prima a las hilanderías de la Ciudad para que la hilaran y la tejieran. Sin embargo, las hilanderías eran lentas; si los arrabaleros necesitaban ropa, más les valía hilar y tejer los paños. El pescado fresco y seco que esperaban no llegaba. La Junta explicó que se debía a que las capturas fueron exiguas. No sustituyeron las herramientas. La Ciudad había entregado herramientas a los campesinos; la Junta dijo que si los campesinos eran descuidados, a ellos les tocaba reemplazarlas. Y así sucesivamente. Fue un proceso paulatino que no dio lugar a que estallara la crisis. La gente del Arrabal transigió, se adaptó, se arregló. Los hijos y los nietos de los exiliados —ahora hombres y mujeres adultos— nunca habían visto en acción la técnica de conflicto y resistencia que articulaba su fuerte unión como comunidad.

Sin embargo, la habían aprendido, conocían el espíritu, los motivos y las reglas. La habían aprendido y la practicaban toda vez que surgía un conflicto menor en el Arrabal. Habían visto que sus mayores arribaban a la solución de problemas y desacuerdos mediante un apasionado debate y, en otros casos, a través de un consentimiento casi tácito. Habían aprendido a captar el sentido del encuentro, no a oír la voz del más gritón. Habían aprendido que en cada ocasión debían decidir si la obediencia era necesaria y correcta o impropia y errónea. Habían aprendido que un acto de violencia es un acto de debilidad y que la fuerza del espíritu consiste en ser fiel a la verdad.

Al menos creían en esta concepción de la vida y estaban convencidos de haberla aprendido más allá de todo atisbo de duda. Ninguno, cualquiera que fuese la provocación, apelaría a la violencia. Estaban seguros y eran fuertes.

«Esta vez no será fácil —les había dicho Vera antes de partir a la Ciudad con los demás—. Saben ustedes que no será fácil.»

Asintieron sonrientes y la aclamaron. Claro que no sería fácil. Las victorias fáciles no merecen la pena.

Mientras iba de una granja a otra del sudoeste del Arrabal, Lev pedía a los pobladores que fueran a la gran reunión y respondía a sus

preguntas sobre Vera y los demás rehenes. Algunos temían lo que los hombres de la Ciudad pudieran intentar a continuación y Lev dijo:

—Sí, tal vez hagan algo peor que tomar un puñado de rehenes. Simplemente, no podemos esperar que estén de acuerdo con nosotros porque nosotros no estamos de acuerdo con ellos. Creo que habrá pelea.

—Cuando luchan emplean navajas…, y también está ese…, ese lugar donde azotan, ya sabes —dijo una mujer y bajó la voz—. Ese sitio donde castigan a los ladrones y… —No acabó la frase. Todos se mostraron avergonzados y preocupados.

—Se han dejado atrapar por el círculo de violencia que los trajo aquí —añadió Lev—. Pero nosotros, no. Si nos mantenemos firmes y unidos, verán nuestra fuerza, comprenderán que es mayor que la de ellos. Escucharán lo que tenemos que decir. Y así ellos mismos ganarán la libertad.

La voz y la expresión de Lev eran tan joviales que los campesinos notaron que, lisa y llanamente, decía la verdad y empezaron a esperar la próxima confrontación con la Ciudad en lugar de temerla. Dos hermanos cuyos nombres procedían de la Larga Marcha —Lyon y Pamplona— se entusiasmaron; el simplón de Pamplona siguió a Lev de una granja a otra durante el resto de la mañana a fin de oír diez veces los Planes de Resistencia.

Por la tarde Lev trabajó con su padre y las otras tres familias que cultivaban el campo de arroz de los pantanos, ya que la última cosecha estaba a punto y había que recogerla pasara lo que pasase. Su padre fue a cenar con una de las familias y él acudió a comer a casa de Vientosur. La muchacha había dejado la casa de su madre y vivía sola en la casita que se alzaba al oeste de la población, construida por Timmo y por ella cuando se casaron. La vivienda se alzaba solitaria entre los campos, aunque a la vista del grupo de casas más próximo, que correspondía a las afueras del Arrabal. Lev, Andre o Italia —la esposa de Martin—, o los tres, a menudo iban a cenar a la casita, llevando algo para compartir con Vientosur. Lev y ella cenaron sentados en el umbral porque era una tarde de otoño templada y dorada y luego caminaron juntos hasta el Templo, donde ya se habían congregado doscientas o trescientas personas y, a medida que pasaban los minutos, llegaban más.

Todos eran conscientes de los motivos por los que se habían reunido en el Templo: para convencerse mutuamente del hecho que estaban unidos y para debatir lo que debían hacer. El espíritu del encuentro era festivo y emotivo. La gente se apiñaba en el porche y hablaba, expresando de un modo u otro lo siguiente: «¡No cederemos, no abandonaremos a nuestros compañeros!». Cuando Lev habló, lo aclamaron; era hijo del gran Shults que encabezó la Larga Marcha,

explorador de la inmensidad y el favorito de la mayoría de los arrabaleros. Las aclamaciones se interrumpieron bruscamente y se produjo una conmoción entre los congregados, que ahora superaban el millar. La noche había caído y la luz eléctrica del porche del Templo —producida por el generador de la población— apenas iluminaba, por lo que resultaba difícil saber qué ocurría en las lindes del gentío. Un objeto negro, achaparrado y compacto parecía abrirse paso por la fuerza entre la gente. Cuando se acercó al porche, se vio que era una masa humana, un destacamento de guardias de la Ciudad, que se movían en bloque. Este bloque sólido tenía voz:

—Reuniones… orden… pena… —fue lo único que se oyó porque, indignados, todos hacían preguntas.

En pie bajo la luz, Lev pidió calma y en cuanto el gentío hizo silencio, se oyó una voz estentórea que decía:

—Las reuniones masivas están prohibidas, deben dispersarse. Bajo pena de cárcel y castigo, las reuniones públicas están prohibidas por orden de la Junta Suprema. ¡Dispérsense de inmediato y regresen a vuestras casas!

—No —dijo la gente—. ¿Por qué tenemos que dispersarnos…? ¿Con qué derecho nos lo piden…? ¡Vuelvan ustedes a vuestras casas!

—¡Ya está bien, silencio! —rugió Andre con un vozarrón del que nadie lo creía capaz. En cuanto la gente hizo silencio, se dirigió a Lev con su tono bajo de costumbre—: Vamos, habla.

—Esta delegación de la Ciudad tiene derecho a hablar —dijo Lev en voz alta y clara—. Y a ser escuchada. Es posible que cuando hayamos oído lo que tienen que decir no hagamos caso, pero recuerden que estamos decididos a no amenazar de hecho ni de palabra. No ofrecemos cólera ni daños a estos hombres que se reúnen con nosotros. ¡Lo que les ofrecemos es amistad y amor a la verdad!

Miró a los guardias y el oficial repitió inmediatamente la orden de suspender la reunión con tono tajante y apremiante. Cuando terminó de hablar, reinó el silencio. El silencio persistió. Nadie dijo esta boca es mía. Nadie se movió.

—¡Ya está bien! —insistió el oficial elevando el tono de voz—. ¡Muévanse, dispérsense, vuelvan a vuestras casas!

Lev y Andre se miraron, se cruzaron de brazos y se sentaron. Grapa, que también estaba en el porche, hizo lo propio; después se sentaron Vientosur, Elia, Sam, Joya y los demás. La gente apiñada en el terreno del Templo comenzó a sentarse. Fue una visión inenarrable en medio de las sombras y de la luz amarillenta salpicada de oscuridad: las múltiples, las innumerables formas oscuras parecieron reducirse a la mitad de su estatura con un débil frufrú y unos pocos murmullos. Algunos chiquillos rieron. En medio minuto todos se habían sentado. No había nadie de pie salvo el destacamento de

guardias: veinte hombres apiñados.

—Están ustedes advertidos —gritó el oficial colérico e incómodo. Evidentemente no sabía qué hacer con esa gente que ahora permanecía sentada en el suelo, en silencio, y lo contemplaba con expresión de pacífica curiosidad, como si fueran niños que asistían a un teatro de marionetas y él fuera un títere—. ¡Levántense y dispérsense o empezaré a arrestarlos! —Nadie abrió la boca—. De acuerdo, arresten a los trein…, a los veinte más próximos. En pie. ¡Eh, ustedes, arriba!

Las personas a las que les habían dirigido la palabra o a las que los guardias habían tocado con la mano se pusieron tranquilamente de pie y esperaron pacientes.

—¿Puede venir mi esposa? —preguntó un hombre en voz baja pues no quería quebrar la enorme y profunda quietud del gentío.

—¡Por orden de la Junta, no se celebrarán nuevas reuniones masivas de ningún tipo! —chilló el oficial y encabezó la partida del destacamento, llevándose a cerca de veinticinco arrabaleros. Se perdieron en la oscuridad, fuera del alcance de la luz eléctrica.

La muchedumbre guardó silencio.

Sonó una voz cantante. Se sumaron otras, al principio quedamente. Era una vieja canción de los tiempos de la Larga Marcha en la Tierra.

> Oh, cuando arribemos,
> oh, cuando arribemos a la Tierra Libre,
> entonces construiremos la Ciudad,
> oh, cuando arribemos…

A medida que el grupo de guardias y los arrestados se internaban en la oscuridad, el cántico no sonaba más débil sino más fuerte y claro, pues los cientos de voces se unieron y lograron que la melodía resonara sobre las tierras oscuras y tranquilas que separaban el Arrabal de la Ciudad Victoria.

Las veinticuatro personas que los guardias arrestaron o que los acompañaron voluntariamente regresaron al Arrabal a última hora del día siguiente. Habían pernoctado en un almacén, quizá porque la cárcel de la Ciudad no podía albergar a tantos y porque dieciséis detenidos eran mujeres y niños. Explicaron que por la tarde había tenido lugar el juicio y que cuando concluyó les dijeron que volvieran a sus casas.

—Pero tendremos que pagar una multa —dijo el viejo Pamplona dándose tono.

El hermano de Pamplona, Lyon, era un próspero hortelano, pero

el lerdo y enfermizo Pamplona nunca había sido importante. Ese fue su gran momento. Había ido a la cárcel, igual que Gandhi, igual que Shults, igual que en la Tierra. Era un héroe y rebosaba felicidad.

—¿Una multa? —preguntó incrédulo Andre—. ¿En dinero? Saben que no utilizamos sus monedas…

—Una multa —explicó Pamplona, tolerante ante la ignorancia de Andre— que consiste en que tendremos que trabajar veinte días en la nueva granja.

—¿Una nueva granja?

—Una especia de nueva granja que los Jefes establecerán.

—¿Desde cuándo los Jefes se dedican a la agricultura?

Todos rieron.

—Si quieren comer, será mejor que aprendan —opinó una mujer.

—¿Qué ocurrirá si no vas a trabajar a la nueva granja?

—No tengo la menor idea —respondió Pamplona y se hizo un lío —. Nadie nos lo dijo. No estábamos autorizados a hablar. Nos llevaron a un juzgado. Fue el juez el que habló.

—¿Quién era el juez?

—Macmilan.

—¿El joven Macmilan?

—No, el viejo, el concejal. Pero el joven estaba presente. ¡Es un tipo corpulento como un árbol! Y no para de sonreír. Un joven elegante.

Lev se acercó con rapidez pues acababa de recibir la noticia del retorno de los detenidos. Abrazó a los que primero encontró en medio del exaltado grupo que se había reunido en la calle para darles la bienvenida.

—¡Han vuelto! ¡Han vuelto…! ¿Todos?

—Sí, sí, todos han vuelto. ¡Ya puedes irte a cenar!

—Los demás, Hari y Vera…

—No, ellos no. No los vieron.

—Pero todos ustedes… ¿Les hicieron daño?

—Lev dijo que no probaría bocado hasta que ustedes regresaran; se ha dedicado al ayuno.

—¡Estamos todos bien, vete a cenar! ¡Qué tontería!

—¿Los trataron bien?

—Como a invitados, como a invitados —aseguró el viejo Pamplona—. Al fin y al cabo, todos somos hermanos, ¿verdad? ¡También nos ofrecieron un desayuno magnífico y abundante!

—El arroz que nosotros mismos cultivamos, eso es lo que nos dieron. ¡Vaya anfitriones! Encerraron a sus invitados en un granero negro como boca de lobo y frío como las gachas de anoche. Me duelen todos los huesos, quiero darme un baño, todos los guardias estaban plagados de piojos, vi uno en el cuello del que me arrestó, un piojo del

tamaño de una uña, qué asco. ¡Sueño con un baño! —Hablaba Kira, una mujer metida en carnes que ceceaba porque le faltaban los dos dientes delanteros; solía decir que no echaba de menos esos dientes, que le impedían hablar correctamente—. ¿Quién me acogerá esta noche? ¡No pienso volver andando a la Aldea Este con todos los huesos doloridos e infinidad de piojos subiendo y bajando por mi espalda!

De inmediato cinco o seis personas le ofrecieron un baño, un lecho, comida caliente. Los arrabaleros liberados fueron atendidos y mimados. Lev y Andre bajaron por la callejuela secundaria que conducía a la casa del primero. Caminaron un rato en silencio.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Lev.

—Sí, gracias a Dios. Han vuelto. Surtió efecto. Ojalá Vera, Jan y los demás hubieran regresado con ellos.

—Están todos bien. Pero este grupo…, ninguno estaba en condiciones, no lo habían pensado, no estaban preparados. Temí que les hicieran daño, temí que se asustaran y se enfurecieran. La responsabilidad es nuestra, nosotros encabezamos la sentada. Los hicimos arrestar. Pero aguantaron. ¡No se amedrentaron ni lucharon, se mantuvieron firmes! —A Lev le temblaba la voz—. La responsabilidad es mía.

—Es nuestra —puntualizó Andre—. No los enviamos, no los enviaste, fueron por su cuenta. Eligieron ir. Estás agotado. Deberías comer. —Habían llegado a la puerta de la casa de Lev—. ¡Sasha, ocúpate a fin que este hombre coma! Ellos alimentaron a sus presos y ahora tú tendrás que dar de comer a Lev.

Sasha, que estaba sentado delante del hogar lijando el mango de una azada, levantó la mirada. Le tembló el bigote y se le erizaron las cejas por encima de los ojos hundidos.

—¿Quién puede obligar a mi hijo a hacer lo que no quiere hacer? —preguntó—. Si quiere comer, ya sabe dónde está el plato para la sopa.

5

El *senhor* concejal Falco organizó una cena. Durante la mayor parte de la velada se arrepintió de haber tenido esa idea.

Sería una fiesta a la vieja usanza, al estilo del Viejo Mundo, con cinco platos, ropa de etiqueta y música después de la cena. Los viejos se presentaron a la hora acordada, acompañados por sus esposas y una o dos hijas casaderas. Algunos hombres más jóvenes —como el joven Helder— también llegaron a horario y en compañía de sus esposas. Las mujeres se agruparon junto a la chimenea de un extremo del salón de Casa Falco, con sus vestidos largos y sus joyas, y parlotearon; los hombres se congregaron junto a la chimenea del otro extremo del salón, con sus mejores trajes negros, y conversaron. Todo parecía marchar sobre ruedas, tal como ocurría cuando don Ramón, el abuelo del concejal Falco, ofrecía cenas, igual que las cenas que se daban en la Tierra, tal como había sostenido, satisfecho y convencido, don Ramón, pues al fin y al cabo su padre, don Luis, había nacido en la Tierra y sido el hombre más influyente de Río de Janeiro.

Algunos invitados no habían llegado puntualmente. Se hizo tarde y seguían sin aparecer. El concejal Falco fue llamado a la cocina por su hija: los rostros de los cocineros tenían expresión trágica, se echaría a perder la soberbia cena. Falco ordenó que trasladaran la larga mesa al salón y la pusieran. Los invitados tomaron asiento; se sirvió el primer plato, comieron, retiraron la vajilla usada, se sirvió el segundo y entonces, sólo entonces, aparecieron los jóvenes Macmilan, Marquez y Weiler, libres y afables, sin disculparse y, lo que era aún más grave, en compañía de un montón de amigos que no habían sido invitados: siete u ocho petimetres corpulentos con látigo en el cinto, sombrero de ala ancha que no tuvieron la sensatez de quitarse al entrar en la casa, botas embarradas y una retahíla de expresiones groseras y estentóreas. Hubo que hacerles lugar, encajarlos entre los invitados. Los jóvenes habían estado bebiendo antes de presentarse y siguieron bebiéndose la mejor cerveza de Falco. Pellizcaron a las criadas e ignoraron a las damas. Gritaron de uno a otro extremo de la mesa y se sonaron las narices con las servilletas bordadas. Cuando llegó el momento supremo de la cena, el plato de carne, compuesto por conejo asado —Falco había contratado a diez tramperos durante una semana para ofrecer tamaño lujo—, los recién llegados llenaron sus platos tan vorazmente que no alcanzó para todos y los que estaban sentados en la punta de la mesa no probaron la carne. Otro tanto ocurrió con el postre, un budín moldeado, preparado con fécula de tubérculos, compota de frutas y néctar. Varios jóvenes lo tomaron sacándolo de los cuencos con los dedos.

Falco hizo señas a su hija, sentada en la punta de la mesa, y Luz encabezó la retirada de las señoras hacia la sala de estar del jardín, en el fondo de la casa. Ello dio aún más libertad a los descarados jóvenes para repantigarse, escupir, eructar, maldecir y emborracharse un poco más. Tragaron como si de agua se tratara las copitas de coñac que daban fama a las destilerías de Casa Falco y gritaron a los desconcertados criados que volvieran a llenarlas. A varios de los otros jóvenes y algunos mayores les agradaba este comportamiento tosco, o quizá pensaron que ése era el modo en que se esperaba que uno se comportara en una cena, y se sumaron a la juerga. El viejo Helder se emborrachó tanto que tuvo que ir a un rincón a vomitar, pero regresó a la mesa y siguió bebiendo.

Falco y algunos amigos íntimos —el viejo Marquez, Burnier y el médico— se retiraron al hogar e intentaron hablar, pero la barahúnda en torno a la mesa larga era ensordecedora. Algunos bailaban y otros discutían; los músicos contratados para tocar después de la cena se habían mezclado con los invitados y bebían como esponjas; el joven Marquez había sentado a una criada en sus rodillas y la chica estaba pálida, cohibida y musitaba:

—¡Oh, hesumeria! ¡Oh, hesumeria!

—Luis, es una fiesta muy divertida —dijo el viejo Burnier después de un estallido muy penoso de cánticos y chillidos.

En ningún momento Falco había perdido la serenidad. Su expresión era tranquila cuando replicó:

—Una prueba de nuestra degeneración.

—Los jóvenes no están acostumbrados a estos banquetes. Sólo Casa Falco sabe dar una fiesta a la vieja usanza, según el auténtico estilo de la Tierra.

—Son degenerados —insistió Falco.

Su cuñado Cooper, un hombre de sesenta años, asintió y dijo:

—Hemos perdido el estilo de la Tierra.

—En absoluto —afirmó un hombre tras ellos. Todos se volvieron. Era Herman Macmilan, uno de los que habían llegado tarde; había bebido y gritado como el que más, pero ahora no mostraba rastros de ebriedad, exceptuando el color subido de su rostro apuesto y joven—. Caballeros, creo que estamos redescubriendo el estilo de la Tierra. Al fin y al cabo, ¿quiénes fueron nuestros antepasados, los que llegaron del Viejo Mundo? No eran hombres débiles ni dóciles, ¿verdad? Eran hombres valientes, osados y fuertes, sabían vivir. Nosotros estamos aprendiendo de nuevo a vivir. Planes, leyes, reglas, modales, ¿qué tienen que ver con nosotros? ¿Acaso somos esclavos, mujeres? ¿De qué tenemos miedo? Somos hombres, hombres libres, amos de todo un mundo. Ya es hora que recibamos nuestra herencia. Y así son las cosas, caballeros. —Sonrió respetuoso pero absolutamente seguro de sí

mismo.

Falco estaba impresionado. Tal vez ese fracaso de cena sirviera para algo. El joven Macmilan, que hasta entonces no le había parecido más que un buen animal musculoso y un posible partido para Luz Marina, mostraba voluntad e inteligencia, parecía tener madera de hombre.

—Don Herman, coincido con usted —dijo Falco—. Puedo coincidir con usted sólo porque todavía somos capaces de hablar. Eso lo diferencia de casi todos sus amigos presentes. Todo hombre debe ser capaz de beber y pensar. Puesto que de los jóvenes sólo usted parece capaz de hacer ambas cosas, dígame: ¿qué opina de mi idea de crear latifundios?

—¿Quiere decir grandes granjas?

—Sí, grandes granjas. Extensos campos de monocultivo para ganar en eficacia. Mi idea consiste en seleccionar administradores entre nuestros mejores jóvenes; darle a cada uno una extensa región que administrar, una propiedad, y suficientes campesinos para trabajarla. Luego hay que dejar que cada uno haga lo que quiera. Así se producirán más alimentos. El exceso de población del Arrabal se pondrá a trabajar y se mantendrá bajo control para evitar que siga hablando de independencia y nuevas colonias. La siguiente generación de hombres de la Ciudad incluirá una serie de grandes propietarios. Hemos estado encerrados para conservar las fuerzas más tiempo del necesario. Como usted mismo ha dicho, ha llegado la hora para que nos despleguemos, aprovechemos nuestra libertad y nos convirtamos en amos de nuestro rico mundo.

Herman Macmilan lo escuchó sonriente. Sus delgados labios mantenían una sonrisa casi permanente.

—La idea no está mal —opinó—. La idea no está nada mal, *senhor* concejal.

Falco mantuvo el tono paternalista pues había llegado a la conclusión que Herman Macmilan le podría ser útil.

—Piénselo —añadió—. Piénselo con respecto a usted. —Sabía que era exactamente lo que estaba haciendo el joven Macmilan—. Don Herman, ¿le gustaría ser dueño de una de esas haciendas? Me refiero a un pequeño…, ya no recuerdo cómo se dice, es una vieja palabra…

—Reino. —El viejo Burnier le proporcionó la palabra.

—Exactamente, un pequeño reino para usted. ¿Qué le parece?

Falco habló aduladoramente y Herman Macmilan se pavoneó. Falco pensó que los presumidos siempre son capaces de presumir de algo más.

—No está mal —respondió Macmilan y asintió juiciosamente.

—Para llevar a cabo el plan, necesitaremos el vigor y la inteligencia de los jóvenes. Crear nuevas tierras de cultivo siempre ha

sido un proceso lento. El trabajo obligatorio es la única solución para limpiar deprisa superficies extensas. Si continúan los disturbios en el Arrabal, podemos hacer que buena parte de los campesinos rebeldes sean condenados a trabajos forzados. Como son pura palabra y nada de acción, quizás haya que presionarlos, tal vez tengamos que restallar el látigo para que luchen, tal vez tengamos que arrastrarlos a la rebelión, ¿comprende? ¿Qué le parece este tipo de acción?

—Un auténtico placer, *senhor*. Aquí la vida es aburrida. Lo que queremos es acción.

También a mí me interesa la acción, pensó Falco. Me gustaría arrancarle los dientes a este jovencito condescendiente. Pero como será útil, lo usaré y sonreiré.

—¡Era exactamente lo que esperaba oír! Preste atención, don Herman. Tiene influencia entre los jóvenes, dotes naturales para el liderazgo. Dígame qué opina de lo siguiente. Aunque bastante leales, los guardias regulares son plebeyos, estúpidos, y se dejan confundir fácilmente por las artimañas de los arrabaleros. Necesitamos que los dirija un escuadrón de soldados de elite, aristócratas jóvenes, valientes, inteligentes y correctamente mandados. Hombres que amen el combate, como nuestros corajudos antepasados de la Tierra. ¿Cree que existe la posibilidad de reunir y adiestrar a un escuadrón de estas características? ¿Cómo sugiere que lo hagamos?

—Sólo necesita un líder —respondió Herman Macmilan sin titubear—. Yo podría formar un grupo semejante en una o dos semanas.

A partir de esa noche, el joven Macmilan se convirtió en un visitante asiduo de Casa Falco y aparecía por lo menos una vez al día para hablar con el concejal. Cada vez que se encontraba en la zona delantera de la casa, Luz tenía la impresión que Macmilan estaba allí. La muchacha acabó pasando cada vez más tiempo en su habitación, en el desván o en la sala de estar del jardín. Siempre había evitado a Herman Macmilan, no porque le desagradara —era imposible que un joven tan guapo te desagradara—, sino porque resultaba humillante saber que, cada vez que Luz y Herman se dirigían la palabra, todos pensaban y decían: «Ah, pronto contraerán matrimonio». Se lo propusiera o no, Herman acarreaba consigo la idea del matrimonio y la forzaba a pensar en el tema; como Luz no quería pensar en ese tema, siempre se había mostrado muy cautelosa con él. Hoy ocurría lo mismo salvo que, al verlo diariamente como un íntimo de la casa, Luz había llegado a la conclusión que —pese a que era excesivo y lamentable— podía llegar a aborrecer a un joven tan apuesto.

Herman se presentó en la sala de estar trasera sin llamar a la puerta y se detuvo en el umbral: una figura elegante y fuerte con su

túnica de ceñido cinturón. Escudriñó la estancia, que daba al interior del amplio jardín central en torno al cual se levantaba la parte posterior de la casa. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas y el sonido de la lluvia fina y suave que caía sobre los senderos y los arbustos poblaba de serenidad la sala.

—De modo que es aquí donde se oculta —dijo.

Luz se había puesto de pie al verlo. Vestía una falda oscura tejida en casa y una blusa blanca que brillaba tenuemente bajo la luz mortecina. Tras ella, entre las sombras, otra mujer hilaba con un huso abatible.

—Siempre se esconde aquí, ¿eh? —repitió Herman. No entró en la sala, quizá porque esperaba que lo invitara o tal vez porque era consciente de su espectacular presencia enmarcada en la puerta.

—Buenas tardes, don Herman. ¿Busca a mi padre?

—Acabo de hablar con él.

Luz asintió. Aunque se moría de curiosidad por saber de qué hablaban últimamente Herman y su padre, no tenía la menor intención de preguntarlo. El joven entró en la sala, se detuvo delante de Luz y la miró con su sonrisa más jovial. Extendió el brazo, le tomó la mano, se la llevó a los labios y la besó. Luz retiró la mano con un gesto espasmódico provocado por el enfado.

—Es una costumbre absurda —declaró y se apartó.

—Todas las costumbres son absurdas, pero los viejos son incapaces de seguir viviendo sin ellas, ¿eh? Creen que el mundo se derrumbaría si se perdieran sus costumbres. Besar la mano, hacer una reverencia, *senhor* esto y *senhora* lo de más allá, así se hacía en el Viejo Mundo, historia, libros, tonterías… ¡Es excesivo!

A pesar de todo, Luz rió. Le encantaba oír que Herman descartaba por ridículas todas las cosas que se perfilaban tan importantes e inquietantes en su vida.

—Los Guardias Negros están funcionando muy bien —informó—. Tendría que asistir a una de nuestras prácticas. Venga mañana por la mañana.

—¿De qué «Guardias Negros» habla? —preguntó Luz con desdén, se sentó y reanudó su trabajo, una obra de costura fina para el cuarto hijo de Eva.

Ése era el problema de Herman: si le sonreías, le decías algo espontáneo o te entraban ganas de admirarlo, el joven insistía, aprovechaba la ventaja y tenías que frenarlo inmediatamente.

—De mi pequeño ejército —respondió—. ¿Y eso qué es?

El joven Macmilan se sentó junto a Luz en el sillón de mimbre. No había espacio suficiente para el corpachón de Herman y la delgada figura de Luz. La muchacha tironeó de su falda hasta quitarla de debajo del muslo del joven.

—Es un gorro —replicó intentando contener la cólera, que subía como la espuma—. Para el bebé de Evita.

—¡Oh, Dios, sí, esa chica es toda una reproductora! Aldo tiene el carcaj lleno. Los hombres casados no pueden formar parte de mi escuadrón. Es un grupo excelso. Tiene que venir a vernos. —Luz hizo un nudo microscópico en el bordado y no respondió—. He ido a contemplar mis tierras. Por eso ayer no vine.

—Ni me enteré —dijo Luz.

—Estuve eligiendo mi propiedad. Está en un valle del Río Molino. El terreno resultará de primera en cuanto se desbroce. Construiré mi casa en lo alto de una colina. Escogí el emplazamiento en cuanto lo vi. Será una casa grande, como ésta, pero aún más grande, de dos plantas y rodeada de porches. Tendrá establos, herrería y todo lo demás. Valle abajo, cerca del río, se alzarán las chozas de los campesinos, en un sitio donde pueda bajar la mirada y verlas. Cultivaré arroz en las marismas donde el río se bifurca por el lecho del valle. Pondré huertos en las laderas…, árboles de la seda y frutales. Talaré parte de los bosques y mantendré otra parte tal cual está para cazar conejos. Será un lugar hermoso, un reino. Venga conmigo a verlo la próxima vez que baje. Le enviaré el triciclo a pedal de Casa Macmilan. Está muy lejos para que una muchacha recorra el camino a pie. Debería verlo.

—¿Para qué?

—Le gustará —afirmó Herman con absoluta seguridad—. ¿No le agradaría tener un lugar así? Poseería todo lo que puede ver hasta donde alcanza su mirada. Una gran casa, montones de criados. Su propio reino.

—Las mujeres no son reyes —declaró Luz. Bajó la cabeza para dar una puntada. Aunque la luz era demasiado débil para seguir cosiendo, la labor le proporcionaba una excusa para no tener que mirar a Herman.

El joven la miraba fijamente, con expresión absorta e insondable; sus ojos estaban más oscuros que de costumbre y ya no sonreía. Repentinamente abrió la boca y rió con una risa demasiado delicada para un hombre tan corpulento.

—¡Ja, ja! No. De todos modos, las mujeres saben cómo conseguir lo que se proponen, ¿no es así, mi pequeña Luz?

La muchacha siguió bordando y no replicó.

Herman acercó su rostro al de ella y murmuró:

—Haga desaparecer a la vieja.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Luz con tono normal.

—Hágala desaparecer —repitió Herman e inclinó ligeramente la cabeza.

Luz guardó celosamente la aguja en el estuche, dobló el bordado y se incorporó.

—Discúlpeme, don Herman, pero tengo que hablar con la cocinera —dijo y salió.

La otra mujer continuó en su sitio, hilando. Herman se quedó un minuto más mordiéndose los labios; sonrió, se levantó y salió lentamente, con los pulgares encajados en el cinturón.

Un cuarto de hora más tarde Luz se asomó por la misma puerta por la que había salido y, al comprobar que Herman Macmilan ya no estaba, entró.

—Es un patán —dijo y escupió en el suelo.

—Es muy guapo —opinó Vera y cardó una última tira de seda de los árboles, formando una hebra delgada y uniforme y volviendo a colocar el huso completo sobre su regazo.

—Sí, es muy guapo —reconoció Luz. Tomó el gorro de bebé perfectamente doblado que había estado bordando, lo miró, formó una bola con él y lo arrojó al otro extremo de la sala—. ¡Joder! —exclamó.

—El modo en que te habló te irrita —dijo Vera, pero casi era una pregunta.

—Su modo de hablar, su modo de mirar, su modo de sentarse, su modo de ser… ¡Puaj! Mi pequeño ejército, mi gran casa, mis criados, mis campesinos, mi pequeña Luz. Si fuera hombre, le golpearía la cabeza contra la pared hasta que no le quedara un diente sano.

Vera rió. No reía con frecuencia, generalmente sólo reía cuando se sobresaltaba.

—¡No, no lo harías!

—Claro que sí. Lo mataría.

—Oh, no, claro que no. No lo harías. Si fueras hombre, sabrías que eres tan o más fuerte que él y no estarías obligada a demostrarlo. El problema de ser mujer aquí, donde siempre te dicen que eres débil, es que acabas por creerlo. ¡Qué divertido cuando dijo que los Valles del Sur están demasiado lejos para que una muchacha vaya caminando! ¡Hay alrededor de doce kilómetros!

—En mi vida he caminado tanto, probablemente ni siquiera la mitad.

—Precisamente a eso me refería. Te dicen que eres débil y desvalida. Si lo crees, te irritas y te entran ganas de hacer daño a la gente.

—Sí, es cierto —aceptó Luz y se volvió para mirar a Vera—. Quiero hacer daño a la gente. Quiero hacerlo y es probable que lo haga.

Vera permaneció inmóvil y miró a la joven.

—Así es. —Adoptó un tono más serio—. Estoy de acuerdo en que es probable que lo hagas si te casas con un hombre así y vives su vida. Es posible que no quieras hacer realmente daño a la gente, pero lo harás.

Luz no le quitaba ojo de encima.

—Es aborrecible —dijo finalmente—. ¡Me parece aborrecible expresarlo de esa manera! Decir que no tengo elección, que debo hacer daño a la gente, que lo que yo quiero ni siquiera importa.

—Claro que importa lo que tú quieres.

—No, no importa, ésa es la cuestión.

—Claro que importa y ésa es la cuestión. *Tú* decides. Tú decides si quieres o no elegir.

Luz siguió mirándola un largo minuto. Sus mejillas aún estaban encendidas por la ira, pero sus cejas no formaban una recta, las había alzado como si estuviera sorprendida o asustada, como si ante ella hubiera aparecido algo totalmente inesperado.

Se movió indecisa y cruzó la puerta abierta que conducía al jardín situado en el centro de la casa.

El toque de la lluvia ligera fue como una caricia para su rostro.

Las gotas de lluvia que caían en la pequeña taza de la fuente instalada en el centro del jardín creaban delicados anillos entrelazados, cada anillo desaparecía en un instante de apremiante movimiento centrífugo, un temblor incesante de círculos fugaces y límpidos sobre la superficie de la taza redonda de piedra gris.

Los mudos postigos de las ventanas y las paredes de la casa rodeaban el jardín, que era una especie de habitación interior de la vivienda, encerrada, protegida. Pero era una habitación a la que le faltaba el techo, una habitación en la que caía la lluvia.

Los brazos de Luz estaban húmedos y fríos. Se estremeció. Regresó a la puerta, a la oscura sala en la que Vera seguía sentada.

Se interpuso entre Vera y la luz y preguntó con voz áspera y ronca:

—¿Qué tipo de hombre es mi padre?

Hubo una pausa.

—¿Te parece justo hacerme esa pregunta…, o que yo la responda? Bueno…, supongo que es justo. ¿Qué puedo decirte? Es fuerte. Es un rey, un auténtico rey.

—Eso no es más que una palabra, no sé qué significa.

—Tenemos viejas historias…, el hijo del rey que montó el tigre… Quiero decir que es fuerte de alma, que tiene grandeza de corazón. Sin embargo, cuando un hombre permanece encerrado entre paredes que a lo largo de su vida ha construido cada vez más firmes y más altas, quizá no haya fuerza suficiente. No puede salir.

Luz cruzó la estancia, se agachó para recoger el gorro de bebé que había arrojado bajo una silla y se incorporó de espaldas a Vera, alisando el pequeño trozo de tela a medio bordar.

—Yo tampoco puedo —dijo.

—Oh, no, nada de eso —exclamó enérgicamente la mujer mayor

—. ¡No estás con él dentro de las paredes! Él no te protege…, eres tú la que lo protege. Cuando sopla el viento, no sopla sobre él sino sobre el tejado y las paredes de esta Ciudad que sus padres construyeron como fortaleza, como protección ante lo desconocido. Y tú formas parte de esa Ciudad, parte de sus techos y sus paredes, de su casa, de Casa Falco. Lo mismo ocurre con su título: *senhor*, concejal, Jefe. Lo mismo ocurre con sus criados y sus guardias, con todos los hombres y mujeres a los que puede dar órdenes. Forman parte de su casa, de las paredes que lo aíslan del viento. ¿Entiendes lo que quiero decir? Lo expreso de una manera descabellada. No sé cómo decirlo. Lo que quiero decir es que me parece que tu padre es un hombre que debería ser un gran hombre, pero ha cometido un grave error. Nunca ha salido y se ha puesto a la intemperie. —Vera comenzó a ovillar el hilo que había enrollado en el huso, haciendo esfuerzos por ver bajo la débil luz—. Por eso, porque no se deja hacer daño, hace daño a los que más quiere. Y cuando se da cuenta, le hace daño.

—¿Le hace daño? —preguntó Luz impetuosamente.

—Es lo último que aprendemos con relación a nuestros padres. Es lo último porque, en cuanto lo aprendemos, ya no son nuestros padres, sino otras personas como nosotros…

Luz se sentó en el sillón de mimbre, dejó el gorro de bebé sobre su falda y siguió estirándolo con dos dedos. Después de un buen rato, dijo:

—Vera, me alegra que esté aquí. —Vera sonrió y siguió ovillando —. La ayudaré. —De rodillas, soltando el hilo del huso para que Vera pudiera hacer una madeja uniforme, Luz añadió—: Lo que acabo de decir es una tontería. Usted quiere regresar con su familia, aquí está en la cárcel.

—¡En una cárcel muy agradable! Además, no tengo familia. Claro que quiero regresar. Prefiero entrar y salir a mi aire.

—¿Nunca se casó?

—Había muchas otras cosas que hacer —respondió Vera sonriente y apacible.

—¡Muchas otras cosas que hacer! Para nosotras no existe otra cosa.

—¿Estás segura?

—Si no te casas, te conviertes en una solterona. Bordas gorros para los bebés de las otras. Ordenas a la cocinera que prepare sopa de pescado. Se ríen de ti.

—¿Temes a que se rían de ti?

—Sí, muchísimo. —Luz tardó en desenredar un poco de hilo que se había enganchado en el mango del huso—. No me importa que los estúpidos se rían —añadió más serena—. Pero no me gusta que me desprecien. Y sería un menosprecio merecido. Porque se necesita valor

para ser realmente una mujer, tanto como para ser un hombre. Se necesita valor para estar realmente casada, tener hijos y criarlos.

Vera miraba atentamente el rostro de la joven.

—Es verdad, se necesita un gran valor. Vuelvo a repetirlo, ¿es tu única elección, el matrimonio y la maternidad o nada?

—¿Qué más hay para una mujer? ¿Hay algo más que valga la pena?

Vera giró para mirar el ceniciento jardín. Suspiró, expulsó una profunda e involuntaria bocanada de aire.

—Tenía muchas ganas de tener un hijo —confesó—. Verás, había otras cosas… que valían la pena. —Esbozó una sonrisa—. Oh, sí, es una elección, pero no la única. Se puede ser madre y, por añadidura, muchas cosas más. Podemos hacer más de una cosa. Con voluntad y suerte… La suerte no me acompañó o tal vez fui obstinada, elegí mal. No me gustan las medias tintas. Puse todo mi corazón en un hombre que…, que estaba enamorado de otra mujer. Estoy hablando de Sasha…, de Alexander Shults, el padre de Lev. Fue hace mucho tiempo, antes que nacieras. Él se casó y yo seguí con el trabajo para el que servía porque siempre me había interesado y no hubo muchos hombres que me interesaran. Si me hubiera casado, ¿habría tenido que pasar mi vida en el cuarto trasero? Te diré una cosa: si nos quedamos en el cuarto trasero, con o sin hijos, y dejamos el resto del mundo a los hombres, es lógico que los hombres lo hagan todo y lo sean todo. ¿Por qué tiene que ser así? Sólo son la mitad de la raza humana. No es justo endilgarles todo el trabajo. No es justo para ellos ni para nosotras. Además —Vera sonrió complacida—, los hombres me gustan mucho, pero a veces…, son tan absurdos, tienen la cabeza tan atiborrada de teorías… Sólo se mueven en línea recta y no se detienen. Es peligroso. Te repito que es peligroso dejar todo en manos de los hombres. Ése es uno de los motivos por los que me gustaría volver a casa, al menos de visita. Para saber qué traman Elia con sus teorías y mi querido y joven Lev con sus ideales. Me preocupa que vayan demasiado rápido y en línea recta y que nos metan en un pantano, en una trampa de la que no podamos salir. En mi opinión, los hombres son débiles y peligrosos en su vanidad. La mujer tiene un centro, es un centro. Pero el hombre no, es una extensión hacia lo exterior. Por eso se estira, aferra cosas, las acumula a su alrededor y dice: yo soy esto, yo soy aquello, esto soy yo, aquello soy yo, ¡demostraré que yo soy yo! Y en su intento por demostrarlo puede dar al traste con muchas cosas. Eso era lo que intentaba expresar con respecto a tu padre. Si pudiera ser ni más ni menos que Luis Falco, sería más que suficiente, pero no, tiene que ser el Jefe, el Concejal, el Padre y mil cosas más. ¡Qué despilfarro! Lev también es terriblemente vanidoso, quizás en el mismo sentido. Posee un gran corazón, pero no

está seguro de dónde está el centro. Ojalá pudiera hablar con él, aunque sólo fuera diez minutos, y cerciorarme… —Hacía rato que Vera se había olvidado de ovillar el hilo; meneó con pesar la cabeza y contempló la madeja con la mirada perdida.

—En ese caso, vaya —dijo Luz en voz baja. Vera se mostró ligeramente sorprendida—. Regrese al Arrabal. Esta misma noche. La ayudaré. Y mañana le diré a mi padre que la ayudé. Soy capaz de hacer algo…, ¡algo distinto a sentarme aquí, coser, maldecir y escuchar a ese estúpido de Macmilan!

Ágil, vigorosa y dominante, la joven se había puesto en pie de un salto y se erguía ante Vera, que permanecía inmóvil, encogida.

—He dado mi palabra, Luz Marina.

—¿Y eso qué importa?

—Si no digo la verdad, tampoco puedo buscarla —respondió Vera con tono severo. Se miraron con expresión decidida—. Yo no tengo hijos y tú no tienes madre. Niña, si pudiera ayudarte, lo haría, pero no en esos términos. Yo cumplo mis promesas.

—Yo no hago promesas —puntualizó Luz. Quitó un poco de hilo del huso y Vera lo ovilló.

6

Las puntas de los látigos restallaron en las puertas. Se oyeron voces masculinas. En Granja del Río Abajo alguien gritaba o chillaba. Los aldeanos se apiñaban en la bruma fría en la que dominaba el olor a humo; aún no había amanecido, las casas y los rostros se desvanecían en medio de la niebla y las penumbras. Aterrados por el miedo y la confusión de sus padres, dentro de las casitas los niños chillaban. La gente intentaba encender las lámparas, encontrar la ropa, calmar a los pequeños. Excitados, armados entre los indefensos y vestidos entre los desnudos, los guardias de la Ciudad abrían puertas, se introducían en el cálido y oscuro interior de las viviendas, daban órdenes a los aldeanos y a sus compañeros, empujaban a los hombres a un lado y a las mujeres al otro; dispersos como estaban en la oscuridad, entre las casas y entre el gentío creciente que se apiñaba en la única calle de la aldea, el oficial no podía controlarlos; sólo la mansedumbre de los aldeanos impedía que la brutal excitación se convirtiera en un éxtasis de asesinato y violación. Los aldeanos protestaron, discutieron e hicieron preguntas, pero como la mayoría creía que los estaban arrestando y en el Templo habían acordado no resistirse, obedecieron diligentemente las órdenes de los guardias; en cuanto comprendieron las órdenes, transmitieron la información rápida y claramente —los hombres adultos a la calle, las mujeres y los niños debían permanecer en las casas— como medida de protección. El frenético oficial observó que los detenidos se agrupaban por su cuenta. En cuanto se formó un grupo de veinte hombres, ordenó a cuatro guardias —uno de ellos armado con un mosquete— que salieran en formación de la aldea. De la misma manera habían sacado a dos grupos de Aldea de la Meseta. Estaban reuniendo al cuarto grupo en Aldea Sur cuando apareció Lev. Rosa, la esposa de Lyon, había corrido de Meseta al Arrabal, había llamado agotada a la puerta de la casa de los Shults e informado sin resuello: «Se llevan a los hombres. Los guardias se llevan a todos los hombres». Lev había partido de inmediato, en solitario, encomendando a Sasha que despertara al resto del Arrabal. Llegó jadeante a causa de los tres kilómetros de carrera y vio que la niebla raleaba, se tornaba luminosa. Las figuras de aldeanos y guardias en la Carretera Sur destacaban con las primeras luces mientras Lev acortaba camino por los campos rumbo a la cabeza del grupo. Se detuvo delante del hombre que encabezaba la irregular formación.

—¿Qué pasa?

—Se ha ordenado un reclutamiento de trabajadores. Póngase en la fila, con el resto.

Lev conocía al guardia, un sujeto alto llamado Angel; habían pasado un año juntos en la escuela. Vientosur y las otras arrabaleras le temían porque siempre que podía Angel las arrinconaba en el pasillo e intentaba meterles mano.

—Póngase en la fila —repitió Angel y alzó el mosquete, apoyando la punta del cañón en el pecho de Lev. Su respiración era casi tan agitada como la de Lev y tenías las pupilas muy dilatadas; soltó una especie de risa chirriante al ver que la respiración espasmódica de Lev hacía que el cañón subiera y bajara—. Chico, ¿ha visto cómo suenan cuando se disparan? Un ruido estrepitoso, estentóreo, como el de la semilla de un árbol anillado… —Apretó el mosquete contra las costillas de Lev, apuntó súbitamente hacia el cielo y disparó.

Atontado por el aterrador estampido, Lev se tambaleó y quedó anonadado. El rostro de Angel palideció; luego se quedó en blanco unos segundos, estremecido por el culatazo del arma torpemente fabricada.

Creyendo que habían disparado a Lev, los aldeanos situados detrás se acercaron en tropel y los otros guardias corrieron con ellos, gritando y maldiciendo. Extendieron los largos látigos y los chasquearon, haciéndolos parpadear pavorosamente en medio de la niebla.

—Estoy bien —afirmó Lev. Oyó su propia voz débil y lejana—. ¡Estoy bien! —gritó con todas sus fuerzas. Oyó que Angel también gritaba y vio que un aldeano recibía un latigazo en pleno rostro—. ¡Vuelvan a la fila!

Lev se unió al grupo de aldeanos y se reagruparon. Obedecieron a los guardias, se dividieron en pares y tríos y echaron a andar hacia el sur por el accidentado carril.

—¿Por qué vamos hacia el sur? Esta no es la Carretera de la Ciudad, ¿por qué nos dirigimos al sur? —preguntó el que iba a su lado, un chico de unos dieciocho años cuya voz denotaba inquietud.

—Han decidido practicar un reclutamiento de trabajadores —respondió Lev—. No sé para qué clase de faena. ¿A cuántos se han llevado? —Sacudió la cabeza para librarse del zumbante vértigo.

—A todos los hombres de nuestro valle. ¿Por qué tenemos que ir?

—Para que nuestros compañeros vuelvan. Cuando estemos todos reunidos, podremos actuar juntos. Todo saldrá bien. ¿Hay algún herido?

—No lo sé.

—Todo saldrá bien. Debemos mantenernos firmes —susurró Lev sin saber lo que decía.

Se fue rezagando hasta quedar junto al hombre al que habían azotado. Éste caminaba tapándose los ojos con el brazo y otro hombre lo sujetaba del hombro para guiarlo; eran los últimos de la fila. Un

guardia los seguía, apenas visible en medio de la niebla baja.

—¿Puedes ver?

—No lo sé —respondió el hombre y se protegió la cara con el brazo. Su pelo cano estaba revuelto y erizado; llevaba camisa de dormir y pantalón e iba descalzo; sus pies anchos y desnudos resultaban extrañamente infantiles, tropezaban y se golpeaban con las piedras y el barro del camino.

—Pamplona, aparta el brazo para que podamos ver qué tienes en los ojos —dijo preocupado el segundo hombre.

El guardia que cerraba la marcha gritó algo, una amenaza o la orden a fin que avanzaran más rápido.

Pamplona bajó el brazo. Tenía los dos ojos cerrados; uno estaba intacto y el otro se perdía en un tajo abierto y sangrante producido por la tira de cuero del látigo, que lo había cortado desde el extremo de la ceja hasta el tabique de la nariz.

—Me duele —dijo—. ¿Qué tengo? No veo nada, me ha entrado algo en el ojo. Lyon, ¿eres tú? Quiero volver a casa.

Reunieron a más de cien hombres de las aldeas y las granjas aisladas del sur y el oeste del Arrabal para ponerlos a trabajar en las nuevas propiedades de Valle del Sur. Llegaron a media mañana, cuando la niebla ascendía desde el Río Molino en ondeantes pendones. En la Carretera Sur había apostados varios guardias para impedir que los alborotadores del Arrabal se sumaran al grupo de trabajadores forzados.

Distribuyeron herramientas: azadas, piquetas y machetes; los pusieron a trabajar en grupos de cuatro o cinco, vigilados por un guardia provisto de látigo o de mosquete. No levantaron barracas ni refugios para ellos ni para los treinta guardias. Cuando cayó la noche, encendieron fogatas de madera húmeda y durmieron a la intemperie, sobre el húmedo terreno. Aunque les habían dado alimentos, la lluvia empapó el pan hasta el punto de convertirlo en una masa pastosa. Los guardias comentaban amarga y mutuamente la penosa situación. Los aldeanos hablaban sin parar. Al principio, temeroso de una conspiración, el capitán Eden —el oficial a cargo de la operación— intentó prohibirles la palabra; más tarde, al darse cuenta que un grupo discutía con otro partidario de huir durante la noche, decidió dejarlos hablar todo lo que quisieran. No tenía modo de impedir que escaparan de a uno o de a pares en medio de la oscuridad; aunque había guardias apostados con mosquetes, por la noche no veían, era imposible mantener hogueras vivas a causa de la lluvia y no habían podido construir un «recinto cercado», tal como habían ordenado. Los aldeanos habían trabajado duro para despejar el terreno, pero resultaron ineptos y lerdos para levantar cualquier tipo de cerca o

empalizada con las zarzas y los arbustos cortados, y sus hombres no estaban dispuestos a dejar las armas para realizar semejante tarea.

El capitán Eden ordenó a sus hombres que permanecieran de guardia y vigilaran; aquella noche ni siquiera él durmió.

Por la mañana todo el grupo —tanto sus hombres como los aldeanos— parecía seguir allí; todos se movían con lentitud en el frío brumoso y tardaron horas en encender las hogueras, preparar una especie de desayuno y servirlo. Había que distribuir nuevamente las herramientas: las largas azadas, los cuchillos de monte de acero de mala calidad, piquetas y machetes. Ciento veinte hombres armados con herramientas contra treinta con látigos y mosquetes. ¿No se daban cuenta de lo que fácilmente podían hacer? Bajo la atónita mirada del capitán Eden, los campesinos pasaron en fila por delante del montón de aperos, igual que el día anterior, recogieron lo que necesitaban y se dedicaron una vez más a arrancar la broza y la maleza de la ladera que bajaba hasta el río. Trabajaron dura y afanosamente; conocían estas faenas; no prestaron atención a las órdenes de los guardias y se dividieron en equipos, alternando las tareas más duras. La mayoría de los guardias vigilaba y, a un tiempo, se sentía aburrida, aterida y superflua; se sentían frustrados, estado de ánimo que los había embargado desde la fugaz e insatisfecha excitación de hacer una redada en las aldeas y reunir a los hombres.

El sol salió ya entrada la mañana, pero a mediodía las nubes habían vuelto a acumularse y otra vez llovía. El capitán Eden ordenó una pausa para comer —otra ración de pan estropeado— y estaba hablando con dos guardias que había decidido enviar a la Ciudad para solicitar provisiones frescas y lonas que usarían para montar tiendas de campaña y aislarse del terreno húmedo cuando Lev se le acercó.

—Uno de nuestros hombres necesita un médico y hay dos demasiado viejos para este trabajo. —Señaló a Pamplona que, con la cabeza vendada con una camisa hecha jirones, estaba sentado y hablaba con Lyon y con otros dos hombres de blanca cabellera—. Habría que enviarlos de regreso a su aldea.

Aunque la actitud de Lev no era la de un inferior que admira a un oficial, ciertamente era respetuosa. El capitán lo miró admirado pero dominado por los prejuicios. La noche anterior Angel había descubierto en ese joven menudo y delgado a uno de los cabecillas del Arrabal y era evidente que los aldeanos miraban a Lev cada vez que recibían una orden o amenaza, como si esperaran sus instrucciones. El capitán ignoraba cómo recibían la información, ya que no le había visto dar una sola orden a Lev; si de alguna manera ese joven era un cabecilla, el capitán Eden estaba decidido a tratarlo como tal. Para el oficial, el elemento más desconcertante de la situación era la falta de estructuración. Estaba al mando pero no tenía autoridad más allá de la

que estaban dispuestos a concederle esos hombres y los suyos. En el mejor de los casos, sus hombres eran huesos duros de roer que ahora se sentían frustrados y maltratados; los arrabaleros eran una incógnita. En última instancia, no podía confiar plenamente en nada, salvo en su mosquete; nueve de sus hombres también estaban armados.

Fueran treinta contra ciento veinte o uno contra ciento cuarenta y nueve, la conducta más sensata era una firmeza notoriamente razonable y sin intimidación.

—Sólo es un corte producido por el látigo —respondió tranquilamente al muchacho—. Puede abandonar el trabajo durante un par de días. Los viejos pueden ocuparse de los alimentos, secar el pan, mantener encendidas las hogueras. No se permite regresar a nadie hasta que acabe el trabajo.

—Es un corte profundo. Perderá el ojo si no lo atienden. Además, está sufriendo. Tiene que volver a su casa.

El capitán caviló y respondió:

—De acuerdo. Si no puede trabajar, que se vaya. Pero tendrá que hacerlo por sí mismo.

—Su casa está demasiado lejos para que regrese sin ayuda.

—En ese caso, se queda.

—Habrá que trasladarlo. Se necesitarán cuatro hombres para acarrear la camilla. —El capitán Eden se encogió de hombros y se alejó—. *Senhor*, hemos acordado que no trabajaremos hasta que Pamplona sea atendido.

El capitán giró para mirar de nuevo a Lev y no lo hizo con impaciencia, sino con actitud firme.

—¿«Acordado…»?

—Cuando envíen a Pamplona y a los viejos a sus casas, reanudaremos el trabajo.

—Yo recibo órdenes de la Junta —dijo el capitán—, y ustedes de mí. Estos hombres deben saberlo claramente.

—Escuche, hemos decidido seguir adelante, al menos provisionalmente —prosiguió el joven con calor pero sin animosidad —. El trabajo vale la pena, la comunidad necesita nuevas tierras de cultivo y éste es un buen emplazamiento para una aldea. Pero no obedecemos órdenes, cedemos a las amenazas de emplear la fuerza para evitarnos a todos heridas o muerte. Ahora el hombre cuya vida está en peligro es Pamplona y si no hace algo para salvarlo, tendremos que actuar. Además hay que tener en cuenta a los dos viejos, que no pueden permanecer aquí si no hay refugio. El viejo Sol sufre de artritis. A menos que los envíen a casa, no podremos continuar con el trabajo.

La cara redonda y morena del capitán Eden había palidecido notoriamente. El joven Jefe Macmilan le había dicho: «Reúna a

doscientos campesinos y ocúpese a fin que desbrocen la orilla oeste del Río Molino, debajo del vado». Le había parecido sencillo, no un trabajo fácil sino el trabajo de un hombre, una verdadera responsabilidad a la que seguiría una recompensa. Tenía la sensación que él era el único responsable. Sus hombres eran casi incontrolables y los arrabaleros le resultaban incomprensibles. Primero se mostraron asustados y sumamente dóciles y ahora pretendían darle órdenes. Si en realidad no temían a sus guardias, ¿para qué perdían el tiempo hablando? Si fuera uno de ellos, mandaría todo al cuerno y se ocuparía de tener un machete; la proporción era de cuatro a uno y morirían diez como máximo antes que avanzaran y abatieran con las horcas a los guardias armados con mosquetes. Su comportamiento carecía de sentido, era vergonzoso, impropio de un hombre. ¿Dónde podía encontrar la dignidad en esa condenada inmensidad? El río gris humeante a causa de la lluvia, el valle enmarañado y empapado, las gachas cubiertas de moho que supuestamente eran pan, el frío que le recorría la espalda donde se le pegaba la túnica mojada, los rostros taciturnos de sus hombres, la voz del extraño muchacho que le decía lo que debía hacer: era excesivo. Giró el mosquete en sus manos.

—Todos deben volver al trabajo inmediatamente. De lo contrario ordenaré que sean atados y trasladados a la cárcel de la Ciudad. La decisión es suya.

Aunque no había hablado en voz alta, todos —guardias y aldeanos— se habían enterado de la confrontación. Muchos estaban en pie alrededor de las hogueras, con los cabellos mojados adheridos a la frente y el cuerpo manchado por el barro. Pasó un instante, unos pocos segundos, medio minuto como máximo, un rato muy largo y silencioso sólo interrumpido por el ruido de la lluvia sobre la tierra removida que los rodeaba, sobre la maleza enredada que bajaba hasta el río y sobre las hojas de los árboles del algodón en la ribera: un tamborileo casi imperceptible, delicado y amplio.

Los ojos del capitán, que intentaban abarcarlo todo —guardias, aldeanos, la pila de aperos—, se cruzaron con los de Lev. Se miraron cara a cara.

—*Senhor*, la hemos trastocado —dijo el joven casi en un susurro —. ¿Y ahora qué hacemos?

—Dígales que vuelvan al trabajo.

—¡De acuerdo! —exclamó Lev y se volvió—. Rolf y Adi, ¿pueden hacer una camilla? Ustedes y dos guardias trasladarán a Pamplona al Arrabal. Thomas y Sol lo acompañarán. Los demás volveremos al trabajo, ¿de acuerdo?

Lev y los demás arrabaleros se acercaron a la pila de piquetas y azadas, recogieron sus aperos y, sin prisas, volvieron a desplegarse por la ladera, cortando los tapetes de zarzas y arrancando las raíces de los

arbustos.

El capitán Eden se dirigió a sus hombres con una sensación hormigueante en la boca del estómago. Los dos guardias a los que había dado órdenes se encontraban muy cerca.

—Antes de dirigirse a la Ciudad, escoltarán a los enfermos a la aldea. Y regresarán por la noche con dos hombres sanos, ¿está claro? —Vio que Angel, mosquete en mano, lo miraba—. Teniente, usted los acompañará —añadió enérgicamente.

Los dos guardias saludaron con expresión vacía. La mirada de Angel era descaradamente insolente, burlona.

En torno a la hoguera, esa noche Lev y tres aldeanos se reunieron nuevamente con el capitán.

—*Senhor*, hemos tomado la decisión de trabajar una semana, sólo como trabajo comunitario, siempre y cuando los hombres de la Ciudad trabajen con nosotros —dijo uno de los hombres mayores—. No sirve que veinte o treinta de sus subordinados se queden mirando sin hacer nada mientras nosotros trabajamos.

—¡Martin, lleve a estos hombres al sitio que les corresponde! —ordenó el capitán al hombre de guardia.

El guardia se adelantó sosteniendo el extremo del látigo; los aldeanos se miraron, se encogieron de hombros y retornaron a su fogata. El capitán Eden se dijo que lo importante era no hablar, impedir que hablaran. Cayó la noche, negra y diluviante. En la Ciudad nunca llovía de esa manera: había techos. En la oscuridad el ruido de la lluvia era espantoso, sonaba en todas partes, a través de kilómetros, kilómetros y kilómetros de oscura inmensidad. Los fuegos chisporroteaban y se apagaban. Los guardias se agazapaban deprimidos bajo los árboles, apoyaban las bocas de los mosquetes en el barro asfixiante, se acurrucaban, maldecían y temblaban. Al despuntar el día, los aldeanos no estaban: se habían desvanecido durante la noche, en medio de la lluvia. También faltaban catorce guardias.

Pálido, afónico, derrotado y desafiante, el capitán Eden reunió a lo que quedaba del destacamento calado hasta los huesos y emprendió el regreso a la Ciudad. Perdería su rango, tal vez lo azotarían o mutilarían como castigo a su fracaso, pero de momento no le importaba. No le importaba nada de lo que pudieran hacerle salvo el exilio. Seguramente comprenderían que no era culpa suya, que nadie podía hacer ese trabajo. El exilio no era corriente, sólo se aplicaba en el caso de los peores delitos: traición o asesinato de un Jefe; los hombres expulsados de la Ciudad eran trasladados en bote costa arriba, abandonados en medio de la inmensidad, totalmente solos, para ser torturados y abatidos si osaban retornar, pero nunca nadie había regresado; habían muerto en la soledad, perdidos, en ese vacío

terrible y desamparado, en medio del silencio. El capitán Eden respiraba agitado mientras avanzaba, buscando con la mirada los primeros indicios de los tejados de la Ciudad.

A causa de la oscuridad y de la lluvia torrencial, los aldeanos habían tenido que seguir la Carretera Sur; se habrían perdido en el acto si hubiesen intentado dispersarse por las colinas. Ya era muy difícil seguir la carretera, que no era más que un carril gastado por las pisadas de los pescadores e irregularmente cubierto de baches producidos por las ruedas de los carros que transportaban madera. Tuvieron que desplazarse muy lentamente, buscando el camino a tientas, hasta que escampó y empezó a clarear. La mayoría de ellos se había largado en las horas posteriores a la medianoche y con las primeras luces apenas estaba a medio camino. Pese al temor de la persecución, casi todos caminaron por la carretera para ir más rápido. Lev había partido con el último grupo y ahora quedó deliberadamente rezagado. Si veía que los guardias se aproximaban, lanzaría un grito de advertencia y los aldeanos abandonarían la carretera y se internarían en la maleza. No era imprescindible que lo hiciera, ya que todos estaban al acecho de lo que ocurría a sus espaldas, pero le servía de excusa para estar solo. No deseaba estar con los demás ni hablar; quería caminar solo junto a la victoria.

Habían ganado. Surtió efecto. Habían ganado la batalla sin violencia. No hubo muertos, sino sólo un herido. Los «esclavos» liberados sin proferir amenazas ni dar un solo golpe; los Jefes regresaban corriendo junto a los Jefes para comunicar su fracaso y, tal vez, para preguntarse por qué habían fracasado y para empezar a comprender, a ver la verdad… El capitán y los guardias eran hombres bastante buenos; cuando por fin entrevieran la libertad, irían en su búsqueda. A largo plazo, la Ciudad se uniría al Arrabal. Cuando los guardias desertaran, los Jefes abandonarían su lamentable intento de gobernar, su ficción de poder por encima de otros hombres. También llegarían, aunque más lentamente que los trabajadores; hasta ellos llegarían a comprender que para ser libres tenían que abandonar sus armas y sus defensas y salir, iguales entre iguales, hermanos. Entonces el sol asomaría sobre la comunidad de la Humanidad de Victoria, igual que ahora, bajo las densas masas nubosas de las colinas, estallaba clara la luz plateada, cada sombra retrocedía a saltos por el estrecho camino y cada charco de lluvia de la noche anterior relampagueaba como la sonrisa de un niño.

Y fui yo, pensó Lev con incrédulo deleite, fui yo el que habló en nombre de ellos, a quien apelaron, y no les fallé. ¡Nos mantuvimos firmes! ¡Oh, Dios mío, cuando disparó el mosquete al aire, pensé que estaba muerto y enseguida creí que me había quedado sordo! Ayer,

con el capitán, no se me ocurrió pensar en lo que ocurriría si disparaba porque supe que habría sido incapaz de alzar el arma, él lo sabía, el arma no le servía de nada… Si hay algo que debes hacer, puedes hacerlo. Puedes mantenerte firme. Salí airoso, todos salimos airosos. Oh, Dios mío, cuánto los quiero, cuánto los quiero a todos. ¡No sabía, no sabía que en el mundo existiera tanta felicidad!

Siguió andando bajo el aire vivo hacia su casa y la lluvia caída salpicó sus pies con su risa rápida y fría.

7

—Necesitamos más rehenes…, sobre todo a los cabecillas, a los dirigentes. Debemos azuzarlos para que nos desafíen, pero sin aterrorizarlos hasta el extremo que tengan miedo de actuar. ¿Me ha entendido? Su defensa es la pasividad y la cháchara, cháchara y más cháchara. Queremos que devuelvan el golpe mientras capturamos a sus líderes, para que el desafío quede desarticulado y se quiebre fácilmente. Entonces se desmoralizarán y será fácil hacerlos trabajar. Debe tratar de apoderarse del chico, creo que se apellida Shults; del hombre Elia y de cualquiera que actúe como portavoz. Debe provocarlos pero sin llegar a aterrorizarlos. ¿Puede confiar en que sus hombres se detendrán cuando les dé la orden?

Luz no oyó la menor respuesta de Herman Macmilan, salvo un refunfuño negligente y esquivo. Evidentemente a Macmilan no le gustaba que le dijeran que «debía» hacer esto y aquello ni que le preguntaran si había entendido.

—Ocúpese de atrapar a Lev Shults. Su abuelo fue uno de los grandes cabecillas. Podemos amenazarlos con ejecuciones y practicarlas, si es necesario, pero sería mejor no apelar a este recurso. Si los asustamos demasiado, se aferrarán a sus ideas y las mantendrán con firmeza porque no tienen otra posibilidad. Lo que queremos hacer, que sin duda requerirá moderación de nuestra parte, es obligarlos a traicionar sus ideales, a perder la fe en sus dirigentes, sus razones y sus palabras acerca de la paz.

Luz estaba fuera del estudio de su padre, justo debajo de la ventana, abierta de par en par al aire lluvioso y sin viento. Herman Macmilan había entrado atronadoramente en la casa pocos minutos antes, portando noticias; ella había oído su voz, elevada en tono de cólera y acusación: «¡Debimos apelar a mis hombres! ¡Ya se lo había dicho!». Luz quería averiguar qué había ocurrido y se sorprendió del hecho que alguien utilizara ese tono para dirigirse a su padre. Sin embargo, la perorata de Herman duró poco. Cuando salió y se situó bajo la ventana para poder escuchar sin ser vista, Falco ya había recobrado el control de la situación y Herman mascullaba: «Sí, sí». El bocón de Macmilan se lo merecía. Acababa de enterarse de quién daba órdenes en Casa Falco y en la Ciudad. Pero las órdenes…

La muchacha se tocó las mejillas, húmedas por la llovizna, y sacudió rápidamente las manos como si hubiera estado en contacto con algo viscoso. Sus pulseras de plata tintinearon y quedó inmóvil como un conejo, aplastada contra la pared de la casa, debajo de la ventana, para que Herman o su padre no pudieran verla si se les ocurría asomarse. En un momento, mientras hablaba, Falco se acercó

y apoyó las manos en el antepecho; su voz sonaba directamente encima de Luz y la joven imaginó que podía percibir el calor del cuerpo de su padre en el aire. Sintió un profundo deseo de dar un salto y gritar «¡Sorpresa!» al tiempo que buscaba desenfrenadamente excusas, explicaciones: «Estoy buscando un dedal que se me cayó…». Anhelaba reír a carcajadas y escuchaba, prestaba atención con una sensación de desconcierto que le hizo un nudo en la garganta y le llenó los ojos de lágrimas. ¿Era su padre, su propio padre el que decía cosas tan horribles? Vera había afirmado que su padre tenía un gran corazón. ¿Un gran corazón hablaría de ese modo para engañar a la gente, asustarla, matarla, usarla?

Eso es lo que está haciendo con Herman Macmilan, pensó Luz. Lo está usando.

¿Por qué no, por qué no? ¿Para qué más servía Herman Macmilan?

¿Y para qué servía ella? Para ser usada. Él la había usado…, para su vanidad, su comodidad, como su favorita, durante toda la vida; últimamente la usaba para ganar la docilidad de Herman Macmilan. La noche anterior le había ordenado que recibiera cordialmente a Herman cada vez que éste le dirigiera la palabra. Sin duda Herman se había quejado del hecho que ella le rehuía. Era un fanfarrón, quejicón y protestón. Los dos lo eran, todos lo eran con sus grandes pechos, sus alardeos, sus órdenes y sus planes para engañar a los demás.

Luz ya no oía lo que los dos hombres decían. Se apartó de la pared de la casa y se irguió como si le importara un bledo que alguien la viera. Rodeó la casa hasta la puerta trasera, cruzó las cocinas pacíficas y sucias a la hora de la siesta y se dirigió a la habitación asignada a Vera Adelson.

Vera también estaba durmiendo la siesta y la recibió soñolienta.

—Sin que me vieran, escuché una conversación entre mi padre y Herman Macmilan —declaró Luz, detenida en medio de la estancia, mientras Vera, sentada en la cama, la miraba parpadeante—. Pretenden organizar un ataque sorpresa contra el Arrabal. Tomarán prisioneros a Lev y a los demás cabecillas. Después intentarán enfurecer a su gente para que luche y de este modo poder derrotarlos y, como castigo, enviar a la mayoría a trabajar en las nuevas granjas. Ya habían enviado a un grupo, pero escaparon o los guardias huyeron…, no lo oí claramente. Por eso ahora Macmilan irá con su «pequeño ejército» y mi padre le ha dicho que obligue a la gente a devolver el golpe, para que así traicionen sus ideales y él pueda usarlos como le plazca.

Vera estaba con la vista fija y no dijo nada.

—Ya sabe a qué se refiere. Y si usted no lo sabe, Herman está perfectamente enterado. Se refiere a permitir que los hombres de

Herman se metan con las mujeres. —Aunque habló apresuradamente, la voz de Luz sonó fría—. Debería ir a avisarles.

Vera seguía muda. Miró sus pies descalzos con ojos extraviados, embotada o pensando a la misma velocidad con que había hablado Luz.

—¿Sigue negándose a ir? ¿Su promesa aún es válida? ¿Todavía?

—Sí —respondió la mujer mayor en voz baja, como si estuviera ausente. Luego añadió enérgicamente—: Sí.

—En ese caso, iré yo.

—¿Adónde irás?

Vera lo sabía, sólo lo había preguntado para ganar tiempo.

—A avisarles —respondió Luz.

—¿Cuándo será el ataque?

—Creo que mañana por la noche. Sé que lo harán por la noche, pero no estoy segura a qué noche se referían. —Hizo una pausa—. Tal vez lo hagan esta misma noche. Dijeron que sería mejor que estuvieran en la cama. —Eso había dicho su padre y Herman Macmilan había reído.

—En el caso que fueras…, ¿qué harías después?

Vera aún hablaba como si estuviera dormida, en voz baja y haciendo muchas pausas.

—Los alertaré y regresaré.

—¿Aquí?

—Nadie se enterará. Dejaré dicho que fui a visitar a Eva. Eso no tiene importancia. Si le cuento a los arrabaleros lo que he oído…, ¿qué harán?

—No lo sé.

—¿No les ayudaría saberlo para poder planificar algo? Usted me ha dicho que suelen planear lo que se proponen, que preparan a todos…

—Sí, claro que ayudaría, pero…

—Entonces iré inmediatamente.

—Escúchame, Luz. Piensa en lo que vas a hacer. ¿Puedes salir en pleno día y suponer que nadie se dará cuenta que abandonas la Ciudad? Piensa…

—Me da lo mismo si no puedo regresar. Esta casa está plagada de mentiras —afirmó la muchacha con el mismo tono frío y rápido, y abandonó la habitación de Vera.

Salir fue fácil. Seguir adelante resultó arduo.

Fue fácil tomar un viejo chal negro mientras salía y envolverse con él, usándolo a modo de impermeable y de disfraz; fue fácil colarse por la puerta trasera y salir por la calle secundaria, trotando como una criada que va con prisas de regreso a casa; fue fácil abandonar Casa

Falco, dejar la Ciudad. Resultó estimulante. No temía que la detuvieran; no le temía a nadie. Si la paraban, le bastaría con decir «¡Soy la hija del concejal Falco!», y nadie osaría meterse con ella. Nadie le interceptó el paso. Estaba segura que nadie la reconoció porque se movió por las callejas, el camino más corto para salir de la Ciudad, y pasó por delante de la escuela; el chal negro le tapaba la cabeza y el lluvioso viento marino que soplaba a su favor rebotaba en los ojos de todo aquel que se acercara en dirección contraria. Pocos minutos más tarde había dejado atrás las calles y acortaba camino por el fondo de los depósitos de madera de los Macmilan, entre pilas de troncos y tablones; subió por los acantilados y llegó a la carretera del Arrabal.

Fue allí, cuando posó los pies en la carretera, donde todo se volvió arduo. Sólo había estado una vez en ese sitio, cuando con un grupo de amigas —convenientemente escoltadas por tías, dueñas y guardias de Casa Marquez— acudió a presenciar las danzas del Templo. Era verano, habían parloteado y reído por el camino, el triciclo a pedal de tía Caterina —parienta de Eva— había perdido una rueda y la mujer había caído en medio del polvo; a lo largo de la tarde tía Caterina había contemplado los bailes con un gran círculo de polvo blanco en el trasero de su vestido negro, de modo que las chicas no hicieron más que reír… Pero ni siquiera habían atravesado el Arrabal. ¿Cómo era? ¿Por quién debía preguntar en el Arrabal y qué debía decir? Tendría que haberlo hablado con Vera antes de salir disparada. ¿Qué le responderían? Puesto que procedía de la Ciudad, ¿le permitirían entrar? ¿La mirarían fijamente, se burlarían de ella, intentarían hacerle daño? Al parecer, no hacían daño a nadie. Probablemente ni le dirigirían la palabra. Ahora el viento que le golpeaba la espalda era gélido. La lluvia había mojado el chal y la espalda de su vestido y el dobladillo de la falda pesaba a causa del barro y la humedad. Los campos estaban vacíos, de un gris otoñal. Cuando miró hacia atrás, sólo divisó la Torre del Monumento, pálida y abandonada, apuntando sin sentido hacia el cielo; ahora todo lo que conocía estaba oculto tras ese hito. De vez en cuando, a la izquierda entreveía el río, ancho y gris, sacudido por ráfagas difusas de lluvia.

Transmitiría el mensaje a la primera persona que le saliera al paso y que lo interpretaran como quisieran; daría media vuelta y regresaría a casa. Tardaría como máximo una hora, estaría mucho antes de la hora de cenar.

A la izquierda de la carretera, entre los frutales, vio una pequeña granja y a una mujer en el patio. Luz moderó su paso acelerado. Se desviaría hacia la granja, transmitiría el mensaje a la mujer para que ésta lo comunicara a la población del Arrabal y ya podría dar la vuelta y regresar a casa. Vaciló, echó a andar hacia la granja, se detuvo,

volvió a pisar las hierbas empapadas por la lluvia y retornó a la carretera.

—Seguiré adelante, lo haré de una vez y emprenderé el regreso —dijo casi para sí misma—. Vamos, hazlo, regresa.

Caminaba más veloz que nunca, casi corría. Le ardían las mejillas y estaba sin resuello. Hacía meses, años, que no caminaba tanto ni tan rápido. No podía presentarse roja y jadeante ante desconocidos. Se obligó a aminorar el paso, a caminar a ritmo regular, erguida. Tenía la boca y la garganta resecas. Le habría gustado detenerse a beber el agua de las hojas de las matas del borde del camino, enroscando la lengua para absorber las gotas frescas que salpicaba cada brizna de hierba silvestre. Pero sería una actitud infantil. La carretera era más larga de lo que imaginaba. ¿Estaba en la carretera del Arrabal? ¿Se había equivocado de dirección y tomado un camino forestal, una pista sin fin que desembocaba en la inmensidad?

La simple palabra —inmensidad— produjo un frío estremecimiento de terror que recorrió su cuerpo y la obligó a parar bruscamente.

Volvió la vista atrás para mirar la Ciudad, su querida, estrecha, cálida, apiñada y bella Ciudad de muros, tejados, calles, rostros y voces, su casa, su hogar, su vida, pero no había nada, hasta la Torre quedaba oculta por la larga cuesta de la carretera. Campos y colinas estaban vacíos. Desde el vacío mar soplaba un viento suave y omnipresente.

No hay nada que temer, se dijo Luz. ¿Por qué eres tan medrosa? No puedes perderte, estás en una carretera; si no es la Carretera del Arrabal, bastará con que des media vuelta para regresar a casa. Como no escalarás, no te toparás con un escorpión de roca; como no te internarás en el bosque, no tropezarás con una rosa venenosa; no sé de qué tienes tanto miedo, nada puede hacerte daño, estás totalmente a salvo en la carretera.

Avanzaba aterrorizada, con la mirada fija en cada piedra, arbusto y grupo de árboles hasta que al coronar la cresta de una ascensión pedregosa divisó los techos de paja roja y percibió el olor del humo de las chimeneas. Entró con paso sereno en el Arrabal. Su rostro estaba rígido y llevaba la espalda recta; se cubría con el chal.

Las casitas se esparcían entre los árboles y los huertos. Aunque había muchas viviendas, el lugar no era retirado ni estaba amurallado, protector como la Ciudad. Se veía disperso, húmedo y de apariencia humilde en la tarde apacible y pluvial. En las proximidades no había nadie. Luz bajó lentamente por la calle sinuosa e intentó tomar una decisión: ¿debo hablar con aquel hombre o llamar a esta puerta?

Un niño surgió de la nada y la miró absorto. Era un chiquillo de piel clara, pero estaba cubierto de barro marrón desde los dedos de los

pies hasta las rodillas y de las puntas de los dedos a los codos, con más salpicaduras de barro aquí y allá, así que parecía un niño jaspeado o moteado. Las prendas que llevaba también tenían hilos anillados y manchas que abarcaban una sorprendente variedad de tonos lodosos.

—Hola —saludó el mocoso después de un prolongado silencio—, ¿quién eres?

—Soy Luz Marina. ¿Y tú?

—Me llamo Marius —respondió y se alejó furtivamente.

—¿Sabes dónde…, dónde vive Lev Shults?

Luz no quería preguntar por Lev, prefería hacer frente a un desconocido, pero no recordaba ningún otro nombre. Vera le había hablado de muchos y había oído mencionar a su padre los nombres de los «cabecillas del anillo», pero ahora no podía recordarlos.

—¿Lev qué? —preguntó Marius, al tiempo que se rascaba la oreja y acrecentaba el barro en ella acumulado.

Luz sabía que los arrabaleros nunca usaban sus apellidos, sólo se empleaban en la Ciudad.

—Es joven y… —No supo cómo describir a Lev. ¿Era un cabecilla, un capitán, un jefe?

—La casa de Sasha está ahí abajo —informó el niño jaspeado, señaló un sendero embarrado y cubierto de hierba y desapareció tan hábilmente que pareció convertirse en parte de la bruma y el barro.

Luz apretó los dientes y caminó en dirección a la casa que el niño había señalado. No había nada que temer. Sólo se trataba de un lugar sucio y pequeño. Los niños iban sucios y los mayores eran campesinos. Daría el mensaje a quienquiera que abriera la puerta, cumpliría su misión y entonces podría regresar a las estancias altas y limpias de Casa Falco.

Llamó. Lev abrió la puerta.

A pesar que hacía dos años que no lo veía, Luz lo reconoció. El muchacho estaba a medio vestir y desaliñado, pues lo había despertado de la siesta, y la miró con la estupidez luminosa y pueril de los que acaban de despertar.

—Ah —dijo y bostezó—. ¿Dónde está Andre?

—Soy Luz Marina Falco y vengo de la Ciudad.

La mirada luminosa cambió, se ahondó; Lev despertó.

—Luz Marina Falco —repitió. Su rostro prieto y delgado adquirió vida; la miró, miró más allá en busca de sus acompañantes, volvió a observarla con la mirada cargada de sentimientos: alerta, precavido, divertido, incrédulo—. ¿Has venido… con…?

—He venido sola. Tengo un…, tengo que decirte…

—Vera —pronunció Lev. El rostro brillante ya no sonreía, denotaba tensión, exaltación.

—Vera está bien, como los otros. Se trata de ustedes, del Arrabal.

Anoche ocurrió algo, no sé exactamente qué, tú lo sabrás… —Lev asintió sin dejar de mirarla—. Están enojados y vendrán, creo que mañana por la noche, me refiero a los hombres que el joven Macmilan ha adiestrado, a los matones…, intentarán capturarte junto a los demás cabecillas y, después…, atropellarán a la gente para que devuelvan el golpe, así podrán derrotarlos y obligarlos a trabajar en los latifundios como castigo por la rebelión. Llegarán de noche, creo que mañana pero no estoy segura, y él tiene unos cuarenta hombres, supongo, todos armados con mosquetes.

Lev seguía mirándola. No dijo nada. Sólo entonces, en medio del silencio del joven, Luz oyó la pregunta que no se había hecho a sí misma.

La pregunta la tomó tan desprevenida, estaba tan lejos de poder empezar a esbozar una respuesta que se quedó quieta y le devolvió la mirada, su rostro adquirió un rubor opaco de desconcierto y temor y fue incapaz de pronunciar una sola palabra más.

—Luz, ¿quién te ha enviado? —preguntó Lev amablemente.

Era lógico que Lev reaccionara de ese modo, que supusiera que ella mentía o que Falco la usaba para jugarles una mala pasada o espiarlos. Era lógico que lo pensara, que imaginara que ella servía a su padre sin imaginar que lo estaba traicionando. Luz sólo pudo menear la cabeza. Le hormigueaban las piernas y los brazos y veía lucecitas; sintió que estaba a punto de vomitar.

—Ahora tengo que volver —dijo pero no se movió, ya que las rodillas no le respondieron.

—¿Estás bien? Pasa y siéntate, aunque sólo sea un minuto.

—Estoy mareada.

Su voz sonó débil y trémula y sintió vergüenza. Lev la hizo pasar y ella tomó asiento en una silla de mimbre, junto a la mesa de la habitación oscura, alargada y de vigas bajas. Se quitó el chal porque le molestaba su peso y estaba acalorada; inmediatamente se sintió mejor. Se le enfriaron las mejillas y sus ojos recuperaron la visión normal a medida que se adaptaban a la penumbra. Lev permanecía cerca, en la cabecera de la mesa. Estaba descalzo y sólo llevaba pantalones. Se quedó quieto. Aunque no era capaz de mirarlo a la cara, Luz no percibió amenaza, cólera ni indiferencia en su actitud o en su silencio.

—Vine corriendo —explicó la muchacha—. Quería regresar deprisa, el camino es largo, me mareé. —Se dominó y descubrió que, bajo el arrebol y el miedo, había en su interior un rincón sereno en el que su mente podía refugiarse y pensar. Pensó y finalmente volvió a hablar—. Vera está viviendo con nosotros en Casa Falco. ¿Lo sabías? Hemos estado juntas todos los días. Hablamos. Le cuento lo que sé que ocurre, y ella me transmite… todo tipo de cosas… Intenté que regresara para alertarlos. No quiso, dice que dio su palabra a fin que

no huiría y que tiene que cumplirla. Por eso he venido. Oí una conversación entre Herman Macmilan y mi padre. Escuché a hurtadillas, salí y me situé bajo la ventana para escuchar. Lo que dijeron me enfureció, me dio asco. Decidí venir cuando Vera dijo que no vendría. ¿Estás enterado de la existencia de los nuevos guardias, los guardias de Macmilan? —Lev negó con la cabeza, mirándola atentamente—. No estoy mintiendo —aseguró Luz con frialdad—. Nadie me está usando. Con excepción de Vera, nadie sabe que he salido de casa. He venido porque estoy harta de ser usada, harta de mentiras y harta de permanecer impávida. Puedes creerme o no, me da lo mismo.

Lev volvió a menear la cabeza y parpadeó como si estuviera deslumbrado.

—No, yo no…, pero vas demasiado rápido…

—No hay tiempo que perder. Tengo que regresar antes que alguien note mi ausencia. Mi padre convenció al joven Macmilan para que adiestre a un destacamento formado por hijos de los Jefes, a fin de crear un ejército especial que utilizarán contra tu pueblo. Hace dos semanas que no hablan de otra cosa. Vendrán por lo que ocurrió en el Valle del Sur, sea lo que sea; pretenden atraparte a ti y a los demás cabecillas y obligar a tu gente a combatir para que traicionen vuestra idea de la paz, de lo que ustedes llaman la no violencia. Lucharán y perderán porque nosotros somos mejores combatientes y, además, tenemos armas. ¿Conoces a Herman Macmilan?

—Creo que de vista —respondió Lev.

Lev era totalmente distinto al hombre cuyo nombre acababa de pronunciar y cuya imagen ocupaba su mente: el magnífico rostro y el cuerpo musculoso, el pecho ancho, las piernas largas, las fuertes manos, la gruesa vestimenta, túnica, pantalón, botas, cinto, abrigo, arma, látigo, cuchillo… Este hombre iba descalzo y Luz distinguía las costillas y el esternón bajo la piel oscura y delgada de su pecho.

—Odio a Herman Macmilan —dijo Luz, sin tanta prisa, hablando desde el rincón pequeño y fresco de su interior, en el que podía pensar —. Su alma es mezquina. Deberías temerle. Yo le temo. Le gusta hacer daño. No pretendas hablar con él, como hacen los tuyos. No escuchará. Él llena todo su mundo. Lo único que se puede hacer con un hombre así es golpearlo o huir. Yo huí… ¿Me crees? —Ahora estaba en condiciones de preguntarlo.

Lev asintió.

Luz miró las manos del muchacho, apoyadas en el respaldo de la silla; aferraba firmemente el barrote de madera. Sus manos eran puro nervio y hueso bajo la piel oscura, fuertes, frágiles.

—Bueno, tengo que regresar. —Luz se puso de pie.

—Espera. Deberías contarle todo esto a los demás.

—No puedo. Hazlo tú.

—Acabas de decir que has huido de Macmilan. ¿Ahora volverás con él?

—¡No! Volveré con mi padre…, a mi casa… —Lev tenía razón: era lo mismo—. He venido a prevenirlos —añadió fríamente— porque Macmilan piensa tenderles una trampa y lo que merece es que se la tiendan a él. Eso es todo.

No era suficiente.

Luz miró a través de la puerta abierta y vio el sendero que tendría que recorrer, más allá la calle, después la carretera, la Ciudad y sus calles, su casa y su padre…

—No lo entiendo —aseguró ella. Volvió a sentarse bruscamente porque temblaba otra vez, aunque ahora no era de miedo, sino de ira —. No pensé. Vera dijo…

—¿Qué dijo Vera?

—Dijo que me detuviera a pensar.

—¿Acaso te ha…?

—Espera. Necesito pensar. Antes no lo hice y ahora debo hacerlo. —Estuvo sentada inmóvil unos minutos, con las manos apretadas en el regazo—. Ya está. Vera dijo que esto es una guerra. Yo debería ser…, he traicionado al bando de mi padre. Vera es rehén de la Ciudad. Tendré que convertirme en rehén del Arrabal. Si ella no puede entrar y salir, yo tampoco. Tendré que asumirlo. —El aire se le encajaba en la garganta, produciendo un sonido cortante al final de cada frase.

—Luz, nosotros no tomamos rehenes ni hacemos prisionero a nadie.

—No he dicho que ustedes lo hicieran. Sólo he dicho que tengo que quedarme aquí. *Elijo* quedarme. ¿Me lo permitirán?

Lev deambuló por la estancia, agachándose mecánicamente para franquear la baja viga transversal. Su camisa estaba en una silla, delante del fuego, puesta a secar. Se la puso, entró en la habitación trasera, regresó con los zapatos en la mano, se sentó en una silla junto a la mesa y comenzó a ponérselos.

—Escucha —pidió y se agachó para acomodarse el zapato—, puedes quedarte. Cualquiera puede quedarse. Nosotros no obligamos a nadie a quedarse ni a irse. —Se irguió y la miró a los ojos—. Dime, ¿qué pensará tu padre? Aunque tenga la certeza que te has quedado por elección…

—No lo permitirá. Vendrá a buscarme.

—Por la fuerza.

—Sí, por la fuerza. Sin duda, en compañía de Macmilan y su pequeño ejército.

—Y así te convertirás en el pretexto que están buscando para apelar a la violencia. Luz, debes volver.

—Por vuestro bien.

La joven sólo pensaba en voz alta, asimilaba lo que acababa de hacer y las consecuencias que tendría. Lev estaba inmóvil, con un zapato —Luz notó que se trataba de una bota baja, embarrada y gastada— en la mano.

—Así es —confirmó Lev—. Por nuestro bien. Viniste por nuestro bien y ahora tienes que irte por la misma razón. ¿Qué pasará si ellos saben que has estado aquí…? —Hizo una pausa—. No, no puedes regresar. Quedarías atrapada en la mentira…, en tu mentira y en la de ellos. Fuiste tú la que vino aquí. Por Vera, por nosotros. Estás con nosotros.

—No, no es así —replicó Luz enfadada, pero el brillo y el calor de la expresión de Lev confundieron sus pensamientos. Hablaba tan claro, con tanta seguridad…, y ahora sonreía.

—Luz, ¿recuerdas cuando íbamos a la escuela? Tú siempre…, siempre quise hablar contigo, pero nunca tuve valor suficiente… Una vez hablamos, al atardecer, me preguntaste por qué no peleaba con Angel y su pandilla. Nunca fuiste como las otras chicas de la Ciudad, no encajabas, no era lo tuyo. Tú perteneces a este lugar. La verdad te importa. ¿Recuerdas que una vez te enojaste con el maestro porque dijo que los conejos no hibernan, que Timmo intentó explicar que había descubierto una cueva llena de conejos hibernando y que el maestro estuvo a punto de azotarlo por insolente? ¿Lo recuerdas?

—Dije que se lo contaría a mi padre —añadió Luz en voz queda. Se había puesto muy pálida.

—Sacaste la cara en clase, dijiste que el maestro no sabía la verdad y que iba a azotar a Timmo por expresarla…, sólo tenías catorce años. Escúchame, Luz, acompáñame, iremos a casa de Elia. Puedes contarles lo que acabas de decirme y luego acordaremos el camino a seguir. ¡Ya no puedes regresar y dejar que te castiguen, que te avergüencen! Puedes quedarte con Vientosur, en las afueras, allí estarás tranquila. Ahora ven conmigo, no podemos perder un minuto.

Lev le ofreció la mano por encima de la mesa, una mano fina y cálida, llena de vida; Luz la aceptó e hizo frente a su mirada. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sé qué hacer —reconoció y se deshizo en llanto—. Lev, sólo te has puesto un zapato.

8

A pesar que el tiempo apremiaba, había que convocar y reunir a la comunidad para que se mantuviera unida, para que se mantuviera firme. Actuar deprisa los favorecía pues los temerosos y los poco entusiastas no desaparecerían cualesquiera que fuesen las presiones; bajo la amenaza de un ataque inminente, todos estaban deseosos de encontrar el núcleo y preservarlo, concentrar la fuerza de la cohesión.

Existía un núcleo y él estaba en el centro mismo… Era el núcleo en compañía de Andre, Vientosur, Martin, Italia, Santha y los demás, los jóvenes, los decididos. Vera no estaba presente pero estaba ahí, en todas sus decisiones aparecía su bondad y su firmeza inquebrantable. Elia tampoco estaba. Él, Joya y varios más, en su mayoría gente mayor, estaban al margen, debían quedar al margen pues su voluntad no era la de la comunidad. Elia nunca había sido partidario acérrimo del plan de emigración y ahora sostenía que habían llegado demasiado lejos, que debían devolver inmediatamente la joven a su padre, acompañada por una delegación que «se sentara a hablar con la Junta… Si sólo nos sentáramos a hablar, toda esta desconfianza y este desafío sobrarían…».

El viejo Lyon le había respondido cansinamente: «Elia, los hombres armados no se sientan a hablar».

No fue a Elia a quien apelaron, sino a la «gente de Vera», a los jóvenes. Lev notó que la fuerza de sus amigos y de toda la comunidad lo sustentaban y levantaban. Sentía que no era un único Lev, sino mil veces Lev…, él mismo pero enormemente incrementado, ampliado, un yo sin límites fundido con los demás, libre como no podía serlo ningún ser individual.

Apenas fue necesario celebrar consultas, explicar a la gente lo que había que hacer, la imponente y serena resistencia que debían oponer a la violencia de la Ciudad. Ya lo sabían: ellos pensaban por él y él por ellos; su palabra expresaba la voluntad general.

La muchacha, Luz, la desconocida, la autoexiliada: su presencia en el Arrabal había agudizado esa sensación de comunidad perfecta y la había ribeteado de compasión. Conocían el motivo de su presencia en la población e intentaban ser amables con ella. Estaba sola entre ellos, asustada y recelosa, amparándose en su orgullo y en su arrogancia de hija de un Jefe siempre que algo escapaba a su comprensión. Pero comprendía, pensó Lev, por mucho que la razón la confundiera, comprendía; comprendía con el corazón, ya que había acudido confiada a ellos.

Cuando Lev se lo dijo —le dijo que, en espíritu, era y siempre había sido una de ellos, una integrante del Pueblo de la Paz—, Luz

esbozó una expresión despectiva.

—Ni siquiera sé cuáles son tus ideas —afirmó.

En realidad, Luz había aprendido mucho de Vera y en esos días tensos, extraños e inactivos, a la espera de noticias o del ataque de la Ciudad, cuando el trabajo cotidiano quedó suspendido y la «gente de Vera» se mantuvo congregada, Lev charló con ella tanto como pudo, deseoso de unirla plenamente a ellos, de llevarla al núcleo donde la paz y la fortaleza prevalecían y donde nadie estaba solo.

—Realmente, es muy aburrido —explicó Lev—. Es una especie de lista de reglas, como en la escuela. Primero haces esto y a continuación aquello. Primero intentas la negociación y el arbitraje del problema, sea cual fuere, mediante los medios y las instituciones vigentes. Intentas resolverlo hablando, tal como insiste Elia. Verás, en ese paso el grupo de Vera pretendía hablar con la Junta. No sirvió. Por lo tanto, apelas al segundo paso: la no cooperación. Es una especie de quedarse quieto y no moverse para que sepan que hablas en serio. Ahora estamos en este punto. Luego llega la hora del tercer paso, que es el que estamos preparando: la presentación de un ultimátum. La última apelación, en la que se ofrece una solución constructiva, y una explicación clara de lo que se hará si no se acuerda dicha solución.

—¿Y qué se hará si ellos no están de acuerdo?

—Recurrir al cuarto paso: la desobediencia civil.

—¿Y eso en qué consiste?

—La negativa a obedecer toda orden o ley, cualquiera que sea, decretada por la autoridad cuya legitimidad se impugna. Creamos nuestra propia autoridad paralela e independiente y seguimos nuestro camino.

—¿Y es tan sencillo?

—Es tan sencillo —respondió Lev sonriente—. Mira, en la Tierra funcionó muchas veces. Funcionó pese a todo tipo de amenazas y encarcelamientos, de torturas y agresiones. Puedes leerlo, deberías leer la *Historia* de Mirovskaya…

—No sé leer libros —declaró Luz con actitud desdeñosa—. Una vez lo intenté… Si funcionó tan bien como dices, ¿por qué los expulsaron de la Tierra?

—Porque no éramos bastantes. Los gobiernos eran muy poderosos e influyentes. ¿Crees que nos habrían enviado al exilio si no nos hubieran temido?

—Es lo mismo que dice mi padre sobre *sus* antepasados —comentó Luz.

Las cejas de la muchacha formaban una recta por encima de sus ojos, ojos oscuros y reflexivos. Lev la observaba, inmovilizado por su silencio, capturado por su rareza. A pesar que insistía en que Luz era una de ellos, no era así; no se parecía a Vientosur, a Vera ni a ninguna

de las mujeres que conocía. Luz era distinta: ajena. Como la garza gris de la Charca del Templo, Luz contenía silencio, un silencio que lo atraía, lo alejaba, lo dirigía hacia un núcleo distinto.

Lev estaba tan atrapado, tan fascinado mirándola que, a pesar que Vientosur dijo algo, no la oyó y cuando Luz retomó la palabra se sobresaltó y durante unos segundos la conocida estancia de la casa de Vientosur le pareció extraña, un lugar ajeno.

—Ojalá pudiéramos olvidar todo eso —dijo Luz—. La Tierra…, está a cien años de distancia, es otro mundo, con un sol diferente, ¿qué nos importa a los que estamos aquí? Ahora estamos aquí. ¿Por qué no podemos hacer las cosas a nuestra manera? Yo no soy terrícola, tú tampoco. Nuestro mundo es éste…, debería tener su nombre. «Victoria» es una tontería, una palabra de la Tierra. Deberíamos darle un nombre propio.

—¿Cuál?

—Alguno que no signifique nada, Ooboo o Baba. También podríamos llamarlo Barro. No es más que barro…, si la Tierra se llama «tierra», ¿por qué este mundo no puede denominarse «barro»?

Habló colérica, cosa que hacía muy a menudo. Sin embargo, cuando Lev rió, Luz también lo hizo. Vientosur sólo sonrió y dijo con su dulce voz:

—Sí, tienes razón. Entonces podríamos hacer nuestro mundo en lugar de imitar lo que hacían en la Tierra. Si no hubiera violencia, la no violencia no tendría por qué existir…

—Empecemos por el barro y construyamos un mundo —propuso Lev—. ¿No se dan ustedes cuenta que es exactamente lo que estamos haciendo?

—Levantamos castillos de barro —acotó Luz.

—Erigimos un nuevo mundo.

—Con fragmentos del viejo.

—Si la gente olvida lo ocurrido en el pasado, hay que hacerlo todo de nuevo, nunca se llega al futuro. Por eso en la Tierra siguieron librando batallas. Olvidaron cómo había sido el último combate. Nosotros *empezamos* de nuevo. Porque recordamos los viejos errores y no los cometeremos.

—Luz, espero que no te moleste que lo exprese, pero lo cierto es que a veces tengo la sensación que en la Ciudad recuerdan los viejos errores para poder cometerlos otra vez —dijo Andre, sentado delante del hogar y remendando una sandalia de Vientosur, ya que su segundo oficio era el de zapatero remendón.

—No lo sé —replicó la muchacha con indiferencia.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Estaba cerrada porque no había cesado de llover y había refrescado a causa del fresco viento de levante. El pequeño fuego del hogar mantenía caliente e iluminada la

estancia. Luz se detuvo de espaldas a la fuente de calor y, a través de los minúsculos y empañados cristales de la ventana, contempló los oscuros campos y las nubes volanderas.

La mañana posterior a su llegada al Arrabal, después de hablar con Lev y los demás, Luz le había escrito una carta a su padre. A pesar que le llevó toda la mañana, la misiva era breve. Se la mostró a Vientosur y luego a Lev. Ahora, cuando la miraba —la figura erguida y fuerte perfilada en negro a contraluz—, Lev volvía a ver la caligrafía, los trazos altos, negros y rígidos de su letra. Luz había escrito:

> Honrado Señor:
>
> He abandonado nuestra Casa. Permaneceré en el Arrabal porque no apruebo Sus planes. He decidido irme y he decidido quedarme. Ninguno me tiene prisionera ni en calidad de rehén. Estas personas son mis Anfitriones. Si insiste en maltratarlos no estoy de Su parte. Tuve que hacer esta elección. Ha cometido un error con H. Macmilan. La *senhora* Adelson no tiene nada que ver con mi venida aquí. Fue mi Elección.
>
> Su respetuosa Hija,
>
> *Luz Marina Falco Cooper.*

La carta no contenía ni una sola palabra de afecto, ni una súplica de perdón.

No hubo respuesta. Bienvenido, el joven mensajero, había entregado la carta inmediatamente. La había pasado por debajo de la puerta de Casa Falco y seguido su camino. En cuanto Bienvenido regresó sano y salvo al Arrabal, Luz se puso a esperar la respuesta de su padre, respuesta que temía pero que también deseaba recibir. Habían pasado dos días. No hubo respuesta ni ataque o agresión nocturna: nada. Evaluaron qué cambio podía haber provocado la deserción de Luz en los planes de Falco, pero no lo hablaron delante de ella a menos que fuera la propia Luz la que planteara la cuestión. Ahora dijo:

—Realmente, no entiendo tus ideas. Hay demasiados pasos, reglas, charla.

—Ésas son nuestras armas —puntualizó Lev.

—¿Y para qué luchar?

—No hay otra elección.

—Sí que la hay: irse.

—¿Irse?

—¡Sí, claro! Irse al norte, al valle que ustedes descubrieron. Simplemente irse, partir. Es lo que yo hice —añadió y lo miró autoritariamente porque Lev no reaccionó enseguida—. Me fui.

—Y ahora vendrán a buscarte —apostilló amablemente.

Luz se encogió de hombros.

—No lo han hecho. No les importa.

Vientosur emitió un suave murmullo de advertencia, de protesta, de solidaridad; aunque no hacía falta decir nada más, Lev lo tradujo:

—Claro que les importa y vendrán, Luz. Tu padre…

—Si me persigue, me iré más lejos. Seguiré adelante.

—¿Adónde?

La muchacha se volvió y no dijo nada. Todos pensaron lo mismo: la inmensidad. Fue como si la inmensidad se colara en la cabaña, como si las paredes cayeran y no hubiera refugio. Lev había estado allí, Andre había estado allí, habían pasado meses en ese aislamiento interminable y silente; ahora impregnaba sus almas y ya nunca los abandonaría. Aunque Vientosur no había estado en la inmensidad, su amor yacía para siempre en ella. Incluso Luz, que jamás la había visto ni la conocía, que era hija de aquellos que durante un siglo habían construido murallas para aislarse de la inmensidad y la negaban, la conocía y la temía, sabía que era una insensatez hablar de abandonar la Colonia en solitario. Lev la miraba anonadado. La compadecía profundamente, como se compadece a un chiquillo herido y obstinado que rechaza el consuelo, se mantiene a distancia, no llora. Pero Luz no era una chiquilla. Era una mujer a la que Lev veía de pie junto a la ventana, una mujer que estaba sola en un sitio sin ayuda ni amparo, una mujer en la inmensidad; la compasión se tornó admiración y temor. Le temía. En ella residía una fuerza que no procedía del amor, la confianza ni la comunidad, que no emanaba de una fuente productora de fuerza, una fuente que él pudiera identificar. Temía esa fuerza y, al mismo tiempo, la deseaba ardientemente. En los tres días que había compartido con Luz, había pensado constantemente en ella, todo lo había visto en función de ella: era como si su lucha sólo adquiriera sentido si Luz podía llegar a comprenderla, como si la elección de la joven pesara más que los planes y los ideales por los que se regía la comunidad. Luz era lastimera, admirable, preciosa como cualquier alma humana, pero no debía permitir que se apoderara de su mente. Debía ser una de ellos y actuar con él, apoyarlo en lugar de ocupar y obnubilar sus pensamientos. Más tarde habría tiempo para pensar en ella y comprenderla; tendría tiempo cuando acabara la confrontación, cuando ganaran el camino de la paz. Más tarde tendría todo el tiempo del mundo.

—No es éste el momento de ir al norte —dijo Lev pacientemente, aunque con cierta frialdad—. Si ahora partiera un grupo, debilitaría la

unidad de los que se quedan aquí. Además, la Ciudad rastrearía a los colonos. Tenemos que lograr que se reconozca nuestra libertad de movimientos…, lograrlo aquí y ahora. Entonces nos iremos.

—¡No entiendo por qué les entregaron los mapas, les enseñaron el camino! —exclamó Luz vehemente e impaciente—. Fue una estupidez. Podrían haberse ido.

—La Ciudad y el Arrabal formamos una comunidad —afirmó Lev y no añadió palabra.

Andre echó a perder el momento diciendo:

—Además, no podíamos escabullirnos. La emigración de tanta gente deja una huella fácil de seguir.

—Aunque los siguieran hasta el norte, hasta vuestras montañas…, ya habrían llegado y podrían decir: «¡Qué pena, esto es nuestro, búsquense otro valle, hay espacio de sobra!».

—Y entonces apelarían a la fuerza. En primer lugar tiene que estar reconocido el principio de igualdad y de libre elección. Aquí.

—¡Pero si es aquí donde emplean la fuerza! Vera está privada de la libertad, los demás están en la cárcel, el viejo perdió un ojo y los fanfarrones vendrán a darles una paliza o a bajarlos a tiros…, todo eso a cambio de dejar sentado un «principio». ¡Y pensar que ustedes podrían haberse ido, haber salido, ganado la libertad!

—La libertad se gana mediante el sacrificio —declaró Vientosur.

Lev la miró y en seguida volvió a concentrarse en Luz; no sabía si Luz estaba enterada de la muerte de Timmo durante la travesía hacia el norte. Probablemente lo sabía después de haber compartido las tres últimas noches con Vientosur en la cabaña. De todos modos, la serenidad del tono de Vientosur la calmó.

—Ya lo sé —reconoció Luz—. Hay que correr riesgos. Pero el sacrificio…, ¡detesto la idea del sacrificio!

A pesar de todo, Lev sonrió.

—¿Y tú qué has hecho?

—¡No me he sacrificado por una idea! Simplemente huí… ¿No te das cuenta? ¡Es lo mismo que deberían hacer todos ustedes! —Luz no habló con convicción, sino desafiante, provocadora, en defensa propia.

La respuesta de Vientosur sorprendió a Lev:

—Quizá tienes razón. Mientras aguantemos y luchemos, aunque sea con nuestras armas, estamos librando la guerra de ellos.

Luz Falco era una intrusa, una desconocida, no sabía qué pensaba y sentía el Pueblo de la Paz; oír de boca de Vientosur un comentario irresponsable resultaba chocante, era una afrenta a su unidad perfecta.

—Huir y esconderse en el bosque…, ¿es una elección? —preguntó Lev—. Tal vez para los conejos, pero no para los seres humanos. El hecho de estar erguidos y de tener dos manos no nos vuelve humanos. ¡Nos vuelve humanos estar en pie y tener ideas e ideales! Y ser fieles a

esos ideales. Estar unidos. No podemos vivir solos…, ni morir solos, como los animales.

Vientosur asintió pesarosa y Luz lo miró con el entrecejo fruncido.

—La muerte es la muerte. ¿Qué importancia tiene que se produzca en la cama, en casa, o a la intemperie, en el bosque? Somos animales, por eso morimos.

—Pero vivir y morir en nombre de…, en nombre del espíritu…, es distinto, es muy distinto a huir y esconderse, aislados, egoístas, arrebatando comida, acobardados, odiándonos, cada uno en soledad… —Lev se interrumpió y notó que se ruborizaba. Sostuvo la mirada de Luz, tartamudeó y guardó silencio.

La mirada de la joven contenía un elogio, elogio que Lev nunca había merecido, que jamás había soñado con merecer, elogio y júbilo, por lo que se supo confirmado, en ese mismo instante de cólera y discusión se supo plenamente confirmado en sus palabras, su vida, su ser.

He aquí el verdadero núcleo, pensó. Las palabras atravesaron clara y raudamente su cerebro. Aunque no volvió a pensar en ellas, al otro lado de las palabras ya nada fue igual; nada volvería a ser igual. Acababa de coronar las montañas.

Ofreció la mano derecha a Luz con un gesto de apremiante súplica. Él lo percibió, ella lo percibió, ambos percibieron ese gesto inacabado. Súbitamente cohibido, Lev apartó la mano y el gesto quedó sin acabar. Luz se movió bruscamente, se alejó y dijo colérica y desesperada:

—Ay, no entiendo, todo es tan extraño, jamás lo entenderé, tú lo sabes todo y a mí nunca me han enseñado nada… —Parecía reducirse físicamente a medida que hablaba, menuda, airada, rendida—. Ojalá… —Calló.

—Ya llegará, Luz —afirmó Lev—. No necesitas correr hacia ello. Llega, llegará…, te lo prometo.

Luz no preguntó qué le estaba prometiendo, ni Lev podría haber respondido.

Cuando Lev abandonó la casa, el viento lluvioso lo golpeó en pleno rostro y le cortó la respiración. Jadeó y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no a causa del viento. Pensó en la brillante mañana, en el alba plateada y en su gran felicidad de hacía sólo tres días. Hoy todo era gris, no había cielo, la luz era pobre, dominaban la lluvia y el barro. Barro, el nombre del mundo es Barro, pensó y tuvo ganas de reír, pero aún tenía los ojos llenos de lágrimas. Luz había puesto un nuevo nombre al mundo. Aquella mañana en la carretera, pensó, aquello fue la felicidad y esto es…, no supo cómo llamarlo, sólo tenía su nombre: Luz. Todo estaba contenido en esa palabra: el plateado amanecer, el descomunal atardecer llameante sobre la Ciudad hacía

unos años, todo el pasado y todo el porvenir, incluso el trabajo presente, la charla y la planificación, la confrontación y su segura victoria, la victoria de la luz.

—Lo prometo, lo prometo —le susurró al viento—. Toda mi vida, todos los años de mi vida.

Deseó ir más lentamente, detenerse, retener el instante, pero el mismo viento que le azotaba el rostro le obligaba a avanzar. Había tanto que hacer, tan poco tiempo. ¡Más tarde, más tarde! Esa noche podría presentarse la pandilla de Macmilan, era imposible saberlo. Evidentemente habían sospechado que Luz había revelado sus planes y los habían modificado. Hasta que acabaran de elaborar sus propios planes, no había nada que hacer salvo esperar y estar preparados. Todo dependía del hecho que estuvieran atentos. No se desencadenaría el pánico. Tomara la iniciativa la Ciudad o el Arrabal, el Pueblo de la Paz sabría qué hacer, cómo actuar. Siguió avanzando, casi corriendo, para llegar al Arrabal. Era dulce el sabor de la lluvia en sus labios.

Estaba en casa, a última hora de la tarde, cuando llegó el mensaje. Su padre lo trajo del Templo.

—Un individuo de cara marcada, un guardia —comentó Sasha con tono suave y sardónico—. Se acercó a zancadas y preguntó por Shults. Creo que se refería a ti, no a mí.

La nota estaba escrita en el papel grueso y rústico que fabricaban en la Ciudad. Durante unos segundos Lev pensó que Luz había escrito esas palabras rígidas y negras…

Shults: Hoy, al atardecer, estaré en el anillo de la fundición. Traiga a tantos como quiera. Iré solo.

Luis Burnier Falco.

Era una trampa, una trampa descarada. ¿Demasiado descarada? Tenía el tiempo justo para regresar a casa de Vientosur y mostrarle la nota a Luz.

—Si dice que irá solo, irá solo —aseguró la joven.

—Le oíste decir a Macmilan que pensaba tendernos una trampa —intervino Andre.

Luz miró desdeñosa a Andre.

—Aquí aparece su nombre. No firmaría una mentira. Irá solo.

—¿Por qué?

La muchacha se encogió de hombros.

—Acudiré —decidió Lev—. ¡Eso es! ¡Contigo, Andre! Y con todos los que consideres necesario llevar. Pero tendrás que reunirlos deprisa. Sólo queda una hora de luz.

—Sabes que quieren tomarte como rehén —insistió Andre—. ¿Te propones caer en sus manos?

Lev asintió.

—Como un no-sé-qué —respondió y rió—. ¡Dentro…, y fuera! Vamos, Andre, reunamos un grupo. Luz…, ¿quieres venir?

Luz estaba indecisa.

—No —respondió e hizo una mueca de dolor—. No puedo. Tengo miedo.

—Haces bien.

—Debería ir para decirle personalmente que ustedes no me obligan a estar aquí, que lo he elegido. No lo debe creer.

—Lo que hayas elegido y el hecho que él lo crea o no carece realmente de importancia —dijo Andre—. Sigue siendo un pretexto: propiedad de ellos. Luz, será mejor que no vengas. Si vienes, probablemente apelarán a la fuerza para recuperarte.

Luz asintió, pero seguía dudando. Finalmente dijo:

—Debería ir.

Lo expresó tan desesperadamente resuelta que Lev intervino:

—No creo que…

—Tengo que ir —aseguró la muchacha—. No puedo permanecer al margen y dejar que se hable de mí, que me disputen y me manipulen.

—Nadie te manipulará —intervino Lev—. Te perteneces a ti misma. Si lo eliges, ven con nosotros.

Luz asintió.

El anillo de la fundición era el antiguo emplazamiento de un árbol anillado, al sur de la carretera, a medio camino entre el Arrabal y la Ciudad y varios siglos más viejo que cualquiera de los dos. Hacía mucho tiempo que los árboles se habían caído y podrido, dejando únicamente la redonda charca central. Allí se habían erigido las primeras fundiciones de hierro de la Ciudad; también se habían deteriorado cuando cuarenta años atrás encontraron mineral de hierro más rico en las Colinas del Sur. Las chimeneas y la maquinaria habían desaparecido y los viejos talleres —con los tablones podridos y desvencijados, cubiertos de enredaderas y de rosas venenosas— persistían abandonados en la orilla llana de la charca.

Andre y Lev reunieron un grupo de veinte personas a medida que caminaban hacia el anillo de la fundición. Andre les hizo rodear los viejos talleres para asegurarse que ni en el interior ni en la zona trasera se ocultaba un grupo de guardias. Los talleres estaban vacíos y en varios cientos de metros a la redonda no existía ningún sitio en el que pudiera ocultarse un grupo de personas. Era una zona llana, pelada, desolada y de aspecto lamentable en el lado tenebroso de la luz. La llovizna caía sobre el agua redonda y gris, desprotegida e

indefensa, como un ojo abierto y ciego. Falco los esperaba al otro lado de la charca. Lo vieron abandonar un matorral en el que se había protegido de la lluvia y acercarse bordeando la orilla: estaba solo.

Lev se adelantó. Andre lo dejó avanzar pero lo siguió a un par de metros en compañía de Sasha, Martin, Luz y varios más. En guardia, el resto de los arrabaleros se dispersó por la orilla de la charca gris y por la ladera que subía a la carretera.

Falco se detuvo frente a Lev. Estaban en el borde de la charca, donde era más fácil caminar. Entre ambos se interponía un minúsculo y barroso brazo de agua, una entrada poco más ancha que el largo de un brazo humano, con márgenes de fina arena, un buen puerto para el barco de juguete de un niño. Con toda la intensidad de sus percepciones, Lev fue tan consciente de ese fragmento de agua y arena y de un niño que podía jugar allí como de la figura erguida de Falco, de su apuesto rostro que era el de Luz y al tiempo resultaba totalmente distinto, de su chaqueta con cinto oscurecida por la lluvia en las hombreras y las mangas.

Aunque sin duda Falco vio a su hija en el grupo situado detrás de Lev, no la miró ni le dirigió la palabra. Habló con Lev en tono suave y seco, algo difícil de percibir a causa del incesante susurro de la lluvia.

—Como puede ver, he venido solo y sin armas. Hablo exclusivamente en nombre propio, no como Concejal.

Lev asintió. Sintió el deseo de llamar a este hombre por su nombre, nada de *senhor* o Falco, sino por su nombre: Luis. No entendió lo que sentía y permaneció en silencio.

—Quiero que mi hija vuelva a casa.

Con un ademán abierto, Lev dio a entender que Luz estaba a sus espaldas.

—Hable con ella, *senhor* Falco.

—He venido a hablar con usted…, si es que usted habla en nombre de los rebeldes.

—¿Rebeldes? ¿Rebeldes contra qué, *senhor*? Si quiere, cualquiera de nosotros o yo podemos hablar en nombre del Arrabal. Sin embargo, Luz Marina puede hablar por sí misma.

—No he venido a discutir —aclaró Falco. Estaba totalmente contenido, era amable y su rostro estaba rígido. Su quietud y rigidez correspondían a un hombre atormentado—. Escuche, se lanzará un ataque contra el Arrabal. Está enterado. Aunque quisiera, ahora no podría impedirlo, a pesar que lo he postergado. Pero no quiero que mi hija tenga nada que ver con esto. Deseo que quede al margen. Si la envía a casa conmigo, esta misma noche, bajo guardia, le devolveré a la *senhora* Adelson y a los demás rehenes. Si quiere, vendré con ellos, pero permita que entonces mi hija regrese conmigo. Esto sólo es algo entre nosotros. Lo demás, la lucha…, todo se inició con su

desobediencia y ahora ni usted ni yo podemos impedirlo. Es lo único que podemos hacer, intercambiar rehenes y salvarlos.

—*Senhor*, respeto su franqueza…, pero como no le he quitado a Luz Marina, no puedo devolverla.

Mientras Lev hablaba, Luz se puso a su lado, envuelta en el chal negro.

—Padre, si quieres puedes detener a los matones de Macmilan —dijo con voz clara y severa, en un tono que no poseía la moderación con que habían hablado Lev y Falco.

Falco no se inmutó; probablemente no podía cambiar de expresión sin que el rostro se le hiciera añicos. Hubo un prolongado silencio, poblado por el sonido de la lluvia. La luz era densa y sólo brillaba baja y en lontananza, por el oeste.

—Luz, no puedo —dijo Falco con el mismo tono dolorido y sereno —. Herman está…, está decidido a recuperarte.

—Si regreso contigo y Herman se queda sin pretexto, ¿le ordenarás que suspenda el ataque al Arrabal?

Falco permaneció inmóvil. Tragó con dificultad, como si tuviera la garganta reseca. Lev cruzó las manos viendo humillado a aquel hombre cuyo orgullo no soportaba humillación alguna, viendo que su fuerza debía reconocer su impotencia.

—No puedo. Las cosas han ido demasiado lejos. —Falco tragó de nuevo y volvió a intentarlo—. Luz Marina, regresa a casa conmigo. Devolveré inmediatamente a los rehenes. Doy mi palabra. —Miró a Lev y su rostro macilento expresó lo que no era capaz de decir: estaba pidiéndole ayuda.

—¡Devuélvelos! —exclamó Luz—. No tienes derecho a mantenerlos presos.

—Y tú volverás… —No llegó a ser una pregunta.

Luz negó con la cabeza.

—No tienes derecho a mantenerme presa.

—Luz, no estás presa, eres mi hija. —Falco avanzó y la joven dio un paso atrás.

—¡No! —insistió—. *No iré* si me negocias. ¡Jamás regresaré mientras sigas atacando y persiguiendo a la gente! —tartamudeó e intentó encontrar las palabras adecuadas—. ¡Nunca me casaré con Herman Macmilan ni lo miraré, lo detesto! ¡Volveré cuando sea libre de entrar y salir, libre de hacer lo que elija, y mientras él pise Casa Falco, jamás volveré!

—¿Macmilan? —preguntó el padre, que sufría atrozmente—. No estás obligada a casarte con Macmilan… —Calló y, desesperado, paseó la mirada de Luz a Lev—. Vuelve —insistió. La voz le temblaba y luchó por dominarse—. Si puedo, detendré el ataque. Hablaremos…, hablaremos con usted —se dirigió a Lev—. Hablaremos.

—Hablaremos ahora, más tarde, cuando quiera —aceptó Lev—. *Senhor*, es todo lo que pedimos. Sin embargo, no debe pedirle a su hija que cambie su libertad por la de Vera, por su buena voluntad o por nuestra seguridad. Es un error. No puede hacerlo, no lo permitiremos.

Falco volvió a quedarse inmóvil, pero se trataba de otro tipo de quietud: ¿la derrota o su negativa definitiva ante la derrota? Su rostro, pálido y empapado por la lluvia o el sudor, estaba rígido, inexpresivo.

—Entonces no la dejará venir —dijo.

—No iré —apostilló Luz.

Falco asintió una vez, se volvió y se alejó lentamente por la orilla curva de la charca. Pasó junto a los arbustos que se desdibujaban y borraban bajo el crepúsculo y subió por la ladera de suave pendiente que llevaba a la carretera de la Ciudad. Su figura erguida, baja y sombría pronto desapareció de la vista.

9

Una de las criadas llamó a la puerta de Vera, la abrió y dijo con el tono a medias impertinente y a medias tímido que empleaban cuando «cumplían órdenes»:

—¡Por favor, *senhora* Vera, don Luis quiere verla en el gran salón!

—Oh, cielos, oh, cielos. —Vera suspiró—. ¿Sigue de mal humor?

—Espantoso —respondió Teresa, la criada, abandonando de inmediato la actitud de «estoy cumpliendo órdenes» y agachándose para rascar un callo de su pie endurecido, descalzo y rollizo.

A esa altura todas las chicas de Casa Falco consideraban a Vera una amiga, una especie de tía de la buena suerte o hermana mayor; hasta Silvia, la severa cocinera entrada en años, había ido a la habitación de Vera el día después de la desaparición de Luz y hablado del asunto con ella. Evidentemente, no la preocupaba en lo más mínimo buscar palabras tranquilizadoras en boca del enemigo.

—¿Ha visto la cara de Michael? —preguntó Teresa—. Ayer don Luis le aflojó dos dientes porque tardaba en quitarle las botas, gruñía y protestaba, ya sabe cómo trabaja, y don Luis le dio un puntapié con la bota todavía calzada. Ahora Michael está hinchado como un murciélago con saco abdominal, tiene un aspecto rarísimo. Linda dice que ayer por la tarde don Luis fue solo al Arrabal, lo vio Thomas, de Casa Marquez, ascendía por la carretera. ¿Qué cree que ha ocurrido? ¿Cree que pretendía robar y traer de vuelta a la pobre *senhorita* Luz?

—Oh, cielos. —Vera volvió a suspirar—. Será mejor que no lo haga esperar. —Se alisó el pelo y se acomodó la ropa. Siguió hablando con Teresa—: Llevas unos pendientes muy bonitos. ¡Vamos! —Siguió a la muchacha hasta el salón de Casa Falco.

Luis Falco estaba sentado junto a la ventana, contemplando Bahía Songe. La vibrante luz matinal se extendía sobre el mar; las nubes eran grandes y turbulentas, las crestas resplandecían blancas cuando el sol las iluminaba y se oscurecían en los momentos en que el viento amainaba y las nubes más altas impedían el paso de la luz. Falco se puso en pie para recibir a Vera. Su expresión denotaba dureza y gran cansancio. No la miró mientras le hablaba:

—*Senhora*, si tiene aquí algunas pertenencias que desee llevarse, haga el favor de ir a buscarlas.

—No tengo nada —replicó Vera lentamente.

Hasta entonces Falco nunca la había asustado; a decir verdad, durante el mes que había pasado en su casa, había acabado por caerle muy bien, terminó respetándolo. Ahora algo había cambiado en él; no eran el dolor y la rabia visibles y comprensibles desde la huida de Luz; en él se había producido un cambio, no una emoción, sino una

manifestación de destrucción, como la de una persona mortalmente enferma o herida. Vera deseaba contactarse con él, pero no supo cómo hacerlo.

—Don Luis, usted me dio la ropa y lo demás —añadió. Vera sabía que la ropa que ahora vestía había pertenecido a la esposa de Falco; había hecho llevar a su habitación un arcón con prendas, bellas faldas, blusas y chales finamente tejidos, doblados con primor y con hojas de lavanda dulce intercaladas hacía tanto tiempo que el perfume se había evaporado—. ¿Quiere que vaya a ponerme mi ropa? —preguntó.

—No…, sí, claro, si es lo que quiere. Haga lo que prefiera… Por favor, regrese lo antes posible.

Cuando Vera regresó cinco minutos más tarde con su traje de seda blanca de los árboles, Falco estaba nuevamente inmóvil en el asiento de la ventana, contemplando la enorme bahía gris cubierta por las nubes.

Cuando Vera se acercó, Falco volvió a levantarse, pero esta vez tampoco la miró.

—Por favor, *senhora*, acompáñeme.

—¿Adónde? —preguntó Vera sin moverse.

—Al Arrabal —añadió como si hubiera olvidado mencionarlo porque estaba en otra cosa—. Espero que sea posible el reencuentro con los suyos.

—Yo también lo espero. Don Luis, ¿acaso hay algo que lo vuelva imposible?

Falco no replicó. Vera notó que no eludía la pregunta, simplemente el esfuerzo de responder lo superaba. Falco se hizo a un lado para dejarla pasar. Vera contempló el gran salón que tan bien había llegado a conocer y miró el rostro del hombre.

—Don Luis, me gustaría agradecerle su amabilidad para conmigo —dijo con formalidad—. Recordaré la auténtica hospitalidad que convirtió a una prisionera en invitada.

El rostro cansado de Falco no se demudó; meneó la cabeza y esperó a que Vera pasara.

Vera lo adelantó y él la siguió por el vestíbulo hasta la calle. La mujer no había atravesado el umbral desde el día en que la llevaron a la casa.

Esperaba encontrar afuera a Jan, a Hari y a los demás, pero de ellos no había indicios. Una docena de hombres, en los que reconoció a los criados y a la guardia personal de Falco, esperaban agrupados; también divisó a otro conjunto de hombres de edad madura, entre los que figuraban el Concejal Marquez y Cooper —el cuñado de Falco—, así como parte de su séquito: unos treinta en total. Falco les echó un rápido vistazo y a continuación, mecánicamente deferente con Vera y dejando que lo precediera un paso, se puso a caminar por la empinada

calle, haciendo una señal al resto para que lo siguieran.

Mientras caminaban, Vera oyó que el viejo Marquez hablaba con Falco, pero no se enteró de qué decían. Caramarcada —Aníbal— le hizo un ligerísimo guiño mientras avanzaba elegantemente al lado de su hermano. La fuerza del viento y el brillo del sol después de haber pasado tanto tiempo puertas adentro o en el jardín amurallado de la casa, la dejaron perpleja; se sentía insegura al andar, como si hubiera permanecido mucho tiempo enferma en cama.

Delante del Capitolio esperaba un grupo más nutrido, cuarenta hombres, tal vez cincuenta, todos muy jóvenes y vestidos con el mismo tipo de chaqueta, de una gruesa tela marrón negruzca; las hilanderías debieron haber trabajado horas extras para fabricar tanta cantidad de la misma tela, pensó Vera. Como todas las chaquetas tenían cinturón y grandes botones de metal, eran muy parecidas. Todos los hombres portaban látigo y mosquete. Semejaban uno de los murales del interior del Capitolio. Alto y de anchos hombros, Herman Macmilan se adelantó sonriente:

—¡A su servicio, don Luis!

—Buenos días, don Herman. ¿Todo preparado? —preguntó Falco con voz ahogada.

—Todo preparado, *senhor*. ¡Hombres, al Arrabal!

Dio media vuelta y encabezó la columna de hombres Calle del Mar arriba, sin esperar a Falco, que tomó a Vera del brazo y la hizo correr entre los chaquetas oscuras para reunirse con Macmilan en la vanguardia del destacamento. Sus propios seguidores intentaron pisarle los talones. Vera se vio zarandeada entre los hombres, con sus armas y los mangos de los látigos, sus brazos fuertes, sus rostros que la miraban desde arriba, jóvenes y hostiles. La calle era estrecha y Falco se abrió paso por la fuerza, arrastrando consigo a Vera. En cuanto se situó al lado de Macmilan, al frente del destacamento, soltó el brazo de Vera y caminó serenamente, como si en todo momento hubiera ocupado la cabecera.

Macmilan lo miró y sonrió con su proverbial sonrisa fruncida y altanera. Al ver a Vera simuló sorprenderse.

—Don Luis, ¿quién es ésa? ¿Ha traído una dueña?

—¿Se han recibido nuevos informes del Arrabal en la última hora?

—Según el último parte, siguen reuniéndose. Aún no se han puesto en movimiento.

—¿La Guardia de la Ciudad saldrá a nuestro encuentro en el Monumento?

El joven asintió.

—Con algunos refuerzos que Angel reunió. ¡Ya era hora que nos pusiéramos en marcha! Estos hombres han esperado demasiado.

—Son sus hombres; espero que sepa hacerles mantener el orden —puntualizó Falco.

—Están deseosos de entrar en acción —añadió Macmilan con falsa intimidad.

Vera notó que Falco le dirigía una rápida y sombría mirada.

—Escúcheme bien, don Herman. Si sus hombres no aceptan órdenes, si usted no acepta órdenes, nos detenemos aquí mismo y ahora. —Falco paró y la fuerza de su personalidad era tal que Vera, Macmilan y los hombres que iban a la zaga también se detuvieron, como si estuvieran unidos a él con una cuerda.

La sonrisa de Macmilan se había esfumado.

—Concejal, es usted quien está al mando —declaró con un ademán que no lograba encubrir su profundo malestar.

Falco asintió y reanudó la marcha. Vera notó que ahora él era quien daba la pauta.

Al acercarse a los acantilados Vera vio que en lo alto, cerca del Monumento, los esperaba un grupo de hombres aún más numeroso. Cuando llegaron al punto más elevado y pasaron bajo la sombra de la sórdida y espectral astronave, ese destacamento se sumó a la retaguardia de los hombres de Falco y los chaquetas marrones de Macmilan, de modo que en la carretera ahora había más de doscientos hombres de la Ciudad.

¿Qué se proponen?, se preguntó Vera. ¿Se trata del ataque al Arrabal? ¿Por qué me han traído? ¿Qué pretenden? Falco está enloquecido de dolor, Macmilan está enloquecido de envidia y estos hombres, todos estos hombres, tan corpulentos, con sus armas y sus chaquetas y su paso vivo… No puedo seguir este ritmo. ¡Ojalá Hari y los demás estuvieran aquí para ver un rostro humano! ¿Por qué me han traído sólo a mí? ¿Dónde están los demás rehenes? ¿Los han matado? Todos están locos, se huele, huelen a sangre… ¿Saben en el Arrabal lo que estos hombres se proponen? ¿Lo saben? ¿Cómo reaccionarán? ¡Elia! ¡Andre! ¡Mi querido Lev! ¿Qué piensan hacer, qué piensan hacer? ¿Podrán resistir? No puedo seguir este paso, caminan muy rápido, no puedo seguirlos.

Aunque la población del Arrabal y de las aldeas empezó a congregarse a primera hora de la mañana —para la Corta Marcha, como la designó Sasha sin el menor asomo de ironía—, hasta casi mediodía no se puso en camino; como era un grupo multitudinario, torpe y algo caótico a causa de la presencia de muchos niños y de la llegada constante de rezagados que buscaban amigos junto a los que caminar, no se desplazaron rápidamente por la Carretera de la Ciudad.

Por su parte, Falco y Macmilan se habían trasladado velozmente cuando supieron que en la carretera había una gran concentración de

arrabaleros. A mediodía habían sacado sus efectivos a la carretera —el ejército de Macmilan, los Guardias de la Ciudad, los guardaespaldas personales de varios Jefes y un grupo variado de voluntarios— y se movían deprisa.

Ambos grupos se encontraron en la carretera, en la Colina de la Cumbre Pedregosa, más cerca del Arrabal que de la Ciudad. La vanguardia del Pueblo de la Paz coronó la baja cresta de la colina y vio que los hombres de la Ciudad subían por la cuesta. Se detuvieron en el acto. Poseían la ventaja de una altura superior y la desventaja que la mayoría aún se encontraba en el lado oriental de la colina y no podía ver qué ocurría ni ser vista. Elia propuso a Andre y a Lev que retrocedieran un centenar de metros para recibir en un pie de igualdad a la Ciudad en la cumbre de la colina; aunque este repliegue podría interpretarse como condescendencia o debilidad, llegaron a la conclusión que era lo mejor. Valió la pena ver la cara de Herman Macmilan cuando se pavoneó en la cresta de la colina y descubrió lo que le esperaba: alrededor de cuatro mil personas congregadas en la carretera, en toda la ladera de la colina y más atrás, en el llano; niños, mujeres y hombres, la mayor concentración de seres humanos que tuvo lugar en ese mundo. Además, cantaban. El rostro rubicundo de Macmilan perdió el color. Lanzó una orden a sus hombres, los chaquetas marrones, y todos manipularon las armas y las prepararon. Muchos guardias y voluntarios se habían puesto a gritar y a chillar para tapar los cantos y pasó un rato hasta que se logró que guardaran silencio para que los cabecillas de los dos grupos pudieran parlamentar.

Falco había empezado a hablar, pero aún persistía el revuelo y su voz seca no se oía. Lev dio un paso al frente y tomó la palabra. Su voz silenció las demás y resonó jubilosa en el aire plateado y ventoso de la cumbre de la colina.

—¡El Pueblo de la Paz saluda con camaradería a los representantes de la Ciudad! Hemos venido a explicar lo que pretendemos hacer, lo que les pedimos que hagan ustedes y lo que ocurrirá si rechazan nuestras decisiones. ¡Pueblo de Victoria, oigan lo que decimos, ya que aquí están puestas todas nuestras esperanzas! En primer lugar, deben dejar en libertad a los rehenes. En segundo lugar, no habrá más reclutamientos para trabajos forzosos. En tercero, representantes del Arrabal y la Ciudad se reunirán a fin de establecer un acuerdo comercial más equitativo. Por último, el plan del Arrabal para establecer una colonia en el norte proseguirá sin interferencias de la Ciudad, del mismo modo que el plan de la Ciudad para abrir el Valle del Sur a lo largo del Río Molino y crear un asentamiento proseguirá sin interferencias del Arrabal. Todos los habitantes del Arrabal han evaluado y acordado estos cuatro puntos, que no son

susceptibles de negociación. La población del Arrabal advierte a la de la Ciudad que si la Junta no los acepta, toda cooperación en el trabajo, el comercio, la provisión de alimentos, madera, paños, minerales y productos se interrumpirá y no se reanudará a menos que se negocien y se apliquen los cuatro puntos. Esta decisión no está abierta a debate. Bajo ningún concepto emplearemos la violencia con ustedes pero, a menos que se satisfagan nuestras demandas, no cooperaremos de ninguna manera. Tampoco negociaremos ni llegaremos a un acuerdo. Hablo en nombre de la conciencia de mi pueblo. Nos mantendremos firmes.

Rodeada por los corpulentos hombres de chaqueta marrón que sólo le permitían ver hombros, espaldas y culatas de mosquete, Vera estaba temblorosa, todavía sin aliento a causa de la rápida marcha, y luchaba por contener el llanto. La voz clara, valiente, potente y juvenil, que hablaba sin cólera ni incertidumbre, que entonaba las palabras de la razón y la paz, que entonaba el alma de Lev, su propia alma, el alma de todos, el desafío y la esperanza…

—Sin lugar a dudas, no habrá negociación ni pacto —declaró la voz seca y sombría, la voz de Falco—. En eso estamos de acuerdo. Vuestra demostración numérica de fuerza es impresionante. Pero será mejor que todos recuerden que nosotros representamos la ley y que estamos armados. No deseo que haya violencia. Es innecesaria. Son ustedes los que la han impuesto trayendo semejante multitud para encajarnos vuestras demandas. Es intolerable. Si su gente intenta dar un paso más hacia la Ciudad, nuestros hombres recibirán la orden de impedirlo. Recaerá en usted la responsabilidad de toda lesión o muerte. Nos ha obligado a adoptar medidas excepcionales para defender la Comunidad del Hombre de Victoria. No vacilaremos en aplicarlas. De inmediato daré la orden a fin que este gentío se disperse y regrese a sus casas. Si no la acatan en el acto, ordenaré a mis hombres que disparen a discreción. Antes me gustaría intercambiar rehenes, tal como hemos acordado. ¿Están aquí las dos mujeres, Vera Adelson y Luz Marina Falco? Que crucen sanas y salvas la línea que nos separa.

—¡No habíamos acordado ningún intercambio! —exclamó Lev con tono indignado.

Herman Macmilan se había abierto paso entre sus hombres y sujetó a Vera del brazo, como para impedirle escapar o quizá con el propósito de escoltarla. Ese apretón enérgico la sorprendió y la enfureció y, aunque volvió a temblar, no se apartó ni le dirigió la palabra. Ahora veía tanto a Lev como a Falco. Se quedó quieta.

Lev estaba frente a ella, a unos diez metros, en la cumbre llana de la colina. Su rostro se veía extraordinariamente brillante bajo el sol inquieto y parpadeante. Elia estaba a su lado y le hablaba

rápidamente al oído. Lev negó con la cabeza y volvió a mirar a Falco:

—Ni hicimos ni haremos trato alguno. Libere a Vera y a todos los rehenes. Su hija ya está libre. Nosotros no hacemos tratos, ¿está claro? Tampoco prestamos atención a las amenazas.

No se oyó sonido alguno entre los miles de personas desplegadas por la carretera. Aunque no todas podían oír lo que se decía, el silencio se había vuelto contagioso; sólo se percibía, aquí y allá, el débil balbuceo y las protestas de los bebés, molestos por el ardor con que los abrazaban. El viento arreció un instante en la cumbre de la colina. Las nubes se concentraban sobre Bahía Songe, pero aún no ocultaban el sol del mediodía.

Falco seguía sin responder.

Por fin giró bruscamente. Vera vio su rostro, rígido como el hierro. Le hizo gestos, le indicó inequívocamente que se acercara…, que estaba libre. Macmilan soltó el brazo de la mujer. Atónita, Vera dio uno, dos pasos al frente. Buscó con la mirada los ojos de Lev, que sonreía. ¿Es tan fácil la victoria, tan fácil?

La explosión del arma de Macmilan junto a su cabeza la echó hacia atrás, como si hubiera sufrido el impacto del culatazo. Vera perdió el equilibrio, la acometida de los hombres de chaqueta marrón la arrojó de lado y finalmente cayó a gatas. Se oyó un crujido, un chasquido, un rugido y un siseo agudo como el de un gran incendio, pero todo sonaba muy lejos, donde tal vez hubiera un incendio; aquí sólo había hombres que aplastaban, se apiñaban, pisoteaban y tropezaban. Vera gateó y se encogió, intentando ocultarse, pero no había escondite, ya no quedaba nada salvo del siseo del fuego, los pies y las piernas que pisoteaban, los cuerpos apiñados y la tierra mojada y pedregosa.

Reinaba el silencio, pero no era un silencio real. Era un silencio absurdo y carente de significado en el interior de su mente, un silencio en el interior de su oído derecho. Meneó la cabeza para expulsarlo. No había suficiente luz. El sol había desaparecido. Hacía frío, soplaba un viento frío que no emitía sonido alguno. Se estremeció mientras se incorporaba y se abrazó el vientre. Era un lugar absurdo para caerse, para tenderse. Le dio rabia. Su mejor traje de seda de los árboles estaba embarrado y empapado en sangre, pegado a sus pechos y a sus brazos. Un hombre yacía a su lado. No era corpulento. Todos le habían parecido enormes cuando estaban de pie y la rodeaban, pero el hombre caído era bastante delgado y estaba hundido en el suelo como si quisiera formar parte del terreno, semienterrado en el barro. Ya no era un hombre, sólo barro, pelo y una sucia chaqueta marrón. Del hombre que había sido no quedaba ningún rasgo humano. No quedaba nadie. Sentía frío allí sentada y no era el mejor lugar para sentarse;

intentó reptar unos metros. No quedaba nadie que quisiera derribarla pero, de todos modos, no podía incorporarse y andar. A partir de este momento siempre tendría que reptar. Ya nadie podía estar de pie. No había a qué aferrarse. Nadie podría caminar. Ya no. Todos estaban tendidos en el suelo, los pocos que quedaban. Encontró a Lev después de reptar un rato. No estaba tan hundido en el barro y la tierra como el hombre de la chaqueta marrón; su cara estaba presente y los abiertos ojos oscuros miraban hacia el cielo pero no veían. No había luz suficiente. Ya no había luz y el viento no sonaba. Pronto llovería, las nubes estaban cargadas como un tejado. Habían pisoteado una de las manos de Lev, los huesos se habían quebrado y se veían blancos. Se arrastró un poco más hasta un lugar en el que no tenía que ver semejante escena y acarició la otra mano de Lev. Estaba intacta y fría.

—Calma —dijo, intentando encontrar palabras de Consuelo—. Bueno, mi querido Lev, ya estoy aquí. —Apenas oyó las palabras que pronunciaba en medio del silencio—. Lev, pronto todo estará resuelto.

10

—Todo está bien —aseguró Luz—. No se preocupe, todo se solucionará.

Tenía que hablar a gritos y se sentía ridícula repitiendo siempre lo mismo. Pero lo cierto es que funcionaba, al menos por un rato. Vera se recostaba y se calmaba. Sin embargo, poco después intentaba incorporarse de nuevo y, asustada y preocupada, preguntaba qué sucedía. También preguntaba por Lev:

—¿Se encuentra bien? Tenía la mano herida.

Después insistía en que debía regresar a la Ciudad, a Casa Falco. Nunca debió presentarse con esos hombres armados, la culpa era suya por tener tantas ganas de volver a casa. Si volvía a convertirse en rehén, todo mejoraría, ¿no?

—Todo está bien, no se preocupe —repetía Luz a voz en cuello porque Vera tenía el oído lesionado—. Todo se solucionará.

Por la noche la gente se acostaba, por la mañana se levantaba, trabajaba, preparaba la comida y se alimentaba, charlaba: todo seguía su curso. Luz seguía su curso. Por la noche se retiraba a dormir. Era difícil conciliar el sueño y cuando dormía despertaba en la negra oscuridad a causa de una horrible multitud de gente que empujaba y gritaba, pero nada de eso ocurría. Había ocurrido. La habitación estaba a oscuras y en silencio. Había ocurrido, había concluido, pero todo seguía su curso.

El funeral por las diecisiete víctimas se celebró dos días después de la marcha; aunque algunos fueron enterrados en sus aldeas, el encuentro y el oficio en recuerdo de todos tuvieron lugar en el Templo. Luz sintió que no le correspondía asistir y que Andre, Vientosur y los demás se sentirían más cómodos si no los acompañaba. Propuso quedarse con Vera y los arrabaleros aceptaron. Después de pasar largo rato en el profundo silencio de la casa rodeada por los campos azotados por la lluvia, con Vera dormida y Luz separando las semillas de la fibra del árbol de la seda para tener las manos ocupadas, un hombre llamó a la puerta, un hombre menudo y canoso. Al principio Luz no lo reconoció.

—Soy Alexander Shults —dijo—. ¿Vera está dormida? Vamos, no debieron dejarte aquí.

La llevó al Templo, al fin del oficio de difuntos y al cementerio, en medio de la muda procesión que portaba los doce féretros de los muertos del Arrabal. Luz permaneció envuelta en su chal negro, bajo la lluvia, junto a la tumba, al lado del padre de Lev. Le agradeció el gesto, si bien no le dijo nada y él tampoco le dirigió la palabra.

Vientosur y ella trabajaban a diario en el patatal de la arrabalera,

pues era necesario recoger la cosecha; si pasaba unos días más en la tierra húmeda, empezaría a pudrirse. Trabajaban juntas mientras Vera dormía y se turnaban —una iba al campo y la otra se quedaba en la casa— cuando Vera estaba despierta y necesitaba compañía. A menudo aparecía la madre de Vientosur y también Italia, la corpulenta, callada y competente amiga de Vientosur. Andre pasaba una vez al día, aunque también tenía trabajo agrícola y cotidianamente tenía que pasar un rato en el Templo con Elia y los demás. Elia estaba a cargo de todo, era él quien ahora hablaba con los hombres de la Ciudad. Andre les transmitía a Luz y a Vientosur lo que se había hecho y dicho, pero no expresaba su opinión. Luz no sabía si Andre estaba de acuerdo o disentía. Todas las opiniones, convicciones, teorías y principios, todo se había derrumbado, había desaparecido, estaba muerto. El denso y abatido dolor de la multitud que asistió al oficio fúnebre era lo único que quedaba. En la carretera habían muerto diecisiete personas del Arrabal y ocho de la ciudad. Habían muerto en nombre de la paz, pero también habían matado en su nombre. Todo se había derrumbado. Los ojos de Andre estaban oscuros como el carbón. Bromeaba para animar a Vientosur (Luz vio desapasionadamente, tal como ahora lo veía todo, que hacía mucho tiempo que Andre estaba enamorado de Vientosur) y las chicas le celebraban las bromas e intentaban que descansara un rato en su compañía y la de Vera. Por las tardes, Luz y Vientosur trabajaban juntas en el campo. Las patatas eran pequeñas, sólidas y limpias y salían del barro arrastrando su tracería de raíces finamente enmarañadas. Había placer en el trabajo agrícola y casi ninguno en todo lo demás.

De vez en cuando Luz pensaba: «Nada de esto está ocurriendo», porque tenía la impresión que lo que ocurría sólo era una especie de imagen o pantalla, como sombras proyectadas, detrás de la cual se encontraba lo real. Esto era un teatro de marionetas. Al fin y al cabo, resultaba realmente extraño. ¿Qué hacía ella en el campo, a última hora de la tarde, bajo la llovizna neblinosa y sombría, vestida con pantalones remendados, con barro hasta los muslos y los codos, qué hacía recolectando patatas para el Arrabal? Le bastaría con incorporarse y caminar de regreso a casa. La falda azul y la blusa bordada colgarían, limpias y planchadas, en el armario de su cuarto de vestir; Teresa le llevaría agua caliente para darse un baño. Con ese clima, habría grandes leños en la chimenea del extremo oeste del salón de Casa Falco y ardería un buen fuego. Al otro lado del grueso cristal de las ventanas, la tarde se tornaría de un azul cada vez más oscuro por encima de la bahía. Tal vez el doctor se presentara para charlar un rato, en compañía de su amigote Valera, o aparecería el viejo Concejal Di Giulio con la esperanza de jugar una partida de

ajedrez con su padre…

No. Ésas eran las marionetas, pequeñas y brillantes marionetas mentales. No existía ningún otro sitio, sólo el aquí: las patatas, el barro, la suave voz de Vientosur, la cara hinchada y amoratada de Vera, el crujir del jergón en el desván de esta choza del Arrabal en la negra oscuridad y la quietud de la noche. Era extraño, todo estaba mal, pero era lo único que quedaba.

Vera se recuperaba. Joya, la médica, dijo que estaban superadas las consecuencias de la conmoción cerebral; como mínimo, Vera debía pasar una semana más en cama, pero se pondría bien. La mujer mayor dijo que quería hacer algo. Vientosur le dio para hilar una gran cesta con algodón recogido en los árboles silvestres del Valle Rojo.

Elia apareció en la puerta. Las tres mujeres acababan de cenar. Vientosur fregaba los platos, Luz quitaba la mesa y Vera estaba recostada sobre los cojines, anudando una hebra de arranque en el huso. Elia se veía limpio, como las patatitas, pensó Luz, con su cara redonda y firme y sus ojos azules. Su voz sonó inesperadamente grave, pero muy delicada. Se sentó ante la mesa vacía y habló, básicamente con Vera.

—Todo va bien —le dijo—. Todo se resolverá.

Vera apenas pronunció palabra. Aunque el lado izquierdo de su cara aún estaba deformado y magullado en los puntos en que había recibido patadas o porrazos, lo inclinaba hacia delante para oír. Tenía perforado el tímpano derecho. Se irguió apoyada en los cojines, hizo girar el huso y asintió a medida que Elia hablaba. Luz no hizo mucho caso de lo que el hombre decía. Andre ya lo había contado: los rehenes fueron liberados, se establecieron los términos de cooperación entre la Ciudad y el Arrabal y se llegó a un intercambio más justo de herramientas y pescado seco con respecto a los alimentos proporcionados por el Arrabal; ahora estaban analizando un plan para la colonización compartida del Valle del Sur: grupos de trabajo de la Ciudad explorarían el terreno y luego colonos voluntarios del Arrabal se trasladarían a esas tierras para cultivarlas.

—¿Y la colonia del norte? —preguntó Vera con su voz calma y aguda.

Elia se miró las manos y finalmente respondió:

—Fue un sueño.

—Elia, ¿sólo fue un sueño?

El tono de voz de Vera había cambiado. Luz aguzó el oído mientras guardaba los cuencos.

—No —dijo el hombre—. ¡No! Pero hubo demasiadas cosas, demasiado pronto…, demasiado rápido. Vera, demasiadas cosas se pusieron irreflexivamente en juego mediante un acto de abierto desafío.

—¿Habría sido mejor un desafío encubierto?

—No, pero la confrontación fue un error. La cooperación, hablar juntos…, los razonamientos…, *la razón*. Se lo dije a Lev… En todo momento intenté expresar… —Luz notó que los ojos azules de Elia se habían llenado de lágrimas. Guardó los cuencos en el aparador y se sentó junto al hogar—. El Concejal Marquez es un hombre razonable. Si hubiera sido Jefe de la Junta… —Elia se contuvo y Vera permaneció en silencio.

—Andre dice que ahora usted prácticamente sólo habla con Marquez —intervino Luz—. ¿Es el Jefe de la Junta?

—Sí.

—¿Mi padre está en la cárcel?

—Bajo arresto domiciliario; lo llaman así —replicó Elia con suma incomodidad.

Luz asintió y notó que Vera los miraba fijamente.

—¿Don Luis sigue vivo? Pensé… ¿Por qué está arrestado?

La incomodidad de Elia resultaba dolorosa. Luz respondió:

—Por matar a Herman Macmilan.

Vera seguía con la mirada fija y los latidos de su corazón palpitaban en su sien hinchada.

—Yo no lo vi —añadió Luz con voz seca y serena—. Estaba atrás, con Vientosur. Andre se encontraba delante, con Lev y Elia; lo vio todo y me lo contó. Fue después que Macmilan disparara a Lev. Antes que cualquiera de nosotros se diera cuenta de lo que ocurría. Los hombres de Macmilan empezaban a dispararnos. Mi padre arrancó el mosquete de manos de un hombre y lo usó como una porra. Andre dice que no disparó. Supongo que fue difícil averiguarlo después del combate y que la gente se pisoteara, pero Andre dijo que ellos pensaron que el golpe mató a Macmilan. Sea como fuere, ya estaba muerto cuando regresaron.

—Yo también lo vi —reconoció Elia con voz poco clara—. Fue…, supongo que fue eso…, supongo que fue eso lo que impidió que algunos hombres de la Ciudad dispararan, estaban confundidos…

—En ningún momento se dio la orden —acotó Luz—. Los caminantes tuvieron tiempo de avanzar sobre ellos. Andre opina que si mi padre no se hubiera puesto en contra de Macmilan, no habría habido combate. Ellos habrían disparado y los caminantes se habrían dispersado.

—Tampoco habríamos traicionado nuestros principios —intervino Vientosur con voz clara y firme—. Es posible que los hombres de la Ciudad no hubieran disparado en defensa propia si no nos hubiéramos abalanzado sobre ellos.

—¿Y entonces sólo Lev habría muerto? —preguntó Luz con tono igualmente claro—. Vientosur, Macmilan habría dado la orden de

disparar. Él lo empezó todo. Si los caminantes se hubieran dispersado antes, tal vez no habrían muerto tantos. Y ningún hombre de la Ciudad habría perdido la vida a golpes. Vuestros principios seguirían incólumes. Pero Lev estaría muerto y Macmilan seguiría vivo.

Elia la contemplaba con una expresión que Luz nunca le había visto; no atinaba a darle significado: tal vez era aborrecimiento…, o miedo.

—¿Por qué? —preguntó Vera con un susurro lastimero y seco.

—¡No lo sé! —exclamó Luz y como se sentía tan aliviada por hablar de esas cosas, por mencionarlas en lugar de encubrirlas y asegurar que todo estaba bien, rió—. ¿Comprendo acaso lo que mi padre hace, piensa o es? Tal vez se volvió loco. Eso le dijo el viejo Marquez a Andre la semana pasada. Sé que si hubiera estado en su lugar, yo también habría matado a Macmilan. Pero eso no explica por qué *él* lo hizo. No existe explicación. Lo más fácil es decir que se volvió loco. Vientosur, ésa es la problema de tus ideas, de tu gente. Todo es verdad, correcto y válido, la violencia no logra nada, el asesinato no logra nada…, pero a veces nada es lo que la gente quiere. Lo que quieren es la muerte. Y la consiguen.

Se hizo el silencio.

—El Concejal Falco captó el desatino del acto de Macmilan —agregó Elia—. Intentaba impedir…

—No, nada de eso —insistió Luz—. No intentaba impedir más disparos, más muertes, ni estaba de vuestro lado. *Senhor* Elia, ¿no tiene en la cabeza algo más que la razón? Mi padre mató a Macmilan por la misma «razón» por la que Lev desafió a hombres armados y acabó muerto. Porque era un hombre y eso es lo que hacen los hombres. Las razones llegan más tarde.

Elia tenía las manos cruzadas; estaba tan pálido que sus ojos azules destacaban anormalmente. Miró a Luz a la cara y preguntó con amabilidad:

—Luz Marina, ¿por qué te quedas aquí?

—¿Adónde puedo ir? —inquirió casi burlona.

—Con tu padre.

—Sí, es lo que hacen las mujeres…

—Tu padre está en un apuro, ha caído en desgracia, te necesita.

—Y ustedes no.

—Sí, claro que te necesitamos —intervino Vera desesperada—. Elia, ¿tú también te has vuelto loco? ¿Quieres echarla?

—Es por ella… Si no hubiera venido, Lev… Fue culpa de ella… —Elia estaba al borde de una emoción que no podía dominar, su voz se tornaba aguda y sus ojos se desorbitaban—. ¡Fue culpa suya!

—¿Qué dices? —susurró Vera.

—¡No es culpa de ella! ¡Nada es culpa de ella! —declaró

impetuosamente Vientosur.

Luz permaneció en silencio.

Tembloroso, Elia se tapó la cara con las manos. Durante largo rato nadie pronunció palabra.

—Lo siento —se disculpó el hombre y alzó la mirada. Tenía los ojos secos y brillantes y movía extrañamente la boca al hablar—. Luz Marina, te ruego que me perdones. Lo que he dicho carece de sentido. Viniste a nosotros, eres bienvenida aquí, en nuestro seno. Quedo…, quedo muy agotado intentando descubrir lo que debemos hacer, lo que está bien…, es muy difícil saber qué está bien… —Las tres mujeres guardaron silencio—. Transijo, es verdad, transijo con Marquez, ¿qué otra cosa puedo hacer? Después dicen ustedes que Elia traiciona nuestros ideales, que nos condena a la esclavitud definitiva con relación a la Ciudad, que pierde todo aquello por lo que luchamos. ¿Qué quieren? ¿Más muertes? ¿Quieren otra confrontación, ver cómo vuelven a disparar contra el Pueblo de la Paz, combates, palizas…, ver nuevamente cómo mueren a golpes los hombres…, nosotros, los que…, los que creemos en la paz, en la no violencia…?

—Elia, nadie dice eso de ti —puntualizó Vera.

—Tenemos que avanzar lentamente. Debemos ser razonables. No podemos hacerlo todo a la vez, irreflexiva y violentamente. ¡No es fácil…, no es nada fácil!

—No —reconoció Vera—. No es nada fácil.

—Llegamos de todo el mundo —dijo el anciano—. La gente se trasladó desde las grandes ciudades y de las pequeñas aldeas. Cuando la Marcha comenzó en la Ciudad de Moskva eran cuatro mil y cuando llegaron a las fronteras del lugar llamado Rusia, sumaban siete mil. Caminaron por el extenso territorio llamado Europa y constantemente cientos y cientos de personas se incorporaban a la Marcha, familias y almas individuales, jóvenes y viejos. Procedían de las poblaciones cercanas, de grandes tierras allende los mares, India, África. Todos llevaban lo que podían en alimentos y en precioso dinero para comprar alimentos, ya que tal cantidad de caminantes siempre necesitaba alimentos. La gente de los pueblos se detenía a la vera de las carreteras para ver pasar a los caminantes y a veces los niños se acercaban para regalarles alimentos o precioso dinero. Los ejércitos de las grandes naciones también se detenían a la vera de los caminos, miraban, protegían a los caminantes y comprobaban que éstos, al ser tantos, no dañaran los campos, los árboles y las villas. Los caminantes cantaban, a veces los ejércitos cantaban con ellos y, en ocasiones, los soldados abandonaban sus armas y se sumaban a la Marcha en la oscuridad de la noche. Caminaban y caminaban. Por la noche acampaban y, como eran tantos, parecía que en un santiamén nacía una gran ciudad en los campos sin límite. Caminaron, caminaron y

caminaron por los campos de Francia y por los de Alemania, cruzaron las altas montañas de España, caminaron semanas y meses, entonando las canciones de la paz, y por fin llegaron, en número de diez mil, al fin de la tierra y el principio del mar, a Ciudad Lisboa, donde les habían prometido los barcos. Y los barcos esperaban en el puerto.

»Así fue la Larga Marcha. ¡Pero la travesía no había terminado! Se acercaron a los barcos para partir rumbo a la Tierra Libre, donde serían bien recibidos. Pero ahora eran demasiados. Los barcos sólo podían trasladar a dos mil y ellos habían crecido a medida que caminaban, ahora eran diez mil. ¿Qué podían hacer? Se apiñaron y volvieron a apiñarse; construyeron más literas, acumularon diez en cada camarote de las grandes naves, estancia diseñada para contener dos. Los propietarios de los barcos dijeron: *Alto, no pueden ustedes seguir atiborrando los barcos, no hay agua suficiente para la larga travesía, no pueden subir todos*. Por eso compraron embarcaciones: pesqueros, veleros y motoras. Algunas personas, gente rica e importante, con barco propio, se acercaron y dijeron: *Usen mi embarcación, trasladaré cincuenta almas hasta la Tierra Libre*. Llegaron pescadores de la ciudad llamada Inglaterra y dijeron: *Usen mi barco, tomaré cincuenta almas*. A algunos les asustaba cruzar un mar tan extenso en embarcaciones tan pequeñas; en ese momento otros volvieron a casa y abandonaron la Larga Marcha. Pero como siempre había gente nueva que se sumaba, fueron cada vez más. Por fin todos zarparon del puerto de Lisboa, sonó la música, las cintas volaban al viento y toda la gente de los grandes barcos y las pequeñas embarcaciones partió a un tiempo, cantando.

»No podían navegar juntos. Los barcos eran veloces y las embarcaciones, lentas. Ocho días más tarde las grandes naves atracaron en el puerto de Montral, en las tierras de Canamérica. Las embarcaciones llegaron después, desperdigadas por el océano, con unos días, con unas semanas de retraso. Mis padres viajaban en una de las embarcaciones, una bella y blanca nave llamada *Anita*, que una noble dama había prestado al Pueblo de la Paz para que pudiera viajar hasta la Tierra Libre. En esa nave iban cuarenta personas. Mi madre solía decir que aquellos habían sido buenos tiempos. El clima era benigno, se sentaban en cubierta bajo el sol y planeaban cómo erigirían la Ciudad de la Paz en la tierra prometida, la tierra entre las montañas, en la zona septentrional de Canamérica.

»Cuando llegaron a Montral, fueron recibidos por hombres armados que los pescaron y los encarcelaron. Allí estaban todos, los que habían viajado en los grandes barcos, todo el pueblo esperaba en los campamentos para prisioneros.

»Los gobernantes de esa región afirmaron que eran demasiados. Tendrían que haber sido dos mil y eran diez mil. No había tierra ni

espacio para tantos. Eran tantos que resultaban peligrosos. De todos los confines de la Tierra llegaba gente que se sumaba a ellos, acampaba a las puertas de la ciudad y de los campamentos para prisioneros y entonaba las canciones de la paz. Hasta de Brasil llegaban; habían emprendido su Larga Marcha hacia el norte a lo largo de los grandes continentes. Los gobernantes de Canamérica se asustaron. Dijeron que era imposible mantener el orden y dar de comer a tantos. Dijeron que se trataba de una invasión. Dijeron que la Paz era una mentira, que de verdad no tenía nada, pero eran ellos los que no la entendían ni la querían. Dijeron que su pueblo los abandonaba y se sumaba a la Paz y que no podían permitirlo porque todos debían combatir en la Larga Guerra con la República, que se libraba desde hacía veinte años. ¡Dijeron que el Pueblo de la Paz estaba formado por traidores y por espías de la República! Así fue como nos encerraron en los campamentos para prisioneros en lugar de entregarnos la tierra entre las montañas, la tierra prometida. Ahí nací yo, en el campo para prisioneros de Montral.

»Finalmente los gobernantes dijeron: *De acuerdo, cumpliremos nuestra promesa, les daremos tierra en la que vivir, pero en la Tierra no hay espacio para ustedes. Les entregaremos la nave construida hace mucho tiempo en Brasil para expulsar a ladrones y asesinos. Construyeron tres naves, enviaron dos al mundo llamado Victoria y la tercera no llegaron a utilizarla porque cambiaron las leyes. Nadie quiere esa nave porque sólo puede realizar un viaje: no puede retornar a la Tierra. Brasil nos la ha regalado. Dos mil de ustedes viajarán en ella, es el máximo que puede albergar. Los demás deben encontrar el modo de regresar a vuestra tierra cruzando el océano, de retornar a Rusia la Negra, o vivir aquí, en los campos para prisioneros, fabricando armas para la Guerra contra la República. Vuestros cabecillas viajarán en la nave: Mehta y Adelson, Kaminskaya, Wicewska y Shults; no aceptaremos a estos hombres y mujeres en la Tierra porque no aman la Guerra. Deberán llevarse la Paz a otro mundo*.

»Los dos mil fueron elegidos al azar. La elección fue terrible, aquél fue el más amargo de los días. Para los que se iban aún quedaban esperanzas, pero el riesgo era muy elevado: ¿lograrían atravesar las galaxias sin piloto y llegar a un mundo ignoto para no regresar jamás? Y para los que tenían que quedarse, ya no quedaba esperanza alguna. En la Tierra no quedaba sitio alguno para la Paz.

»Se hizo la elección, se derramaron lágrimas y la nave partió. Para esos dos mil, para sus hijos y los hijos de sus hijos, la Larga Marcha ha concluido. Aquí mismo, en el lugar al que llamamos el Arrabal, en los valles de Victoria. Pero no olvidamos la Larga Marcha, la gran travesía y a los que dejamos atrás, con los brazos extendidos hacia nosotros. No olvidamos la Tierra.

Los niños escuchaban, caras blancas y morenas, pelos negros y castaños; ojos vivaces y ojos adormilados; gozaban del relato, los conmovía, los aburría… Pese a que algunos eran muy pequeños, todos conocían esa historia. Para ellos formaba parte del mundo. Sólo era nueva para Luz.

Un centenar de preguntas, demasiadas, revoloteaban en su mente. Dejó que los niños hicieran preguntas.

—¿Amistad es negra porque su abuela procedía de Rusia la Negra?

—¡Háblanos de la astronave! ¡Cuéntanos cómo durmieron en la nave!

—¡Háblanos de los animales de la Tierra!

Hacían algunas preguntas por ella porque querían que Luz, la forastera, la chica grande que no estaba enterada, conociera sus fragmentos preferidos sobre la saga de su pueblo.

—¡Háblale a Luz de los aeroplanos voladores! —exclamó una mocosa, presa de gran agitación. Se volvió hacia Luz y comenzó a desgranar la historia que le había oído contar al anciano—. Sus padres estaban en la embarcación, en medio del mar, y una nave voladora los superó por el aire, estalló, cayó al agua y se rompió en mil pedazos y ésa fue la República y ellos la vieron. Intentaron rescatar a la gente del agua, pero no había nadie, el mar estaba envenenado y tuvieron que seguir adelante…

—¡Háblale de las personas que llegaron desde Afferca! —reclamó un niño.

Hari estaba cansado y dijo:

—Ya está bien. Cantemos una canción de la Larga Marcha. ¿Meria?

Una chica de doce años se levantó sonriente y miró a sus compañeros.

—Oh, cuando arribemos… —tarareó con voz tierna y resonante.

Los otros chicos se sumaron al cántico.

> Oh, cuando arribemos,
> oh, cuando arribemos a Lisboa,
> las blancas naves estarán esperando,
> oh, cuando arribemos…

Cargadas y con los bordes mellados, las nubes se desplazaban sobre el río y las colinas norteñas. Hacia el sur se extendía, plateado y remoto, un fragmento de la bahía. Las gotas de la última lluvia caían pesadas y se deslizaban por las hojas de los grandes árboles del algodón en la cumbre de esta colina que se alzaba al este de la casa de Vientosur; no se oía ningún otro sonido. Era un mundo silente, un

mundo gris. Luz estaba sola bajo los árboles y contemplaba la tierra pelada. Hacía mucho tiempo que no estaba sola. Cuando partió hacia la colina no sabía adónde iba ni qué buscaba. Este lugar, este silencio, esta soledad. Los pies la habían encaminado hacia sí misma.

El suelo estaba embarrado y la maleza cargada de humedad, pero el poncho que Italia le había prestado era grueso; se sentó en el mantillo mullido que rodeaba los árboles y, abrazándose las rodillas por debajo del poncho, permaneció inmóvil, mirando hacia poniente por encima del meandro del río. Mantuvo largo rato esa posición, sin ver más que la tierra inmóvil, las nubes y el río que fluían lentamente.

Sola, sola. Estaba sola. No había tenido tiempo de saber que estaba sola mientras trabajaba con Vientosur, cuidaba de Vera, charlaba con Andre y se incorporaba gradualmente a la vida del Arrabal; mientras ayudaba a organizar la nueva escuela del Arrabal porque a partir de ahora la de la Ciudad estaba vedada a los arrabaleros; mientras acudía como invitada a esta casa y a aquella, con esta familia y con la otra; mientras se sentía acogida, bien recibida porque eran gentes amables, que nada sabían de resentimientos ni desconfianzas. Sólo por la noche, acostada a oscuras en el jergón del desván, la soledad se le había presentado con su rostro blanco e implacable. Entonces había tenido miedo. ¿Qué debo hacer?, había gritado mentalmente y, dándose la vuelta para escapar del enconado rostro de su soledad, se había refugiado en la fatiga y el sueño.

Ahora se presentó caminando etéreamente por la cumbre gris de la colina. Ahora su rostro era el de Lev. Luz no sintió el menor deseo de apartar la mirada.

Había llegado la hora de mirar lo que había perdido. La hora de mirarlo y de verlo todo. El atardecer primaveral sobre los tejados de la Ciudad, hacía tanto tiempo, y el rostro de Lev encendido por aquella gloria: «Salta a la vista…, podrías ver cómo debería ser, cómo es…». El atardecer en la casa de Vientosur y su rostro, sus ojos: «Vivir y morir en nombre del espíritu…». El viento y la luz en la Colina de la Cumbre Pedregosa y su voz. Y lo demás, todo lo demás, todos los días, luces, vientos y años que habrían sido y que no serían, que debían ser y no eran porque había muerto. Abatido en la carretera, al viento, a los veintiuno. Con sus montañas sin coronar y para no coronarlas jamás.

Luz pensó que si el espíritu perduraba en el mundo, ahora se había ido hacia allá: al norte del valle que Lev había descubierto, a las montañas de las que le había hablado la noche anterior a la marcha sobre la Ciudad, a las que se había referido con tanta alegría y ternura. «Luz, son más altas de lo que puedes imaginar, más altas y más blancas. Miras hacia a lo alto, vuelves a mirar más arriba y aún hay cumbres por encima de las cumbres.»

Ahora estaba allá, no aquí. Luz contemplaba su propia soledad, aunque tuviera el rostro de Lev.

—Sigue adelante, Lev —susurró—. Sigue hacia las montañas, sube más y más…

¿Adónde iré yo? ¿Adónde iré yo, que estoy sola?

Sin Lev, sin la madre que no llegué a conocer y el padre que ya no podré conocer, sin mi casa y mi Ciudad, sin amigos… Oh, sí, amigos, sí, Vera, Vientosur, Andre, los demás, toda la gente amable, pero no son los míos. Sólo Lev, sólo Lev lo era y no podía quedarse, no quiso esperar, tenía que coronar su montaña y postergar la vida. Él era mi destino, mi suerte. Y yo la suya. Pero no quiso verlo, no pudo detenerse a mirar. Lo arrojó todo por la borda.

Por eso ahora me detengo aquí, entre los valles, bajo los árboles, y tengo que mirar. Lo que veo es a Lev muerto y perdida su esperanza; a mi padre convertido en asesino y desquiciado; y a mí misma, traidora a la Ciudad y forastera en el Arrabal.

¿Queda algo?

Queda el resto del mundo. Este río, las colinas y la luz sobre la bahía. Queda el resto de este mundo vivo y silencioso, pero sin gente. Y yo estoy sola.

Mientras bajaba por la colina, Luz vio que Andre salía de casa de Vientosur y se detenía en la puerta a hablar con Vera. Se llamaron a través de los campos en barbecho y Andre la esperó en el recodo del sendero que conducía al Arrabal.

—Luz, ¿dónde estabas? —preguntó con su estilo preocupado y tímido.

A diferencia de los otros, Andre nunca intentaba incluirla; simplemente, estaba presente, confiable. Desde la muerte de Lev no había tenido alegrías, sino muchas preocupaciones. Ahora la esperaba, fuerte y cargado de hombros, agobiado, paciente.

—En ninguna parte —respondió verazmente—. He estado caminando, pensando. Andre, quiero preguntarte algo. Nunca lo planteo delante de Vera porque no deseo alterarla. ¿Qué sucederá ahora entre la Ciudad y el Arrabal? No sé lo suficiente para entender lo que dice Elia. ¿Todo seguirá…, como antes?

Después de una prolongada pausa, Andre asintió. Su rostro oscuro, con las mejillas salientes como madera tallada, estaba tenso.

—O empeorará —habló. Deseoso de ser ecuánime con Elia, añadió—: Algunas cosas han mejorado. El acuerdo comercial…, si lo cumplen. Y la expansión hacia el Valle del Sur. No habrá trabajos forzados, «propiedades» ni ninguna de esas cosas. Soy optimista en este aspecto. Es posible que, para variar, trabajemos codo a codo.

—¿Irás?

—No lo sé. Supongo que sí. Debería ir.

—¿Y la colonia del norte, el valle y las montañas que ustedes descubrieron? —Andre la miró y meneó la cabeza—. ¿No hay ninguna posibilidad?

—Sólo si nos trasladáramos como servidumbre de la Ciudad.

—¿Marquez no acepta que ustedes vayan solos, sin gente de la Ciudad? —Andre volvió a negar con la cabeza—. ¿Qué ocurriría si ustedes se fueran pase lo que pase?

—¿Con qué crees que sueño todas las noches? —preguntó y por primera vez su tono fue ácido—. Sueño con el valle del norte después de estar con Elia, Joya, Sam, Marquez y la Junta hablando de hacer transacciones, cooperar, ser razonables. Pero si nos fuéramos nos seguirían.

—Vayan a donde no puedan seguirlos.

—¿Adónde? —preguntó Andre, recobrado su tono paciente, sardónico y triste.

—¡A cualquier parte! Más al este, entre los bosques. O al sudeste. O al sur, costa abajo, más allá de donde van los pescadores… ¡Tienen que existir otras bahías, otros emplazamientos! Éste es todo un continente, un mundo completo. ¿Por qué tenemos que seguir aquí, amontonados, destrozándonos los unos a los otros? Tú, Lev y los demás han estado en la inmensidad, sabes cómo es…

—Sí, lo sé.

—Pero regresaron. ¿Por qué regresaron? ¿Por qué la gente no puede irse, unos pocos a la vez, irse simplemente, por la noche, y seguir adelante? Tal vez unos pocos podrían formar una avanzadilla y crear escalas con provisiones. Pero no pueden dejar huellas, ninguna. Se van y ya está. ¡Lejos! Y cuando hayan recorrido cien, quinientos o mil kilómetros, cuando encuentren un buen sitio, hacen un alto en el camino y crean una colonia. Un lugar nuevo. Solos.

—No es posible… Luz, eso divide a la comunidad —explicó Andre —. Sería como… huir.

—¡Vaya! —exclamó Luz y sus ojos ardieron de furia—. ¡Huir! ¡Caes en la trampa de Marquez en el Valle del Sur y a eso lo llamas una situación firme! Hablas de elección y de libertad… El mundo, el mundo entero está para que lo vivas y seas libre, ¡pero lo otro sería huir! ¿De qué? ¿Hacia qué? Tal vez no podemos ser libres, quizás la gente siempre va consigo, pero al menos puede intentarlo. ¿Para qué sirvió vuestra Larga Marcha? ¿Qué te hace pensar que alguna vez concluyó?

11

Vera pretendía permanecer despierta para despedirlos, pero se había dormido junto al fuego y la suave llamada a la puerta no la despertó. Luz y Vientosur se miraron y ésta meneó la cabeza. Luz se arrodilló y deprisa, procurando hacer el menor ruido posible, depositó un trozo de turba detrás de las brasas para que la casa se mantuviera caldeada durante la noche. Estorbada por el grueso abrigo y la mochila, Vientosur se agachó y rozó la cabellera gris de Vera con los labios. Luego miró la casa —una mirada apresurada y perpleja— y salió. Luz la siguió.

Era una noche nublada, pero seca y muy oscura. El frío arrancó a Luz del largo trance de la espera y contuvo el aliento. Había varias personas a su alrededor, un puñado de voces quedas en la oscuridad.

—¿Están las dos? Entonces, adelante.

Partieron rodeando la casa y atravesaron el patatal hacia la loma baja que se extendía detrás, al este. Cuando los ojos de Luz se adaptaron a la oscuridad, descubrió que a su lado caminaba Sasha, el padre de Lev. El hombre percibió su mirada en la negrura y preguntó:

—¿Qué tal la mochila?

—Está bien —respondió en un murmullo apenas audible.

No debían hablar, no debían producir el menor ruido, pensó Luz, todavía no, no hasta que salieran del asentamiento, hasta que superaran la última aldea y la última granja y cruzaran el Río Molino: un camino largo. Debían moverse deprisa, en silencio y sin detenerse. ¡Oh, Dios, Señor, por favor, que no nos detengan!

—La mía está fabricada con lingotes de hierro o con pecados no perdonados —susurró Sasha y siguieron adelante en silencio, una docena de sombras en la penumbra del mundo.

Aún era de noche cuando llegaron al Río Molino, pocos kilómetros al sur del punto donde se unía con el Songe. La canoa los esperaba y Andre y Grapa estaban junto a ella. Hari cruzó a remo a los seis primeros y a continuación a los otros seis. Luz iba en el segundo grupo. Al aproximarse a la orilla oriental, la sólida negrura del mundo nocturno se tornaba insustancial, un velo de luz difuminaba el entorno, la bruma se espesaba sobre el agua. Temblorosa, Luz pisó la orilla lejana. A solas en la canoa, que Andre y los otros habían vuelto a desatracar, Hari los despidió discretamente:

—¡Buena suerte, buena suerte! ¡Que la paz les acompañe!

La canoa se perdió en la bruma como un fantasma y los doce se quedaron en la arena espectral y difusa.

—Por aquí arriba —surgió la voz de Andre de la niebla y la palidez—. Nos están esperando para desayunar.

Formaban el último y más reducido de los tres grupos que partieron, uno por noche. Los otros esperaban más lejos, entre las escarpadas colinas del este del Molino, territorio que sólo hollaban los tramperos. En fila india, detrás de Andre y Grapa, abandonaron la orilla del río y partieron a tierras ignotas.

Llevaba horas y horas, paso tras paso, pensando que en cuanto hiciera un alto se dejaría caer sobre la tierra, el barro o la arena, se hundiría y no volvería a moverse hasta la mañana. Pero cuando hicieron un alto vio que Martin y Andre discutían en la primera fila y siguió adelante, paso tras paso, hasta alcanzarlos; ni siquiera entonces se hundió, sino que siguió de pie para oír lo que decían.

—Martin opina que la brújula no funciona correctamente —dijo Andre.

Con expresión vacilante, le ofreció el instrumento a Luz, como si de un vistazo ella fuera capaz de evaluar su precisión. Lo que Luz vio fue su delicadeza, la caja de madera lustrada, la anilla de oro, el cristal, la aguja frágil y bruñida que titubeaba entre los puntos delicadamente grabados: Es algo maravilloso, milagroso, improbable, pensó. Martin miraba la brújula desaprobadoramente y dijo:

—Estoy seguro que se desvía al este. En aquellas colinas debe haber masas de mineral de hierro que la desvían. —Inclinó la cabeza hacia el este.

Hacía un día y medio que avanzaban por un territorio extraño y cubierto de maleza que no ofrecía árboles anillados ni árboles del algodón, sino una broza rala y enmarañada que no superaba los dos metros de altura; no era bosque ni terreno abierto y casi nunca se divisaba una extensa panorámica. Pero sabían que hacia el este, a su izquierda, continuaba la hilera de elevadas colinas que por primera vez habían visto seis días atrás. Cada vez que coronaban una elevación de las tierras cubiertas de maleza veían el perfil rocoso y de color rojo oscuro de las cumbres.

—Bueno, ¿es muy importante? —preguntó Luz y oyó por primera vez su voz desde hacía muchas horas.

Andre se mordió el labro inferior. Parecía agotado y sus ojos estaban casi cerrados y exánimes.

—Para seguir adelante, no. Siempre y cuando veamos el sol o, por la noche, las estrellas. Pero para trazar el mapa…

—Podríamos girar de nuevo al este y atravesar esas colinas. No se han vuelto más bajas —opinó Martin.

Como era más joven que Andre, a Martin no se lo veía tan cansado. Era uno de los pilares del grupo. Luz se sentía cómoda con él; se parecía a un hombre de la Ciudad, corpulento, moreno, musculoso, bastante lacónico y sombrío; hasta su nombre era corriente en la

Ciudad. Pese a la reconfortante fortaleza de Martin, fue a Andre a quien Luz dirigió la pregunta:

—¿Todavía no podemos señalar el camino?

Poco dispuestos a dejar huellas que pudieran seguirse, habían intentado trazar el mapa de su recorrido. Un par de años después, unos pocos mensajeros podrían llevar el mapa al Arrabal a fin de guiar al segundo grupo hasta la nueva colonia. Ése era el único motivo explícito para su confección. Andre, el cartógrafo del viaje al norte, estaba a cargo del trazado y esa responsabilidad le pesaba como una lápida ya que el propósito implícito del mapa siempre ocupaba sus mentes. Era su único vínculo con el Arrabal, con la humanidad, con su pasado; la única certeza de no estarse perdiendo en la inmensidad, sin propósito, sin objetivo y, puesto que no podían jalonar el camino, sin esperanza de retorno.

En ciertos momentos Luz se aferraba a la idea del mapa y en otros se impacientaba. Martin estaba muy interesado, pero su máxima preocupación consistía en cubrir las huellas. Italia comentó que Martin se inquietaba cada vez que alguien pisaba una rama y la rompía. En los diez días de travesía habían dejado tan pocas huellas de su paso como las que pueden dejar sesenta y siete personas.

Martin meneaba la cabeza ante la pregunta de Luz.

—La elección de nuestra dirección ha estado clara desde el principio: el camino más fácil.

Andre sonrió. Fue una sonrisa agrietada y seca, como una grieta en la corteza de un árbol, que entrecerró sus ojos hasta convertirlos en dos grietas aún más pequeñas. Ésa era la razón por la que a Luz le gustaba estar con Andre, sacaba fuerzas de él, esa sonrisa paciente y graciosa, como si un árbol sonriera.

—¡Martin, evaluemos las opciones! —exclamó Andre.

Luz vio lo que el hombre imaginaba: un destacamento de hombres de la Ciudad, los matones de Macmilan con armas, látigos, botas y demás pertrechos, de pie en los acantilados del Songe, mirando hacia el norte, hacia el este y hacia el sur, contemplando la enorme inmensidad gris, teñida con anillo de óxido, ascendente y descendente, oscurecida por la lluvia, interminable y sin pistas ni voces, e intentando adivinar cuál de los cien rumbos posibles habían escogido los fugitivos.

—De acuerdo, crucemos las colinas —dijo Luz.

—Ascender no será mucho más duro que arrastrarnos entre los matorrales —opinó Andre.

Martin asintió y preguntó:

—¿En este punto volvemos a torcer hacia el este?

—Da lo mismo aquí que en cualquier otra parte —replicó Andre y sacó, a fin de tomar notas, su apunte cartográfico sucio y con las

esquinas dobladas.

—¿Ahora? —quiso saber Luz—. ¿No acampamos?

Generalmente no acampaban hasta la caída del sol, pero hoy habían recorrido un largo trecho. Luz miró las malezas espinosas y broncíneas que le llegaban a los hombros y que crecían a una distancia de uno o dos metros entre sí, por lo que millones de senderos serpenteantes que no conducían a ningún sitio se abrían entre y alrededor de las matas. Sólo divisaba a unos pocos integrantes del contingente; la mayoría se había sentado a descansar en cuanto se dio la voz de alto. Cubría sus cabezas un cielo gris plomizo, monótono, con una única nube uniforme. Hacía dos noches que no llovía, pero cada hora que pasaba la temperatura descendía un poco.

—Recorramos unos kilómetros más y llegaremos al pie de las colinas —propuso Andre—. Puede que allí encontremos refugio y agua.

Miró inquisitivo a Luz y esperó a que diera su opinión. Andre, Martin, Italia y los otros pioneros solían apelar a ella y a un par de mujeres mayores en tanto representantes de los débiles, los que no podían seguir el ritmo que habrían fijado los más resistentes. A Luz no le molestaba. Todos los días caminaba hasta el límite de su resistencia o lo superaba. Las tres primeras jornadas, cuando se habían apresurado por temor a la persecución, la dejaron agotada y, a pesar que ella iba desarrollando fuerzas, no logró compensar esa pérdida inicial. Lo aceptaba y dirigía todo su resentimiento contra la mochila, esa carga monstruosa e irascible, que doblaba las rodillas y destrozaba el cuello. ¡Si no hubieran tenido que acarrear de todo! No podían llevar carretas sin abrir o dejar huellas. Sesenta y siete personas no podían vivir de la inmensidad mientras se trasladaban ni asentarse sin herramientas, aunque no fuera fin de otoño y estuviera a punto de empezar el invierno…

—Unos kilómetros más —repitió.

Siempre se sorprendía al decir esas cosas. «Unos kilómetros más», como si no supusieran ningún esfuerzo, cuando desde hacía seis horas anhelaba, soñaba con sentarse, simplemente con sentarse, sólo con sentarse un minuto, un mes, un año. Pero ahora que habían hablado de torcer nuevamente hacia el este, supo que también anhelaba abandonar ese monótono laberinto de maleza espinosa e internarse en las colinas, donde quizás se pudiera ver en lontananza.

—Unos minutos de descanso —añadió, se sentó, se quitó las correas de la mochila y se frotó los hombros doloridos.

Andre la imitó al instante. Martin fue a hablar con otros pioneros para comentar el cambio de rumbo. No había un alma visible, todos se habían desvanecido en el mar de maleza espinosa, aprovechando los breves minutos de descanso, se habían tendido en el suelo arenoso,

grisáceo y cubierto de espinas. Luz ni siquiera divisaba a Andre, sólo veía un ángulo de su mochila. El viento del noroeste, débil pero frío, agitaba las pequeñas ramas secas de los arbustos. No se oía nada más.

Sesenta y siete personas: no se veían ni se oían. Desaparecidas. Perdidas. Una gota de agua en el río, una palabra arrojada al viento. Unos seres diminutos que apenas se desplazaban en la inmensidad, sin demasiada prisa, y que dejaban de moverse, pero ni para la inmensidad ni para cualquier otra cosa significaban nada, no hacían más diferencia que la caída de una espina entre un millón de espinas o el movimiento de un grano de arena.

El miedo que había llegado a conocer en los diez días de travesía se presentó como una ínfima niebla gris en los vericuetos de su mente, el frío deslizamiento de la ceguera. Era suyo, suyo por herencia y educación. Fue para exorcizar su miedo, el miedo de ellos, que se levantaron los techos y los muros de la Ciudad; fue el miedo el que trazó las calles tan rectas e hizo las puertas tan estrechas. Apenas lo había conocido tras esas puertas. Se había sentido muy segura. Hasta en el Arrabal lo había olvidado, pese a ser forastera, porque los muros no eran visibles pero sí muy sólidos: compañerismo, cooperación, afecto, el estrecho círculo humano. Pero por elección se había apartado de todo y se había internado en la inmensidad y por fin estaba cara a cara con el miedo sobre el que se había sustentado toda su vida.

No podía limitarse a afrontarlo, tuvo que combatirlo cuando empezó a tocarla; si no, todo quedaría abolido y perdería totalmente la capacidad de elegir. Tuvo que luchar ciegamente porque no había razón que se opusiera a ese miedo. Era mucho más viejo y penetrante que las ideas.

Existía la idea de Dios. En la Ciudad, a los niños les hablaban de Dios. Él creaba todos los mundos, castigaba a los malos y enviaba a los buenos al Cielo. El Cielo era una bella casa con tejado de oro donde Meria, la madre de Dios —la madre de todos—, atendía solícita las almas de los muertos. Ese relato le había gustado. De pequeña había rezado a Dios para que algunas cosas ocurrieran y otras no porque, si se lo pedías, él podía hacerlo todo; más adelante le gustó imaginar que la madre de Dios y su madre llevaban la casa juntas. Pero cuando aquí pensó en el Cielo, fue un lugar pequeño y lejano, como la Ciudad. No tenía nada que ver con la inmensidad. Aquí no había Dios; él pertenecía a la gente y donde no había gente no había Dios. En el funeral por Lev y los otros también habían hablado de Dios, pero eso ocurrió allá lejos, allá lejos. Aquí no existía nada semejante. Nadie creó esta inmensidad y en ella el bien y el mal no existían; lisa y llanamente, era.

Trazó un círculo en la tierra arenosa, cerca de su pie, dibujándolo

con una vara espinosa y procurando hacerlo con la mayor perfección posible. Ése era un mundo, un yo o un Dios, ese círculo, llámalo como quieras. En la inmensidad no había nada más que pudiera pensar de esa manera en un círculo… Luz recordó la delicada anilla de oro que rodeaba la brújula. Como era humana, poseía la mente, los ojos y la mano diestra que imaginaban la idea de un círculo y la dibujaban. Pero cualquier gota de agua que cayera de una hoja a un estanque o a un charco de lluvia podía trazar un círculo aún más perfecto, que huía hacia afuera desde el centro, y si el agua no tenía límites, el círculo se fugaba eternamente hacia afuera, cada vez más débil, siempre más extenso. Ella no podía hacer aquello que cualquier gota de agua era capaz de hacer. ¿Qué había dentro de su círculo? Granos de arena, polvo, unos pocos guijarros pequeñitos, una espina semienterrada, el rostro cansado de Andre, el sonido de la voz de Vientosur, los ojos de Sasha que eran como los de Lev, el dolor de sus hombros donde apretaban las correas de la mochila y su miedo. El círculo no podía excluir el miedo. Y la mano borró el círculo, alisó la arena y la dejó tal como había estado siempre y como volvería a estar siempre después que siguieran adelante.

—Al principio sentí que dejaba atrás a Timmo —comentó Vientosur mientras observaba la ampolla más dolorosa de su pie izquierdo—. Cuando dejamos la casa…, la construimos entre los dos. Sentí que me alejaba y por fin lo abandonaba para siempre, lo dejaba atrás. Pero ahora no veo las cosas bajo esa perspectiva. Fue aquí donde murió, en la inmensidad. Ya sé que no murió aquí mismo, sino en el norte. Pero ya no siento que está tan espantosamente lejos como me pareció todo el otoño, viviendo en nuestra casa. Es casi como si hubiera salido a su encuentro. No estoy agonizando, no es eso. Allá sólo pensaba en su muerte y aquí, mientras caminamos, pienso constantemente en Timmo vivo. Es como si ahora estuviera conmigo.

Habían acampado en un pliegue del terreno, bajo las colinas rojas, junto a un torrente rápido y rocoso. Habían encendido las fogatas, cocinado y comido; muchos se habían acostado y dormían. Aunque aún no era de noche, el frío era tan intenso que si no te movías tenías que acurrucarte junto al fuego o cubrirte y dormir. Durante las cinco primeras noches de la travesía no habían encendido el fuego por temor a los perseguidores y habían sido unas noches terribles; Luz no había conocido deleite más intenso que el que experimentó ante el primer fuego de campamento, en medio de un enorme anillo arbolado, en la ladera sur del páramo, y ese mismo placer se repetía todas las noches, el exuberante lujo de la comida caliente, del calor. Las tres familias con las que Vientosur y ella acampaban y cocinaban se preparaban para pasar la noche; el

benjamín —el más joven de toda la migración, un chico de once años — ya estaba enroscado en su manta como un murciélago con saco abdominal y dormía a pierna suelta. Luz se ocupó de la hoguera mientras Vientosur atendía sus ampollas. Río arriba y río abajo centelleaban otras siete fogatas y la más lejana no era más que la llama de una vela en el atardecer gris azulado, una mancha dorada, neblinosa y temblona. El ruido del torrente ahogaba el sonido de las voces en torno a las demás hogueras.

—Voy a buscar leña —dijo Luz.

No estaba eludiendo la respuesta a las palabras de Vientosur. No hacía falta una respuesta. Vientosur era amable y perfecta; daba y hablaba, sin esperar nada a cambio; en todo el mundo no existía compañera menos exigente y más alentadora.

Habían recorrido una distancia considerable, veintisiete kilómetros según los cálculos de Martin; habían salido del monótono e infernal laberinto de maleza; habían cenado caliente, el fuego daba calor y no llovía. Hasta el dolor de los hombros le resultó agradable (porque la mochila no lo agudizaba) cuando se incorporó. Eran esos momentos al final del día, junto al fuego, los que contrarrestaban las largas, aburridas y hambrientas tardes de caminata, caminata y caminata, de intentar aliviar la presión de las correas de la mochila en sus hombros, y las horas en medio del barro y la lluvia, cuando no parecía haber razón alguna para seguir adelante, y las peores horas, en la negrura de la noche, cuando siempre despertaba a causa de la misma y espantosa pesadilla: en torno al campamento había un círculo de cosas, no de personas, de pie, invisibles en la oscuridad pero vigilantes.

—Ésta está mejor —comentó Vientosur cuando Luz regresó del bosquecillo próximo con una brazada de leña—, pero la del talón, no. Te diré una cosa. Todo el día de hoy he sentido que no nos siguen.

—Creo que nunca nos han seguido —afirmó Luz y avivó el fuego —. Nunca he pensado que les importara, aunque lo supieran. A los de la Ciudad no les gusta pensar en la inmensidad. Prefieren fingir que no existe.

—Eso espero. Detestaba la idea de estar huyendo. El hecho de ser exploradores crea un sentimiento de mayor valentía.

Luz arregló el fuego para que ardiera lentamente pero sin enfriarse y se agachó delante para recibir un poco de calor.

—Extraño a Vera —reconoció. Tenía la garganta seca por el polvo de la caminata y últimamente no usaba a menudo su voz, que le sonó seca y áspera, como la de su padre.

—Vendrá con el segundo grupo —dijo Vientosur con reconfortante certeza, se vendó el bonito pero herido pie con una tira de tela que ató firmemente al tobillo—. Ah, así está mejor. Mañana

me vendaré los pies, como hace Grapa. Así estarán más calientes.

—Ojalá no llueva.

—Esta noche no lloverá. —Los arrabaleros conocían mucho mejor que Luz los signos meteorológicos. No habían vivido tanto tiempo como ella entre cuatro paredes y conocían los significados del viento, incluso aquí donde los vientos eran distintos—. Puede que mañana llueva —añadió Vientosur y se acomodó en el sacomanta. Su voz ya sonaba débil y cálida.

—Mañana estaremos en lo alto de las colinas —dijo Luz.

Miró hacia arriba, hacia el este, pero la ladera próxima del valle del torrente y el atardecer gris azulado ocultaban el perfil rocoso. Las nubes raleaban; una estrella titiló un rato en el este, pequeña y brumosa, pero se esfumó cuando las nubes no visibles volvieron a concentrarse. Luz esperaba que reapareciera, pero no tuvo suerte. Se sintió insensatamente decepcionada. Ahora el cielo estaba oscuro, el suelo estaba oscuro. No había luz salvo los ocho puntos dorados, las hogueras del campamento, una minúscula constelación en la plenitud de la noche. Allá lejos, varios días atrás, en el oeste, miles y miles de pasos a sus espaldas, tras la zona de matorrales, los páramos, las colinas, los valles y los torrentes, junto al gran río que desembocaba en el mar, unas pocas luces más: la Ciudad y el Arrabal, un diminuto apiñamiento de ventanas teñidas de luces amarillas. El oscuro río que corría en la oscuridad. Y ninguna luz sobre el mar.

Acomodó un tronco para que ardiera más lentamente y lo rodeó de ceniza. Buscó el saco de dormir y se introdujo en él, junto a Vientosur. Ahora quería hablar. Vientosur apenas había mencionado a Timmo. Luz quería oírla hablar de él y de Lev; por primera vez ella misma deseaba hablar de Lev. Aquí había demasiado silencio. Las cosas se perderían en el silencio. Debía hablar. Vientosur comprendería. Ella también había perdido su destino, conocido la muerte y seguido adelante.

Luz pronunció su nombre lentamente y el bulto tibio que estaba a su lado no se movió. Vientosur dormía.

Luz se acostó y se acomodó. Aunque pedregosa, la orilla del río era mejor lecho que el de la noche anterior en medio de la maleza espinosa. Su cuerpo estaba tan cansado que resultaba pesado, rígido, duro; tenía el pecho encogido y comprimido. Cerró los ojos. De inmediato vio el largo y sereno salón de Casa Falco, con la luz plateada que se reflejaba desde la bahía poblando las ventanas; y vio a su padre de pie, erguido, alerta, independiente, como siempre. Pero estaba allí sin hacer nada, algo muy extraño en él. Michael y Teresa estaban en la puerta, cuchicheando. Experimentó un raro resentimiento hacia ellos. Su padre estaba de espaldas a los criados, como si ignorara que se encontraban allí o como si lo supiera pero les

temiera. Alzó los brazos de extraña manera. Luz vio su rostro unos segundos. Su padre lloraba. Luz no podía respirar, intentó aspirar una gran bocanada de aire pero no lo consiguió; se atragantó porque estaba llorando…, profundos y estremecedores sollozos que casi le impedían respirar. Sacudida por el llanto, acongojada y atormentada en el suelo, bajo la enorme noche, lloró por los muertos, por los seres perdidos. Ya no había miedo sino pena, una pena más allá de toda resistencia, una pena persistente.

El cansancio y la oscuridad bebieron sus lágrimas y se quedó dormida sin haber saciado todo el llanto. Durmió toda la noche, sin sueños ni despertares nefastos, como una piedra más entre las piedras.

Las colinas eran altas y de difícil acceso. El ascenso no fue muy duro porque podían zigzaguear entre las grandes laderas abiertas y de color mohoso, pero cuando llegaron a la cima, a las rocas apiladas en forma de casas y torres, comprobaron que sólo habían coronado la primera de una cadena de colinas triple o cuádruple y que las crestas lejanas eran aún más altas.

En los desfiladeros se apiñaban los árboles anillados, que no crecían en círculo sino agrupados y que alcanzaban una altura artificialmente elevada para ver la luz. La densa maleza llamada áloes se intercalaba entre los troncos rojos, lo que tornaba muy penosa la caminata; los áloes aún tenían fruta, una pulpa espesa, rica y oscura arrugada en torno a una semilla central, gratificante añadido a la escasa comida que portaban en las mochilas. En este terreno no tenían más opción que dejar huellas: para seguir adelante tuvieron que abrirse paso con horcas para arrancar la maleza. Tardaron un día en atravesar el desfiladero y otro en escalar la segunda hilera de colinas, más allá de la cual se extendía la siguiente cadena de desfiladeros en que se concentraban árboles broncíneos y monte bajo carmesí y, más lejos aún, una cordillera impresionante, cubierta de escarpadas pendientes que, con sus piedras desnudas, subía hasta la cima coronada de rocas.

La noche siguiente tuvieron que acampar en el cañón. A media tarde, hasta Martin estaba demasiado agotado para seguir adelante después de hachar y de abrir camino paso a paso. Cuando acamparon, los que no estaban extenuados por el esfuerzo se alejaron del campamento con cautela y a poca distancia, pues en medio del monte bajo era muy fácil perder la orientación. Encontraron más áloes y recogieron sus frutos; con Bienvenido a la cabeza, varios chicos bajaron a buscar agua al pie del torrente y encontraron mejillones de agua dulce. Esa noche celebraron un banquete. Lo necesitaban porque volvía a llover. La niebla, la lluvia y la tarde teñían de gris los rojos fuertes e intensos del bosque. Construyeron refugios de broza y se

apiñaron en torno a hogueras que no había modo de mantener encendidas.

—Luz, he visto algo raro.

Sasha era un hombre extraño. Pese a ser el más viejo, era resistente, enjuto y fuerte, más capaz de soportar el esfuerzo que algunos jóvenes; jamás montaba en cólera, era totalmente independiente y casi siempre guardaba silencio. Luz nunca lo había visto participar en una conversación, salvo para decir sí o no, sonreír o menear la cabeza. Sabía que Sasha nunca había hablado en el Templo, no había formado parte del grupo de Elia ni de la gente de Vera ni había sido de los que tomaban decisiones, pese a ser hijo de uno de sus grandes héroes y cabecillas, Shults, el que había encabezado la Larga Marcha desde las calles de Ciudad Moskva hasta el Puerto de Lisboa. Aunque Shults había tenido otros hijos, murieron en los primeros y difíciles años en Victoria; sólo Sasha, el último en nacer, el nacido en Victoria, había sobrevivido y engendrado un hijo al que había visto morir. Nunca hablaba. Sólo a veces se dirigía a ella, a Luz.

—Luz, he visto algo raro.

—¿Qué?

—Un animal. —Señaló hacia la derecha, hacia la escarpada ladera de broza y árboles convertida ahora, bajo la menguante luz, en una oscura pared—. Más arriba hay un claro, donde un par de árboles cayeron y dejaron un espacio libre. He encontrado unos áloes y me he dedicado a recoger los frutos. He mirado por encima del hombro…, he tenido la sensación que algo me vigilaba. Estaba en el otro extremo del claro. —Hizo una pausa, no para dar efecto a sus palabras, sino para ordenar la descripción—. También recogía áloes. Al principio lo he tomado por un hombre. Parecía un hombre. Cuando se ha puesto a gatas, he visto que no era mucho más grande que un conejo. De color oscuro, con la cabeza rojiza…, una gran cabeza; parecía demasiado grande en relación con el resto del cuerpo. Un ojo central, como el de los no-sé-qué, que me miraba. Creo que también tenía ojos a los lados, pero no lo he visto bien. Me ha clavado la mirada un minuto, se ha vuelto y se ha internado entre los árboles. —Su voz sonaba baja y serena.

—Parece aterrador —comentó Luz tranquila—. Pero no sé por qué.

Claro que sabía por qué, pensaba en su sueño de los seres que se acercaban y vigilaban, a pesar que no lo había soñado desde que abandonaron la zona de los matorrales.

Sasha meneó la cabeza. Estaban en cuclillas, uno al lado del otro, bajo un improvisado techo de ramas. Sasha se quitó las gotas de lluvia del pelo y restregó su erizado bigote gris.

—Aquí no hay nada que pueda hacernos daño salvo nosotros

mismos —dijo—. ¿Circulan por la Ciudad historias sobre animales que nosotros ignoramos?

—No…, sólo sobre los escuros.

—¿Los escuros?

—Son una vieja historia. Seres semejantes a hombres, peludos y de feroz mirada. La prima Lores me habló de ellos. Mi padre decía que *fueron* hombres…, exiliados, hombres que se perdieron, dementes, hombres que perdieron el juicio.

Sasha asintió y añadió:

—Nada semejante puede haber llegado tan lejos. Somos los primeros.

—Sólo hemos vivido en la costa. Supongo que hay animales que jamás hemos visto.

—Y plantas. Mira aquélla: se parece a la que llamamos baya blanca, pero no es la misma. La descubrí ayer. —Hizo silencio. Un rato después añadió—: No hay nombre para el animal que vi.

Luz asintió.

Entre Sasha y ella existía el silencio, el vínculo del silencio. Sasha no habló del animal a nadie más y Luz tampoco lo mencionó. No sabían nada de este mundo, de su mundo, salvo que debían recorrerlo en silencio hasta aprender una lengua digna de hablarse allí. Sasha era un hombre dispuesto a esperar.

Coronaron la segunda cadena el tercer día de llovizna. Arribaron a un valle más largo y menos profundo, en el que la caminata no era tan agotadora. A mediodía cambió el viento y sopló desde el norte, limpiando las crestas de nubes y bruma. Por la tarde ascendieron la última ladera y ese anochecer, en medio de una descomunal y gélida claridad luminosa, llegaron a las macizas y oxidadas formaciones rocosas de la cumbre y vieron las tierras orientales.

Se reunieron pausadamente, ya que los más lentos aún pugnaban por coronar la ladera pedregosa mientras los adelantados los esperaban: a ojos de los escaladores, unas pocas figuras minúsculas y oscuras contra el enorme y brillante vacío celeste. La hierba corta y rala de la cumbre brillaba rojiza en el ocaso. Todos se reunieron allí, sesenta y siete personas, y se dedicaron a contemplar el resto del mundo. Apenas hablaron. El resto del mundo parecía muy grande.

Las sombras de la cuesta por la que habían ascendido arrojaban una profunda penumbra sobre el llano. Más allá de esas sombras la tierra era dorada, un dorado brumoso, encarnado e invernal, débilmente salpicado y moteado por los cursos de los ríos lejanos, la masa de las colinas bajas o los bosquecillos de árboles anillados. Al otro lado de la meseta, en el límite mismo del alcance de la mirada, las montañas se elevaban sobre un fondo de cielo tremebundo,

incoloro y ventoso.

—¿A qué distancia están? —preguntó alguien.

—Tal vez haya cien kilómetros hasta la estribaciones.

—Son muy grandes…

—Se parecen a las que vimos en el norte, más arriba del Lago Sereno.

—Tal vez sea la misma cordillera. Se extendía hacia el sudeste.

—Esa meseta es como el mar, sigue al infinito.

—¡Aquí arriba hace frío!

—Situémonos debajo de la cima, al amparo del viento.

Mucho después que el altiplano se tiñera de gris, el afilado y pequeño borde de hielo iluminado por el sol se incendió en el límite de la mirada, hacia el este. Se blanqueó y desapareció; densas en la ventosa negrura, salieron las estrellas, todas las constelaciones, todas las ciudades encendidas que no eran su hogar.

El arroz de los pantanos crecía generosa y espontáneamente en los torrentes de la meseta; les sirvió de alimento durante los ocho días que tardaron en cruzarla. Las Colinas del Hierro se encogieron a sus espaldas: una línea rugosa y oxidada trazada al oeste. En el llano abundaban los conejos, una especie de patas más largas que las de los ejemplares de los bosques costeros; las orillas de los ríos estaban salpicadas y pobladas de conejeras; cuando salía el sol, los conejos también salían y disfrutaban de sus rayos mientras veían pasar a la gente con ojos serenos y confiados.

—Habría que ser tonto para morirse de hambre aquí —comentó Grapa mientras contemplaba a Italia, que desplegaba las trampas cerca de un vado rutilante y cubierto de guijarros.

Siguieron adelante. El viento soplaba cruelmente en la altiplanicie descubierta y no había madera para construir refugios ni para hacer fuego. Siguieron andando hasta que el terreno empezó a subir, ascendiendo hacia las estribaciones, y llegaron a un gran río que corría hacia el sur y al que Andre, el cartógrafo, llamó Rocagrís. Para cruzarlo tenían que encontrar un vado, lo que parecía bastante improbable, o construir balsas. Algunos eran partidarios de atravesarlo y dejar también esa barrera a sus espaldas. Otros preferían volver a virar hacia el sur y seguir la orilla oeste del Rocagrís. Deliberaron y, al mismo tiempo, organizaron el primer campamento de escala. Un hombre se había dañado el pie en una caída y varios más sufrían heridas menores y otros malestares; era imprescindible reparar el calzado; todos estaban cansados y necesitaban unos días de reposo. El primer día levantaron refugios de broza y hojas de paja. Hacía frío y las nubes se acumulaban a pesar que el viento glacial no soplaba. Esa noche cayó la primera nevada.

En Bahía Songe nevaba excepcionalmente y nunca recién entrado el invierno. Ya no estaban bajo la influencia del clima benigno de la costa occidental. Las colinas costeras, los páramos y las Colinas del Hierro contenían la lluvia que los vientos de poniente traían desde el mar; aquí el clima era más seco y más frío.

Mientras cruzaban el llano, apenas habían visto la gran cordillera hacia la que se dirigían, las afiladas alturas de hielo, pues las nubes de nieve ocultaban todo salvo las estribaciones azules. Ahora estaban en las estribaciones: un asilo entre la meseta ventosa y las cumbres tormentosas. Se habían internado por el estrecho valle de un torrente que serpenteaba y se ensanchaba hasta alcanzar la extensa y honda garganta del Rocagrís. El lecho del valle estaba arbolado, en su mayor parte por árboles anillados y unos pocos pero espesos grupos de algodones, y había muchos claros. Las colinas del norte del valle eran empinadas y peñascosas, de modo que protegían el propio valle y las laderas del sur, más bajas y abiertas. Era un sitio agradable. El primer día, mientras montaban los refugios, todos se habían sentido cómodos. Por la mañana los claros estaban blancos y bajo los árboles anillados —a pesar que el follaje color bronce había retenido la ligera nevada— hasta la última piedra y brizna de hierba marchita centelleaba con la espesa escarcha. La gente se apiñó alrededor de las fogatas para descongelarse antes de ir a buscar más leña.

—Con este clima, los refugios de broza no sirven —declaró Andre sombríamente y se frotó las manos tiesas y agrietadas—. Ay, ay, ay, estoy entumecido.

—Está aclarando —dijo Luz y se asomó por una amplia brecha en la arboleda, donde el valle lateral desembocaba en la garganta del río.

Mas allá de la escarpada y lejana orilla del Rocagrís, la Cordillera Oriental resplandecía enorme, azul oscuro y blanca.

—De momento. Volverá a nevar.

Andre parecía frágil agazapado junto a la hoguera que ardía casi invisible bajo el fresco sol de la mañana: frágil, entumecido y pesimista. Muy descansada por la jornada sin caminar, Luz experimentaba una frescura espiritual muy semejante a la luz de la mañana: sentía un gran amor por Andre, ese hombre paciente y preocupado. Se agachó a su lado, delante de la hoguera, y le palmeó el hombro.

—Éste es un buen sitio, ¿no te parece? —preguntó. Andre asintió acurrucado, sin dejar de frotar sus manos irritadas y amoratadas—. Andre —el hombre gruñó—, creo que deberíamos construir cabañas en vez de refugios.

—¿Aquí?

—Es un buen sitio…

Andre miró los altos árboles rojos, el torrente que caía

estrepitosamente hacia el Rocagrís, las laderas abiertas y soleadas al sur, las grandiosas y azules alturas hacia el este.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Además, hay agua y madera en abundancia. Pesca, conejos, podríamos pasar el invierno aquí.

—¿Crees que deberíamos hacerlo mientras aún hay tiempo para levantar las cabañas?

Encorvado, con los brazos colgando entre las rodillas, Andre se frotaba las manos mecánicamente. Luz lo observaba y aún se apoyaba en su hombro.

—A mí me complace —dijo él finalmente.

—Si hemos recorrido tanto camino…

—Tendremos que reunirnos todos y ponernos de acuerdo… —Andre la miró y le pasó un brazo por los hombros. Permanecieron uno al lado del otro, entrelazados, meciéndose ligeramente sobre los talones, cerca de la hoguera crepitante y casi invisible—. Ya he corrido bastante. ¿Y tú? —Luz asintió—. No estoy seguro. Me pregunto…

—¿Qué?

Andre miró la hoguera iluminada por el sol con su cara tensa, curtida por la intemperie y arrebolada por el calor.

—Dicen que cuando estás perdido, realmente perdido, siempre te mueves en círculo. Vuelves al punto de partida. La cuestión es que no siempre te das cuenta.

—Esto no es la Ciudad ni el Arrabal —aseguró Luz.

—No, todavía no.

—Nunca lo será —insistió y sus cejas trazaron una severa línea recta—. Andre, éste es un sitio nuevo, un lugar en el que empezar.

—Dios lo quiera.

—No sé qué quiere Dios. —Extendió la mano, rascó un poco de tierra húmeda y semicongelada y la apretó contra su palma—. Esto es Dios —afirmó y abrió la mano para mostrar la esfera de tierra negra a medio modelar—. Esto soy yo. Y tú. Y los demás. Y las montañas. Todos somos…, todo está contenido en un círculo.

—No te entiendo, Luz.

—No sé lo que digo. Andre, quiero quedarme aquí.

—En ese caso, supongo que nos quedaremos —añadió Andre y le dio un suave golpe en la espalda—. Me pregunto si habríamos echado a andar de no ser por ti.

—Vamos, Andre, no digas esas cosas…

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Suficientes cosas pesan sobre mi conciencia para cargar también con esto. Tengo… Si yo…

—Luz, éste es un sitio nuevo —insistió Andre amorosamente—.

Aquí los nombres son nuevos. —Luz vio que Andre tenía los ojos llenos de lágrimas—. Aquí es donde construiremos el mundo…, a partir del barro.

Asher, el chico de once años, se acercó a Luz, que estaba en la orilla del Rocagrís recogiendo mejillones de agua dulce entre las piedras heladas y cubiertas de algas de un remanso.

—Mira, Luz —dijo Asher en cuanto estuvo lo bastante cerca para no tener que gritar.

Luz se alegró de incorporarse y retirar las manos del agua gélida.

—¿Qué traes?

—Mira —repitió el chico en voz baja y le mostró la mano. En la palma había un ser pequeño, semejante a un sapo alado del color de las sombras. Tres ojos dorados y como cabezas de alfileres miraban sin parpadear, uno a Asher y dos a Luz—. Es un no-sé-qué.

—Nunca lo había visto de cerca.

—Vino a mi encuentro. Bajaba hacia aquí con las cestas, se metió volando en una, extendí la mano y se posó.

—¿Querrá venir conmigo?

—No lo sé. Ofrécele tu mano.

Luz extendió la mano junto a la de Asher. El no-sé-qué tembló y durante unos segundos se desdibujó en una simple vibración de frondas o plumas; a continuación, con un salto o un vuelo demasiado veloz para que el ojo lo percibiera, se trasladó a la palma de Luz y ella notó el apretón de seis patas tibias, minúsculas y tiesas.

—Oh, eres hermoso —le dijo tiernamente al ser—, eres hermoso. Podría matarte, pero no conservarte, ni siquiera abrazarte…

—Si los encierras en una jaula, mueren —añadió el chico.

—Ya lo sé —dijo Luz.

El no-sé-qué se tornaba azul, el puro azul cielo entre las cumbres de la Cordillera Oriental en días como el de hoy, de sol invernal. Los tres ojos dorados como cabezas de alfileres centellearon. Las alas brillantes y translúcidas se abrieron, sobresaltando a Luz; el ligero movimiento de su mano arrojó al pequeño ser a su desplazamiento ascendente sobre el ancho río, hacia el este, como una partícula de mica en el viento.

Asher y Luz llenaron las cestas con las conchas pesadas, barbudas y negras de los mejillones y subieron dificultosamente por el sendero rumbo al asentamiento.

—¡Vientosur! —gritó Asher, acarreando la pesada cesta—. ¡Vientosur! Aquí hay no-sé-qué. ¡Vino uno a mi encuentro!

—Claro que sí —confirmó Vientosur y trotó cuesta abajo para ayudarlos con la carga—. ¡Cuántos han recogido! Oh, Luz, tus pobres manos, ven, la cabaña está caldeada, Sasha acaba de traer más leña en

la carretilla. Asher, ¿creías que aquí no habían no-sé-qué? ¡No estamos tan lejos de casa!

Las cabañas —nueve de momento y tres más en vías de construcción— se alzaban en la orilla sur del torrente, donde se ensanchaba para formar una charca bajo las ramas de un único y gigante árbol anillado. Se abastecían de agua en las cascadas de la cabecera de la charca; se bañaban y lavaban a los pies del torrente, donde se estrechaba antes de emprender su prolongada zambullida hacia el Rocagrís. Pusieron al asentamiento el nombre de Garza o Charca de las Garzas, en honor de la pareja de seres grises que vivía en la otra orilla del torrente, imperturbables ante la presencia de seres humanos, el humo de sus fuegos, el sonido de sus labores, sus idas y venidas, el murmullo de sus voces. Elegantes, patilargas y silentes, las garzas sólo se ocupaban de recoger alimentos al otro lado de la charca ancha y oscura; a veces se detenían en los bajos para contemplar a los humanos con ojos claros, tranquilos e incoloros. A veces bailaban en noches frías y calmas, antes de la nevada. Mientras Luz, Vientosur y el niño se dirigían a la cabaña, Luz vio a las garzas junto a las raíces del gran árbol, una presta a observarlos y la otra con la estrecha cabeza girada para contemplar el bosque.

—Esta noche danzarán —dijo en un murmullo.

Se detuvo un instante, paró con su pesada carga en el sendero, inmóvil como las garzas. Después siguió su camino.

FIN

Título Original: The Eye of Heron.
© 1978 by Ursula K. Le Guin.
© 1988 por EDHASA.
Traducción de Horacio González Trejo.
Edición Digital de Arácnido.